

# Jacques Gaillot, Obispo de Évreux

## UNA IGLESIA QUE NO SIRVE, NO SIRVE PARA NADA

(Título original: Monseigneur des autres)

Publicado en Español por Sal Terrae, 1995

Texto tomado de <http://www.servicioskoinonia.org/biblioteca/>

### Prólogo

La conversación durante el almuerzo había sido cordial, pero ligeramente tensa. Al salir continuamos platicando con gran seriedad por las calles próximas al Odéon, en París, cuando monseñor Gaillot, bruscamente, me dejó plantada en la acera. Sin avisar ni dar explicaciones, este tipo esbelto -un transeúnte más, salvo por una pequeña cruz plateada prendida con alfiler en la solapa de su chaqueta- se lanza a la calzada, donde improvisa los gestos de un agente de circulación. Detiene con autoridad un autobús de la RATP (Compañía Autónoma de Transportes Parisienses) para dejar paso a una camioneta que no podía salir de la puerta cochera. Satisfecho con esta pequeña obra de caridad urbana, el obispo de Évreux bromea sobre los atascos de la capital.

Sorprende no poco el conocer de cerca al obispo más contestatario de Francia, sembrador de escándalo y abominado por las gentes de orden. Si la televisión no nos hubiera familiarizado con el obispo de Évreux, lo imaginaríamos distinto: combativo, provocador, fortachón y pendenciero. Pero Jacques Gaillot no da la imagen que cabría esperar en sus audaces declaraciones, y eso forma parte de su encanto: su cara llena, iluminada por un resto de sonrisa infantil, se anima con una vivacidad de gorrión; el hilillo de voz acaba a veces en discretos accesos de tos. Pero lo más llamativo se inscribe en el azul de sus ojos ribeteados de largas cejas, de una transparencia clara y de luminosa ingenuidad. Yo esperaba un tipo «duro de pelar», y descubrí a un émulo del Cándido de Voltaire.

Una vez conectado el magnetófono ante él, sin duda iba a confiar a mi curiosidad los secretos de su vida. Pero me llevé otra sorpresa. Jacques Gaillot tiene el pudor metido en el alma. Le fastidia hablar de su infancia envuelta en ternura familiar; le azora evocar la intimidad de su amor a Cristo; es reacio a dar los nombres de sus amigos, de sus maestros y antiguos compañeros de seminario por miedo a molestar, a lastimar, a herir.

Pero cuando se trata de reivindicar el evangelio, de defender a los pobres o los excluidos y de expulsar a los mercaderes del templo, monseñor Gaillot pasa a la ofensiva. Es entonces cuando echa por la borda todos los prejuicios, las ideas recibidas y las buenas maneras y sacude los pilares de la Iglesia entera. Nada parece alterarlo. En cada uno de sus alegatos en favor de los homosexuales, de los preservativos, de la película prohibida de Martin Scorsese, del caso Rushdie, constata con serenidad: «Esto va a dar que hablar».

Le han llamado de todo, en efecto. El obispo «rojo» ha visto los muros de su palacio pintados de insultos, y algunos periódicos han exigido su destitución. El papa guarda un prudente silencio, pero se ha negado a recibir en Roma a su turbulento prelado. Jacques Gaillot lo ha sentido en el alma.

Porque en el fondo, conociéndole mejor, se ve que el obispo de Évreux es un hombre de Iglesia hasta la punta de su mitra. Desde que sintió la vocación, a la edad de seis años, nunca se ha desviado del camino ni ha vacilado en la fe. Su credo -no cesa de proclamarlo- es el evangelio y la palabra de Cristo, pero despojados de los oropeles del poder temporal y de las virtudes de la moral clerical. En este sentido Jacques Gaillot molesta a muchos.

Pero también reconcilia. Cuando la Iglesia de Francia parece dispuesta a dejarse envolver en los principios más conservadores de la moral tradicional, la voz del pequeño obispo de Évreux recuerda otros valores: la tolerancia, la amistad y la generosidad. Sus declaraciones no son nunca polémicas; su cólera no es nunca destructiva.

Yo no soy creyente, pero trabajando con él he tenido la suerte -rara hoy- de tratar con un hombre libre.

Catherine Guigon

## I CAMINOS

1

### **El niño del convento**

«Usted es el obispo de los cristianos sin Iglesia», el «prelado fronterizo». ¿Quién me iba a decir a mí que un día me aplicarían estos calificativos? ¿Y que pasaría a otras orillas para poner pie en tierras extranjeras?

Bogar mar adentro es siempre arriesgado. Acercarse a hombres y mujeres que viven, sufren y luchan, supone una pasión por ellos. Es un acompañamiento en lo cotidiano que no rehuye la aventura. Es un camino de humanidad que transforma la mirada, modifica el lenguaje y crea vínculos.

Siguiendo el ejemplo de Cristo, me siento a la mesa con los pecadores para que todos escuchen el clamor del evangelio. Porque no hay excluidos para el evangelio. No hay parias para Aquel que rompió nuestras cadenas. No hay tierras prohibidas para el mensaje de alegría de Cristo. Su palabra está hecha para ser difundida a los más alejados rincones, incluso en lugares que puedan parecer sospechosos. El soplo de Dios nos precede en todas partes, preparando una extraña complicidad del hombre con el evangelio.

Defender los derechos humanos, ir a visitar a un preso en Sudáfrica, escribir en revistas que no se encuentran en los anaqueles de las iglesias, participar en el programa televisivo *Ciel, mon mardi*, es acercarse incansablemente a todos los que sólo ven una Iglesia distante.

Caminar con todos los hombres y mujeres de nuestro tiempo es una aventura de fraternidad y no de conquista. No se trata de llevar al redil, sino de andar con humildad. En esta marcha todos dan y reciben. Puede surgir una palabra esclarecedora que dé sentido a la aventura humana y transfigure la vida.

Yo no me instalo nunca, y convertirse en un personaje es contrario a la misión. Porque la ruta evangélica es así: obliga siempre a avanzar hacia lejanas tierras que no siempre son hermosas. Jesús repite a sus discípulos: «Remad mar adentro», y produce escándalo. Como Él, yo creo que es preciso comprometerse y abordar a gentes mal vistas en territorios sospechosos. Yo seguí esta intuición, por ejemplo, cuando fui a ver la película prohibida de Martin Scorsese, *La última tentación de Cristo*. Y al conceder entrevistas a la revista *Lui* o a la de los homosexuales, *Gai Pied Hebdo*, tenía la ambición de internarme en aguas profundas para encontrarme con los desconocidos de la Iglesia.

Este paso a otras riberas me ha llevado tiempo. Tuve que recorrer un largo camino. Han tenido que romperse muchos círculos en mi vida para que yo emprendiera este itinerario espiritual. Cada vez que imaginaba poder detenerme, algo me empujaba más allá, más lejos de lo imaginado por mí. Hasta tal punto que los que me conocieron antaño no me reconocían ya. Pero la vida de un obispo no es un «largo río sosegado».

Yo viví una infancia feliz y protegida. Nací en Saint-Dizier, Haute-Marne, el 11 de septiembre de 1935. Mi padre era negociante en vinos. Mi madre procedía de Túnez. Conocí a mis abuelas, que sabían escuchar y comprender. Con mi hermana, tres años mayor que yo, formaba un tándem

inseparable. La familia era algo sagrado. Las fiestas familiares, Navidad en particular, acompañaban nuestra existencia.

Mis padres eran católicos practicantes. Mi madre realizaba pequeños ministerios, pero no militaba en ningún movimiento eclesial. Mi padre era más discreto. No le gustaba exteriorizar los sentimientos, y no estoy seguro de que fuera siempre a misa. Aprendí a rezar en familia. Mi madre recitaba las oraciones por la noche. Ella fue para mí el primer rostro de la Iglesia.

Con la guerra, la familia emprendió el éxodo. Mi padre fue llamado a filas.

Durante el invierno de 1940 lo pasé muy mal. Padebí una neumonía que hizo temer lo peor. No sabían ya qué hacer conmigo. Me encomendaron con fervor a Nuestra Señora de Lourdes, especialmente el 11 de febrero, día de las apariciones. Se produjo una mejoría. Mi madre consideró siempre mi curación como un signo del cielo.

De regreso a Saint-Dizier, nos instalamos de nuevo en la casa familiar, situada en un barrio tranquilo del centro. El patio daba a una bodega profunda y de amplia superficie. Cuando sonaba la sirena, los vecinos del barrio corrían a la bodega, en medio de las pipas de vino. Mientras los aviones hacían oír su sordo rugido, la angustia se apoderaba de todos. Entonces algunos empezaban a rezar en voz alta el Ave María. Y todos se unían a ellos.

Mi hermana y yo disfrutamos de una vida privilegiada. Mis padres lo dieron todo para que no nos faltara de nada durante la guerra y después de ella. Yo fui un niño protegido.

Mi padre, que era muy generoso con todos, se mostraba espléndido conmigo. Un día me llevó a una ciudad próxima: Bar-le-Duc. Me regaló una panoplia de soldado que yo, desde entonces, solía exhibir en la mesa de mi habitación. En otra ocasión fue un fantástico avión; más tarde un perro; y una bicicleta.

No recuerdo haber sido un niño travieso. Hasta los trece años me ponía enfermo a menudo. Una recaída me obligó a pasar una temporada en la montaña, en los Vosgos, donde residí algunas semanas en una pensión familiar. Me encantaba la naturaleza, las flores, las mariposas. Hacía poco deporte -lo tenía prohibido-; por eso no tomé contacto con muchas cosas. Lo hacía a través de terceras personas.

Muy pronto tuve la sensación de que Dios me amaba, y esta experiencia espiritual, muy honda, no ha desaparecido jamás. Sensación de estar acompañado por una presencia. Yo no dudaba de esta presencia de Dios en mi vida.

A doscientos metros de la casa había un monasterio de monjas contemplativas que la gente llamaba «el claustro». Allí se exponía el Santísimo día y noche. A mí me gustaba la capilla recoleta, llena de flores y lámparas. Los cantos, la liturgia, el incienso, el sacerdote celebrando, todo eso me encantaba; trascendía un clima de paz y de belleza. En el claustro, vestido de sotana roja y sobrepelliz blanca, el canto en latín de las religiosas me hacía creer que estaba en el paraíso. Yo saboreaba este universo tranquilo, donde me sentía seguro.

Desde los seis años hice de monaguillo a las siete de la mañana. Por la tarde, a las cinco, visitaba al Santísimo. De tanto verme frecuentar estos lugares, la gente del barrio dio en llamarme «el niño del convento».

Cuando hoy miro hacia atrás, tanta fidelidad me asombra. Todas las mañanas estaba allí, atento para realizar bien todos los gestos. ¡Con lo complicado que era el ritual entonces, Dios mío! Una religiosa anciana me explicaba el sentido de las ceremonias, que ensayábamos varias veces, sobre todo antes de Semana Santa.

En el mes de junio, por la fiesta de Corpus, se celebraba una procesión en los jardines del monasterio. Era la única ocasión del año en que se podía entrar en clausura. Había mucha gente y un gran coro de niños. Yo llevaba una canastilla llena de pétalos de rosas que debía arrojar delante del Santísimo en el curso de la procesión. Una vez se me volcó antes de empezar la procesión. Fue triste hacer el recorrido con la canastilla vacía.

Sentí el deseo de ser sacerdote a la edad de seis años. La atracción de Jesús era fuerte. Quería amarle, parecerme a Él, seguirle. Pensaba que el mejor modo de seguirle era siendo sacerdote y celebrando la misa.

El 18 de marzo de 1945, en la iglesia de Nuestra Señora, la parroquia de la familia, hice con alegría mi primera comunión. Jesús venía a morar en mí y yo aprendía a morar en Él.

Otro recuerdo infantil que tengo grabado en la memoria es el de la liberación de Saint-Dizier. Yo tenía nueve años. Los carros americanos ascendían por la grand-rue de la République; la muchedumbre exteriorizaba su entusiasmo, y los libertadores, acogidos como héroes, arrojaban paquetes. Un soldado me dio un balón de rugby. Poco después, la muchedumbre, menos numerosa, se tornó aviesa. Abucheaba, maltrataba y escupía a unas mujeres con la cabeza rapada que llevaban a prisión. Creo que me dijeron: «No mires eso... No mires eso...».

Ignoraba lo que habían hecho y no pregunté nada, pero sentí una gran compasión hacia aquellas mujeres. Guardé silencio, y todos se dieron cuenta de que estaba indignado. Creo que nunca he podido soportar que se humille a nadie.

Jamás exterioricé en mi infancia esos movimientos de rebeldía. Sin duda, era demasiado tímido, reservado en exceso. Así, no recuerdo haber defendido a ningún compañero castigado injustamente. Y si era consciente de algunas injusticias, me quedaba al margen. No me comprometía. No salía con chicas ni iba al baile. Deseaba quizá preservar mi imagen original, una bella imagen de niño bueno y amable, sin historia.

En esa época asistía, sin muchas ganas, a la escuela laica Jean-Macé. Más tarde, a partir del primer curso de bachillerato, entré en el colegio de los salesianos. El ambiente era familiar y alegre, los Padres seguían de cerca la vida de los niños. Al final de la jornada me gustaba oír la «palabrita» de la noche, generalmente inspirada en Don Bosco. Me seducía este vagabundo de Dios, entregado a los niños necesitados. Él nunca sabía cómo resolver las situaciones difíciles, pero se encomendaba a la providencia, y lo imposible se hacía posible. Yo me identificaba con él. Me reconocía también en los héroes de las películas que íbamos a ver en familia. Me gustaban las del Oeste, los grandes espacios, Burt Lancaster... ¡Los buenos ganaban siempre!

El 18 de marzo de 1945, fiesta de la Ascensión, hice la primera comunión. La familia se reunió al completo, o casi. Mi madre me regaló un misal con esta dedicatoria: «Te confío a Jesús que tanto te ama, y a la Virgen Santísima, que te guardó milagrosamente para su Hijo divino; y les pido que te protejan... para que afiancen en ti durante estos años futuros la fuerte atracción que sientes hacia Aquel que es la meta de nuestra vida».

Primera ruptura: en septiembre de 1954 abandono Saint-Dizier, mi familia y el «claustro» para entrar en el seminario de Langres. Esta ruptura se consuma bajo el signo del sufrimiento, porque mi padre padece un cáncer de pulmón. Lo llevaron con urgencia al hospital de Villejuif, donde falleció poco después.

En el seminario no conocía a nadie. Tenía que aprenderlo todo. La experiencia de la vida comunitaria me chocó bastante. Lo que hacemos no nos pertenece, y lo que hacen los otros nos concierne. Cada cual es él mismo de cara a los otros. Éramos una veintena, contando los profesores, y yo no imaginaba que pudiese imperar tanta disciplina. Levantarse a las 6 de la

mañana. A las 6,20, reunión en la capilla. Recitación de plegarias por turno; después, la meditación. La misa termina hacia las 7,30. Después de la misa viene la acción de gracias; a continuación, el desayuno. Un cuarto de hora de descanso, y empiezan las clases: historia sagrada, historia de la filosofía... desde las 9 hasta mediodía. Todo bastante extraño. Después, durante diez minutos, de rodillas en la sala de ejercicios, se procede al «examen particular»: «¿He dejado de hacer esto... o aquello...?». A veces hay un estallido de risa tonta... Después del Ángelus, en silencio al refectorio. En la comida, que dura media hora, un seminarista hace la lectura *recto tono*. El recreo consiste en girar alrededor de un gran macizo de flores, porque el seminario, construido en plena ciudad, dispone de poco espacio. Sin embargo, en la ciudad nacieron muchas amistades que me abrieron a un mundo nuevo.

Aún me estremece el recuerdo de la tradicional y peligrosa prueba iniciática: el primer sermón, pronunciado ante toda la comunidad. El auditorio me inspiraba pavor. No se podían utilizar papeles. Después llegaban las críticas... A mí me dijeron que gesticulaba mucho con las manos.

Pero en el seminario descubrí la Biblia, y eso me encantó. La palabra de Dios era espléndida. El estudio de los evangelios me sedujo. Cada día me tomaba un tiempo prolongado para meditar en las enseñanzas de Cristo. Pero yo me pregunto: ¿hace falta entrar en el seminario para hacer estos descubrimientos? ¿Los que están inmersos en el mundo no pueden beneficiarse de tanta riqueza?

La elección de un guía espiritual fue también una experiencia nueva: abrirse con confianza a otro que sabe escuchar, comprender e iluminar el camino. Recorrí de nuevo la historia de mi vida para percibir mejor lo que Dios esperaba de mí. Me pareció que el horizonte se iluminaba en poco tiempo.

Durante este período leí asiduamente a algunos autores espirituales. Me gustaba Francisco de Asís por su maravillosa humanidad, su tierna pasión por Jesús y su adhesión a la Iglesia. El beso al leproso me impresionó mucho. Francisco dice en su *Testamento*: «No podía soportar la vista de los leprosos, pero el Señor me llevó entre ellos y los cuidé con solicitud. Y al alejarme de ellos, lo que me había parecido amargo se convirtió en dulzura para el alma y el cuerpo». Teresa de Ávila me impresionaba mucho. ¡Qué mujer! Llena de vida, de sensibilidad, de compasión. En medio de sus múltiples actividades, Teresa guardaba en el corazón la presencia de Dios y una gran ternura. Dios habitaba en ella, fuera donde fuera e hiciera lo que hiciera. Esta morada de Dios en nosotros me motivaba mucho.

No menos me fascinaba el padre Foucauld. Su inquietud era inmensa y no le dejó instalarse. No cesó de buscar, de aceptar las rupturas, de otear los acontecimientos, de avanzar siguiendo las huellas de su muy querido hermano y Señor, Cristo. Yo sentía que éste era mi camino.

Estos fogonazos iluminaban la vida gris del seminario, donde la disciplina me parecía trasnochada. Las clases de canto gregoriano me aburrían. El ruido del mundo no llegaba a aquellos lugares protegidos. No había aparato de radio para transmitirnos información. Nuestro único contacto con el exterior era la lectura en el refectorio, durante el desayuno, de algunos artículos del periódico *La Croix*, seleccionados por el rector.

La verdad es que eso no me hacía sufrir. Creía en la necesidad de vivir apartado del mundo. Con el uso de la sotana y la tonsura yo manifestaba esta separación social. La Iglesia, entonces, estaba frente al mundo más que en el mundo.

Otra limitación era la falta de verdadera responsabilidad. ¿Cómo formarse sin ser responsable de algo? No hay hombre sin acción. No hay vida sin movimiento.

Nuestros maestros del seminario tenían un gran sentido de la institución. Nos gustaba su heroica fidelidad. Pero nos parecían poco aptos para prepararnos para el futuro. Era la época de la guerra de Argelia. Unos y otros partíamos para allá. Y nadie nos preparaba para afrontar aquel drama.

Nueva ruptura, otro alejamiento: marché a hacer el servicio militar en mayo de 1957. Estoy en Fréjus, en la escuela colonial de la infantería de marina, para aprenderlo todo. Inmerso entre gentes llegadas de todos los horizontes, contento de poder convivir, de este lado con el otro permanente. En un dormitorio de sesenta y dos personas, el ambiente no era triste. El lenguaje no era nada eclesiástico. Las cosas del sexo cobraban importancia. Algunos que no sabían escribir me pedían que les redactara las cartas que deseaban enviar a sus novias.

El entrenamiento intensivo, día y noche, con miras a la guerra de Argelia, era fuente de embrutecimiento y de disciplina a la vez. En poco tiempo debíamos ser perfectos ejecutores de órdenes, a toda prueba. Verdaderos soldados para combatir en la montaña. No sé cómo pude resistir aquellas sesiones absurdas. A veces me atacaba la risa en pleno ejercicio y me ganaba el correspondiente castigo.

Nos despertaban de noche para hacer largas marchas silenciosas por el monte bajo, con fusil y casco pesado. Yo rezaba el rosario.

Llevaba conmigo mi pequeña Biblia de Jerusalén y leía en los descansos algunos pasajes del evangelio. Era como una ligera brisa.

Después de cuatro meses de clases me propusieron continuar la instrucción en la escuela de oficiales. No me costó abandonar aquel campamento, donde me sentía exiliado. Me enviaron a Cherchell, en Argelia, para un período de seis meses. El Mediterráneo es fascinante. Pero nada es bello cuando hay guerra. El entrenamiento era rudo: recorrido del combatiente, ejercicios de lucha, guardias nocturnas, marchas con el eterno casco pesado, conferencias... Aún recuerdo una de ellas. En el teatro de Cherchell, un coronel experto en acción psicológica mostraba la necesidad de la Argelia francesa para preservar a Occidente del avance del comunismo. Si se perdía Argelia, Francia caería pronto «como un fruto maduro» en la ideología marxista. La Argelia francesa era el último baluarte contra esta tremenda amenaza. Se juzgaba necesario formar nuestras psicologías para prevenir las tentaciones «derrotistas».

Pasaban los meses y yo me veía cada vez menos como jefe de sección dirigiendo el combate. Tenía la sensación de seguir en una autopista por no haber sabido salir de ella a tiempo.

Por suerte, al final del período de instrucción pidieron voluntarios para las SAS (secciones administrativas especializadas). Se trataba de una labor de «pacificación» entre la población. Sin vacilar, me apunté voluntario.

Después de un mes de prácticas en Argel para familiarizarnos con las tradiciones musulmanas y los rudimentos del idioma, me enviaron a la región de Setif, una planicie de 1.000 metros de altitud, con destino a la SAS de Maoklane, lejos de todo puesto militar. Era una «zona de inseguridad nº. 1». El paisaje es bastante montañoso, de poco arbolado, y la escasa población estaba muy dispersa. Las modestas viviendas se confundían con el medio ambiente. En el pueblecito de Maoklane se alzaba un *bordj* pintado de blanco. El responsable de la SAS, un teniente, se alojaba allí con una treintena de *moghaznis* (indígenas -árabes y cabilas- al servicio de Francia) y algunos soldados del reemplazo destacados de su compañía. Este teniente, herido en un atentado, sería repatriado a Francia. Me llamaron para sustituirlo.

Caído en tierra extranjera, aprendía a vivir mi fe en solitario, sin comunidad, sin estructura de acogida. Despertaron en mí las convicciones de la infancia: la certeza de ser amado por Dios, el

sentimiento de su presencia en mí. Por primera vez moraba en casa ajena, lejos de la Iglesia, de la familia, del seminario. Había estado muy protegido, y lo natural era sentir miedo. Pero no; sentí curiosidad. Vivía mi fe humildemente, como cristiano en el exilio, entre otras creencias y otras costumbres, y los encuentros me ayudaban a orar. La vida con los musulmanes me enriqueció mucho.

Pronto me adapté a la población de aquellas mesetas. La gente vivía pobremente, sin agua corriente, sin electricidad y sin vías de comunicación. No sabían leer ni escribir. Algunas cabezas de ganado y un poco de terreno les permitían vivir. Sus riquezas les llegaban de Francia, un maná que enviaban generosamente los que trabajaban en la metrópoli.

Recorro los pueblos en compañía de los *moghaznis* para reunirme con las familias alrededor de una taza de té. Hay tantas cosas que oír, tantas situaciones que arreglar... Se elaboran proyectos para abrir una pista, traer el agua o construir un aula escolar. Francia invierte mucho dinero en la obra de «pacificación».

Un día me anunciaron en el pueblo que el coronel estaba de paso en la escuela. Fui a saludarle. Había allí unos cincuenta niños pequeños que miraban curiosos. El director parecía inquieto, ansioso de que todo saliera bien. El coronel me preguntó: «Gaillot, ¿usted conoce los diez mandamientos? Ahora los va a oír». Y, volviéndose a los niños, les gritó: «¡Venga!». Los niños recitaron a coro los diez mandamientos: «Argelia siempre francesa... Argelia...». Cada «mandamiento» era repetición del primero. Al final le confesé al coronel mi total ignorancia de esta versión moderna de los diez mandamientos.

Varios días por semana, una multitud hacía cola delante de la SAS. Acudían para ser asistidos en el dispensario, a recoger los famosos envíos postales, a sellar el pase para poder circular o para que yo intercediera ante los militares en la liberación de los prisioneros.

Por primera vez en mi vida me veía cargado de responsabilidad, obligado a tomar iniciativas en todos los terrenos y a resolver dificultades.

La población deseaba vivir tranquila y en paz. Pero estaba escindida entre Argelia y Francia; desgarrada, solicitada constantemente por la resistencia argelina (los *felagas*) y los militares franceses.

Los *felagas* mantenían contacto con el entorno social. Bajaban a los pueblos. ¿Qué familia no tenía a uno de los suyos en el maquis? El apoyo a la resistencia era un riesgo que se pagaba caro. Los militares hacían todo lo posible por obtener información. Las represalias no se hacían esperar: casas saqueadas, incendiadas; prisioneros llevados al puesto militar.

Estos prisioneros se amontonaban en campamentos cercados de alambradas. Pasaban la jornada picando piedra en las pistas. Comían lo que les llevaba su familia. Era un espectáculo conmovedor ver a niños pequeños cruzar montañas para abastecer de comida a su padre. Cuando yo circulaba en jeep por la pista, nunca faltaban prisioneros que me pedían obtenerles la liberación. En algunos casos lo conseguía. Pero aquello era muy poco.

Seghir, un *moghazni* de la SAS, era nuestro chófer. Me acompañaba a veces en los desplazamientos. Los militares trataban de arrestarlo, porque, según ciertas informaciones, me iba a liquidar. Yo me opuse al arresto. Pero, un día que Seghir estaba de permiso con su familia, los militares fueron a prenderlo. Murió unos días más tarde, después de ser horriblemente torturado. Tenía veinte años y se iba a casar. Las autoridades militares, ante las que fui a protestar, presentaron sus excusas...



Algo me llamó la atención. Muchos militares que llegaban de Francia expresaban sentimientos de humanidad y de respeto al hombre con independencia de su origen. Pero al poco tiempo quedaban atrapados en el engranaje de la violencia, y yo no los reconocía. Después de pasar el bautismo de fuego y de sufrir una emboscada atroz, estaban dispuestos a todo por vengar a los compañeros desaparecidos. La violencia engendra violencia. En este círculo infernal se generaliza la tortura. Los que la practican llevan dentro una herida que no se cierra y de la que nunca querrán hablar.

Esta violencia casi cotidiana me desconcertaba. Atemorizaba a la gente y agrandaba el foso entre la comunidad argelina y la francesa. Yo veía que la violencia no arreglaba los conflictos y que el ruido de las armas no traía la esperada paz. Buscaba una alternativa. La necesidad de la no violencia me apremiaba, pero no sabía cómo darle curso. De regreso a Francia, descubrí con enorme interés los escritos de Gandhi y de Luther King. Lamento no haber sido iniciado antes en la fuerza de la no violencia, que yo considero como un signo de los tiempos.

Durante la guerra de Argelia, lo que se decía en Francia tenía mucho eco entre los militares y los franceses de Argelia. Me hubiera gustado que la Iglesia de Francia, las Iglesias, hablaran con más energía para denunciar la tortura. La situación reclamaba alzar la voz por el honor del ser humano. Hubiera sido profético que la Iglesia invitara a la desobediencia a órdenes manifiestamente incompatibles con la dignidad de la persona humana.

Por suerte, un pastor velaba en Argel por su pueblo, Monseñor Duval preparaba los caminos de la paz con actitudes valientes que honraban a la Iglesia.

Después de pasar dos años en Argelia, regresé a Francia. Durante todo ese período había comprendido mejor hasta qué punto el evangelio era una promesa de liberación y que el anuncio de esta palabra era el mayor servicio que yo podía prestar. El mensaje de Cristo me había acompañado a lo largo de mi actividad militar: «El espíritu del Señor está sobre mí... Me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres, para anunciar la libertad a los cautivos y devolver la vista a los ciegos». Y soñaba con una Iglesia que liberara al hombre...

Volví sin vacilación al seminario, que estaba entonces en Châlons-sur-Marne. En mi deseo de llevar la palabra de Dios a tierras lejanas, acariciaba la idea de ir a misiones. El obispo de Langres, informado del caso, me rogó «en conciencia» que permaneciera en la diócesis, porque tendría necesidad de mí. Y me envió a continuar los estudios en Roma.

Llegué al comienzo del otoño, y quedé deslumbrado por la ciudad: la plaza de Navonna, las fuentes, las luces, las puestas de sol en el Pincio, el arte de vivir de los romanos... Fui conociendo esta ciudad cargada de historia y la cultura de este pueblo. Exprimí a Italia en forma increíble. El genio italiano se refleja en sus paisajes. Nunca había hecho tantas excursiones; eran bastante económicas. Viajé por todas partes, haciendo autostop. Tenía veintitrés años y partía a la buena de Dios: Florencia, Ravena, Nápoles, Sicilia... Me alojaba en casa de amigos, muchas veces en un monasterio, entre los franciscanos de Asís...

Para conocer una ciudad hay que caminar. Me gustaba mucho Siena; Florencia me maravilló. Recuerdo una Navidad en Nápoles: una piedad desbordada; gestos, ritmo; una religiosidad que exteriorizaba ruidosamente su vitalidad. Aprendí el italiano y multipliqué los encuentros con personas, sacerdotes, comunidades... A veces tenía la piel tan bronceada que me encerraba en el seminario dos días antes de los exámenes orales para palidecer un poco.

El seminario francés, donde me alojaba, respiraba un ambiente de fe, de oración y de apertura que dejó su huella en mí. No puedo olvidar los rostros de los que oraban cada mañana en la capilla de aquel seminario.

Algunos días, al atardecer, había una charla espiritual. Una de ellas, pronunciada por el rector, fue memorable. Nos había reunido para recordarnos que el reglamento preveía el tratamiento de usted entre los seminaristas y que toleraba que los unidos por lazos de parentesco o que se conocían de tiempo atrás siguieran tuteándose, pero a modo de excepción. Había que observar esta norma, porque algunos de nosotros podían llegar a ser obispos, y eso facilitaría más tarde su aptitud para el mando. El equipo de responsables nos parecía graciosamente desfasado...

En Roma era la época del buen papa Juan. Gozaba de gran popularidad. Sus palabras, sus gestos, sus iniciativas hacían respirar un aire de primavera. Juan XXIII sintonizaba con los hombres y las mujeres de este tiempo. Había que abrir las puertas de la Iglesia y provocar una corriente de aire. Presentíamos que con él muchas cosas iban a ser posibles. El anuncio del concilio nos llenó de una gran alegría, y en las trattorias los seminaristas sosteníamos largas discusiones.

Un día, el arzobispo de Cartago, que estaba de paso en Roma con su vicario general, el actual arzobispo de Toulouse, me invitó a acompañarle en la audiencia que le había concedido Juan XXIII. El papa observó mi calva incipiente y comentó en italiano: «Este empieza a tener una cabeza que mira al sol».

2

## El soplo del concilio

Fui ordenado sacerdote el 18 de marzo de 1961. Yo deseaba que la ordenación tuviera lugar en Langres, y no en Roma, porque estaba destinado a esa diócesis. Tomé el *Palatino* de regreso a Francia, y durante el viaje pensé en esta ordenación como la meta de un largo camino y el comienzo de otra aventura. Eran muchos los que me habían ayudado a ser sacerdote, brindándome su amistad y el testimonio del evangelio. Muchos otros seguirían en mi camino para ayudarme e iluminarme.

El obispo de Langres era anciano y achacoso. Le costaba desplazarse, pero el gozo de proceder a su última ordenación le devolvió las fuerzas. La ceremonia tuvo lugar en una sala del seminario que servía de capilla, y no en la hermosa e imponente catedral. Una ordenación aparentemente pobre, sin procesión, sin coral, sin sermón... pero vivida con total intensidad. Todas mis opciones convergían hacia aquel gran momento.

Al día siguiente fui a decir misa al «claustro» de Saint-Dizier. Era la fiesta. Me pareció que las religiosas no cantaban como de costumbre, de lo emocionadas que estaban. También yo. Después fue la misa mayor del domingo en la iglesia parroquial, abarrotada de gente. El párroco, a mi lado, cuidaba de la buena ejecución de las ceremonias. Yo me sentí feliz de celebrar en medio de aquel pueblo reunido y saludé sin prisas a cada uno, desde la comadrona que me había traído al mundo hasta antiguos compañeros de clase que me daban la sorpresa de estar presentes.

Iba a empezar la Semana Santa. El obispo me pidió que fuera a Joinville, cuyo párroco había fallecido. Allí escuché las primeras confesiones. Durante horas admiré la simplicidad y la fe de la gente que así se confiaba. Sentí ganas de darles las gracias. Me decía a mí mismo que el sacramento de la penitencia era sin duda el sacramento más humano que existe.

Después de las fiestas de Pascua volví a Roma y reanudé los estudios. Más tarde, durante el verano, di cumplimiento a un antiguo proyecto: ir en peregrinación a Tierra Santa; un viaje de bodas al país de Jesús para celebrar el primer aniversario de mi ordenación.

Quedé deslumbrado por Jerusalén, y el Santo Sepulcro me impresionó mucho. Permanecí largo rato en aquel lugar venerable. Nunca olvidaré el rostro de un copto en oración; el recuerdo de la pasión de Cristo y de su muerte me embargó por completo. Allí se convirtió Jesús en un excluido, un condenado; allí sufrió el escarnio y la vergüenza. Allí cargó con la violencia y la injusticia del mundo. Allí pasó por la muerte como todos los seres humanos.

Pero la losa del sepulcro fue removida. Dios resucitó a Jesús. Cristo vive para siempre. Se apareció a María Magdalena. La gran aventura del amor y del perdón continúa para nosotros.

Muy temprano, por las calles aún desiertas de la ciudad, me dirigí a la tumba de Cristo para celebrar la misa. Perdí la orientación y rogué a un panadero que trabajaba en la tahona que me indicara el camino.

De vuelta de Jerusalén descubrí otro lugar sagrado: Lisieux. El tren pasaba por Évreux. No podía imaginar que un día iba a ser su obispo.

Ayudé a los capellanes de Lisieux en el ministerio de la confesión y la predicación. Una experiencia pastoral que yo aprecié por la calidad de los encuentros y los cambios de vida que se

producían. Pero, sobre todo, llegué a conocer mejor a Teresa de Lisieux y su experiencia de la incredulidad. Su alma soportó las más densas tinieblas. El pensamiento del cielo fue para ella materia de lucha y de aflicción. Teresa se sentía solidaria con los pecadores, y quiso serlo a fondo. Estaba dispuesta a sentarse a su mesa y permanecer con ellos todo lo que fuera necesario.

Ese sufrimiento me parecía extrañamente moderno. Los cristianos no están por encima o separados de los demás. No están en posesión de la verdad y de la luz. Viven inmersos en la confusión y saben lo que es la noche. Yo no había imaginado que Teresa hubiera podido ir tan deprisa y tan lejos en este camino.

Me faltaba un año de estudios en Roma. Me hacía bien respirar aquel aire. Juan XXIII daba a la Iglesia un nuevo rostro de humanidad y de comprensión. El miedo y la intransigencia cedían el paso al diálogo y la apertura. La Iglesia no estaba ya «arrinconada». El papa, como buen pastor, quería el bien de su pueblo y recordaba que el futuro era de los humildes.

El 11 de febrero, fecha de las apariciones de Nuestra Señora de Lourdes a Bernadette, Juan XXIII invitó a los alumnos del seminario francés a entrevistarse con él en la gruta -una copia de la de Lourdes, instalada en los jardines del Vaticano-. Cundió el pánico: las vacaciones escolares estaban en su mejor momento y había muchas ausencias. El rector nos convocó precipitadamente. Éramos muy pocos, pero en fin... Juan XXIII, después de recibirnos, tomó asiento en su sillón. Yo pensaba que íbamos a recitar un misterio del rosario. Pero no: nos dirigió la palabra. Se sentía feliz de charlar con nosotros.

Juan XXIII solía inspirarse en un pasaje del evangelio: «Yo salté de la barca y camino entre las olas al encuentro de Cristo que nos llama. La Iglesia debe renunciar a sus certezas. Debe abandonar la seguridad de la barca y caminar entre las olas. Llegará la noche, la tempestad, el miedo. Pero no hay que retroceder. La Iglesia está llamada a ir al encuentro del mundo».

En el momento en que se inauguraba el concilio, octubre de 1962, yo estaba de regreso en Francia. Sin esperármelo, y sin haber podido dar mi opinión, el obispo de Langres me envió a hacer los cursos del Instituto de Liturgia en París, me nombró miembro del equipo de dirección en el seminario de Châlons-sur-Marne y me agregó, por último, a la parroquia de Gigny, en Saint-Dizier. Cada semana, durante dos años, circulé entre estos tres polos.

En París volví a ser estudiante. Aprendí la historia de los ritos y los sacramentos a través de los textos y las prácticas litúrgicas del pueblo de Dios. El conocimiento histórico permite relativizar lo que se creía inmutable y atenerse a lo esencial.

En Châlons-sur-Marne me incumbía la dirección espiritual de los seminaristas. Era una carga pesada, mas para mí fue pan bendito. Puse todo mi empeño en la tarea: los seminaristas me confiaban sus zozobras, sus dificultades, sus dudas. Este compañerismo exigente me enriqueció. Yo procuraba respetar su libertad y trataba de hacer germinar lo mejor de cada uno. Mi deseo era hacerlos responsables de su vida y de su futuro.

De Saint-Dizier guardo, sobre todo, el recuerdo de la catequesis, los jueves por la mañana, como eco de la palabra de Dios entre los jóvenes.

En la diócesis de Langres había una fraternidad del padre Foucauld. Pedí integrarme en ella. Era un lugar de libertad, de comunicación, de plegaria. Siguiendo la línea marcada por Charles de Foucauld, nos protegíamos para vivir nuestro ministerio en solidaridad con los más pobres y dar un margen, en nuestra ajetreada vida, a la plegaria y la adoración eucarística.

En 1965 comienzo una nueva página de mi vida. Me envían al seminario de Reims, donde han sido reagrupados los seminaristas de la región.

Durante el verano hice los ejercicios de san Ignacio: treinta días de retiro con los padres jesuitas en Clamart. Allí tenía a mi lado a un capellán que llegaría a ser arzobispo de París y a un sacerdote destinado a ser mi arzobispo en Rouen. Aquel largo y silencioso retiro supuso una ruptura en mi vida. ¿Cómo ser sacerdote en la naciente Iglesia conciliar? ¿Cómo ejercer el ministerio que se me había confiado en el seno de una institución que se renueva profundamente en su manera de ser y en su misión?

En Roma concluye el Concilio Vaticano II y todo comienza. El tiempo de los inicios prometedores. Un magnífico arco iris brilló sobre la Iglesia de Cristo. Una alborada excepcional.

Admirable Iglesia del Vaticano II. Se pone a defender al hombre, a todo ser humano, sea o no creyente. Con solicitud y simpatía, muestra su solidaridad con toda la familia humana en términos inigualables: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón».

Admirable Iglesia del Vaticano II. No está anquilosada ni tiene miedo. No pisa el freno. Ya no condena. Ha recobrado el acento de los profetas y la palabra fogosa del evangelio. Habla de los signos de los tiempos. Se atreve a decir que el evangelio «sintoniza con el fondo del corazón humano». Para comprender mejor el mensaje evangélico no duda en recoger la «experiencia de todos». Su atención se centra en las manifestaciones del Espíritu en todas las acciones humanas, las más simples y las más complejas. Mira lejos, con audacia.

Admirable Iglesia del Vaticano II. No es intolerante ni arrogante ni autosuficiente. Se presenta como el pueblo de Dios en marcha, un pueblo que camina en la historia de los hombres, con sus lastres y sus dificultades. Está en el mundo de este tiempo, en diálogo con él. Aprende a recibir del mundo.

Admirable Iglesia del Vaticano II. Como Iglesia de Pentecostés, pierde su lengua de trapo. Se acabó el tiempo de los silencios y las censuras. La palabra circula. Los cristianos la utilizan. Un soplo de fraternidad anima a las comunidades.

Admirable Iglesia del Vaticano II. Renuncia a sus privilegios. Algo la empuja hacia los marginados del mundo. Siguiendo a Cristo, quiere ser servidora y pobre.

Una Iglesia así suscita la esperanza. Muchos laicos y sacerdotes respiran a pleno pulmón este aire fresco. Depositán su confianza en su Iglesia cuando ella abre todas sus puertas.

El Concilio Vaticano II fue un verdadero maremoto. Y para mí, una liberación. Mis hábitos cambiaron. Mis convicciones se transformaron. Me sentí confirmado en muchos puntos que presentía. Me consuela oír que la primera misión de los sacerdotes es anunciar el evangelio; que «los presbíteros... conviven, como con hermanos, con los otros hombres». «[No] podrían tampoco servir a los hombres si permanecieran ajenos a la vida y condiciones de los mismos».

Abandono la sotana. Es una señal de la importancia del cambio producido. El sacerdote no se halla ostensiblemente separado de la vida de la gente ni es extraño a su existencia. «Regenerados como todos en la fuente del bautismo, los presbíteros son hermanos entre sus hermanos». El sacerdote no es un notable, sino un compañero. Y los bautizados son para él verdaderos socios. Los sacerdotes «[deben escuchar] de buen grado a los laicos, considerando fraternalmente sus deseos y reconociendo su experiencia y competencia en los diversos campos de la actividad humana, a fin de que, juntamente con ellos, puedan conocer los signos de los tiempos».

Sin embargo, no todo está reglamentado. Afortunadamente. Frente a situaciones inéditas, se impone la creatividad, y el concilio nos invita a ella: «El Espíritu Santo, al tiempo que impulsa a la Iglesia a que abra nuevas vías de acceso al mundo de esta época, sugiere y favorece también las convenientes acomodaciones del ministerio sacerdotal».

Como símbolo personal, arrojé al fuego todos mis cursos de Roma. El concilio supuso tal sacudida que decidí partir de cero y reconstruir todo según los textos conciliares. Era un trabajo enorme, apasionante. Mi lámpara brillaba hasta bien entrada la noche.

Los seminaristas a mi cargo se mostraban deseosos de participar en debates comprometidos. Con avidez y atención. El entonces arzobispo de Reims, monseñor Marty, a su regreso de Roma, habló con calor en el seminario. Se refirió a su «conversión de obispo conciliar» y nos pidió entrar resueltamente en esta corriente renovadora.

Sentí en mí dos llamadas que concernían a mi vida de sacerdote para poder contribuir a la formación de los seminaristas. La primera se me reveló casi como una certeza, por la claridad con que se me imponía: estar vinculado a los pobres. ¿Cómo formar seminaristas si no se tiene contacto con los marginados? Ello tendrá consecuencias en el modo de vivir, de enseñar, de guiar. Me nombraron visitador de la prisión de Reims y descubrí este ministerio atractivo y apasionante. El capellán estaba enfermo de cáncer, y yo iba a sustituirlo. El director me autorizaba a circular libremente, desde las celdas normales hasta las celdas de castigo. Celebraba la misa y llegué a administrar un bautismo. Pero, sobre todo, escuchaba a los detenidos, me tomaba tiempo para hablar con ellos. Entré en contacto con las familias e intervine en la reinserción de los presos. Un día me hallaba en el despacho de la asistente social, en la primera planta. Conversaba con algunos detenidos. Oscurecía y, buscando el interruptor para encender la luz, hice funcionar la alarma. Se armó un quirigay de escándalo.

Algunos seminaristas, conscientes del problema de los pobres, me llevaron consigo a una barriada de chabolas en las afueras de Reims. Qué triste paisaje. Esta bolsa de pobreza, hoy desmantelada y sustituida por una zona de HLM (viviendas de alquiler moderado), albergaba entonces no sólo a trabajadores inmigrantes, sino a familias francesas. Todos vivían en tugurios inverosímiles, barracas de hojalata y viejas roulottes. Ante aquel panorama, antiguos recuerdos perdidos en la memoria salieron a la superficie y sentí renacer mi rebeldía de niño. Yo estaba aún en el colegio -tenía doce o trece años- y un profesor nos llevó a visitar una fábrica de Saint-Dizier: la fundición de la Noue. Aquello era una vuelta al pasado, un salto al siglo XIX. Los altos hornos escupían fuego. El ruido era ensordecedor. Con aquel estruendo y aquel calor, los obreros trabajaban sin protección alguna. Yo había leído a Zola y a Van der Meersch, pero no podía imaginar situación más inhumana. Aquel universo era el infierno. Me impresionó. Y tomé conciencia de la condición obrera.

Los habitantes de las chabolas agradecían las visitas que les hicimos durante un verano. Eran contactos con personas que se sentían rechazadas y abandonadas. Ellos nos suponían cargados de múltiples ocupaciones, y los breves momentos que les dedicábamos los dignificaban a sus propios ojos. Mi norte estaba allí. Desde entonces me puse al servicio de la Iglesia de los pobres. En Roma, un grupo de obispos conciliares seguía esta orientación. Eran los llamados «obispos de los pobres», y entre ellos se encontraba Don Helder Cámara.

La otra llamada me invitaba a insertarme en una parroquia de Reims para no olvidar la dimensión pastoral de mi enseñanza. Dirigí mi petición al vicario general de Reims, que se mostró sorprendido, porque tales peticiones escaseaban mucho. Me propuso la parroquia de San José, situada en un barrio popular y obrero de la ciudad. Había un equipo de tres sacerdotes.

En cuanto a la liturgia, ¡qué cambio!

Es un alivio no volver ya la espalda a la gente para celebrar la misa. Puedo ver a la asamblea que está delante de mí. Puedo hablarle, oír su respuesta. Se entabla un diálogo entre la asamblea y el celebrante. Hay una comunicación. Ya no soy el personaje sagrado que guarda las distancias. Y el altar se ha acercado a la asamblea.

Es un alivio no celebrar en un rincón, sobre un altar, sino concelebrar en el mismo altar. Antes, en el seminario, se oraba en la capilla y, al final de la oración, había una dispersión general. Cada cual salía a celebrar donde podía. Ahora una misma Eucaristía nos reúne a todos. Está presente el equipo del seminario, alrededor del altar, compartiendo el mismo pan y bebiendo de la misma copa.

Es también una bendición el que la asamblea oiga en su propia lengua todas las lecturas y oraciones, incluida la plegaria eucarística, llamada a una participación «activa, consciente, fecunda». Abandoné el canon romano en latín, que sabía de memoria y había acunado mi infancia. Lo importante es el pueblo presente: para él estoy celebrando.

En su simplicidad y profundidad, las celebraciones de la parroquia de San José eran bellas, sustanciosas, respetuosas con la gente.

Si asistían muchas personas no creyentes a un entierro, elegía las oraciones en función del auditorio. Si el grupo era más sensible al respeto de las tradiciones, optaba por un canto o una oración en latín. Tal flexibilidad en los rituales permite llegar a cada uno en la diversidad de su fe.

Para profundizar en este cambio reclamado por el concilio, tuve la suerte de encontrar en mi camino a un sacerdote de gran valía, Louis Lochet. Vivía en Reims y trabajó en numerosas diócesis de Francia. Era un consejero espiritual sensible y abierto que midió el alcance de los cambios que debían operarse en la Iglesia. Poseía el don de ensanchar la libertad de sus interlocutores. Se estableció una corriente de afinidad entre nosotros y trabajamos amistad. Él me abrió a la misión y me apartó del seminario. Me hizo intervenir en un sinnúmero de sesiones sobre el concilio. Tuvo la audacia de hacerme dirigir el retiro de los sacerdotes de Reims -retiro que iría seguido de muchos otros en todo el territorio francés-. Él, en fin, me arrastró a África, a Ruanda y a Burundi.

Llegó mayo del 68, acontecimiento histórico donde los haya. Monseñor Marty, obispo muy querido por el pueblo, dejó Reims por París. Los estudiantes fijaban sus eslóganes en los muros: «No queremos un mundo en el que la certeza de no morir de hambre se intercambia con el riesgo de morir de aburrimiento». «Corred, corred, que el viejo mundo queda atrás». «La imaginación al poder».

¿Cómo no aplaudir esta repulsa de la sociedad de consumo? El bienestar y el «éxito» medido por el rasero de las «cosas» acumuladas ahogan la vida y la privan de sentido.

También el seminario de Reims sufrió la conmoción, y el equipo de los responsables quedó dividido. Los seminaristas reaccionaron de modo heterogéneo y a veces imprevisto: unos, habitualmente tímidos y discretos, se enardecieron de pronto, empezaron a hablar y a participar en las manifestaciones. Otros, en cambio, asimilaron mal la crisis y se encerraron en el silencio. La tensión llegó a tal extremo que el rector decidió enviar a los alumnos con sus familias respectivas.

Confieso que participé con entusiasmo en los múltiples encuentros que se organizaron en Reims. La circulación de la palabra era asombrosa: nunca había observado semejante libertad de comunicación en los grupos que se constituían. Caían las barreras y los tabúes. Se hablaba como nunca se había hecho, con la sensación de vivir un episodio excepcional y, probablemente, irrepetible.

Pero, a la hora de predicar en la parroquia, las cosas se complicaban. El auditorio se mostraba inquieto, grave; se oía el vuelo de una mosca. Aunque suene raro, yo escribía el sermón con todo cuidado. Y después de la misa no faltaban los descontentos que presentaban sus quejas.

La tormenta fue amainando poco a poco. El gusto por el orden se impuso. Yo recordaba la leyenda del Gran Inquisidor que reprocha a Cristo no haberlo dejado todo bien atado y no haber quitado a los hombres el peso de su libertad. El Gran Inquisidor sostiene que el poder es para los que saben, y que sólo a ellos incumbe velar por la felicidad de todos.

Monseñor Maury fue nombrado arzobispo de Reims. Yo apreciaba su sentido de la misión, su valentía para hablar y los riesgos que no dudaba en asumir. Representaba para mí la imagen misma del obispo. No duró mucho en Reims. Pero fue él quien impulsó la evolución del seminario y la inserción de los futuros sacerdotes en la vida de la ciudad.

Tres seminaristas habían esbozado un proyecto concreto de formación en el mundo obrero. Asociados al equipo de los curas obreros, deseaban prepararse para el sacerdocio manteniendo su arraigo en el mundo del trabajo. Era un itinerario original, cuya importancia y necesidad fui descubriendo mejor sobre el terreno. Aprendí muchísimo y comprobé hasta qué punto la solidaridad de aquellos sacerdotes con el entorno nutría su fe y su vida evangélica. La existencia de sacerdotes obreros dejó de ser para mí un dato abstracto: vi que era un componente necesario de la Iglesia.

Después de pasar siete años en Reims -siete años plenos y felices-, solicité regresar a mi diócesis. El obispo de Langres me asignó una parroquia de la ZUP (zona de urbanización prioritaria) de Saint-Dizier, en equipo con cinco sacerdotes. Las HLM rodeaban el nuevo templo. Había muchos inmigrados. Era muy fácil entablar relaciones. Y el domingo por la noche volvía con la familia, en casa de mi cuñado.

Reservé parte del tiempo para hacer un reciclaje en París. Pero al finalizar el año fui nombrado responsable de aquella formación con un hombre al que yo no conocía y que llegó a ser mi amigo: Raymond Deville, sacerdote de San Sulpicio. Durante cuatro años llevamos fraternalmente la carga que se nos había confiado. Era la primera vez que trabajaba en muy estrecha colaboración, y todos vieron que eso me encantaba.

Los dos éramos secretarios de la comisión episcopal «clero y seminarios». Monseñor Riobé, obispo de Orléans, también formaba parte de la misma. Su silencio pesaba a menudo, y los obispos de la comisión estaban irritados.

Recuerdo que al final de una sesión me acerqué a él y le pregunté: «¿No se siente usted bien?». «No -me contestó-. Me duele la cabeza. Y, además, aquí estoy perdiendo el tiempo. Es la última vez que vengo». Y lo cumplió.

En cumplimiento de este mismo cargo participé en la asamblea de los obispos en Lourdes. No imaginaba que un día me iban a confiar una tarea similar.

Llegó a Haute-Marne un nuevo obispo: el padre Lucien Daloz, un «animador» cuya acción surtió efecto muy pronto. Con él, los laicos sentían que se les reconocía y se les tomaba en serio. Los religiosos y las religiosas se insertaron mejor en la Iglesia diocesana. Los sacerdotes mostraban mayor disposición. Monseñor Daloz amplió los horizontes misionales para que nadie se encerrara y ningún grupo se replegara en sí mismo. Era un descubridor de signos, y él mismo los formulaba. Al afrontar riesgos infundía entusiasmo; con su audacia, animaba a explorar.

Me nombró vicario general. Yo vivía en la casa de las obras diocesanas de Langres, cerca del palacio episcopal. Había relaciones de confianza y de amistad entre nosotros; el obispo me



enseñó el sentido de lo posible y de la paciencia. Me pidió, entre otras cosas, que pusiera en marcha algo que aún no existía: «ayudantes de pastoral», diáconos, una «Escuela de Ministerios».

La idea de abrir esa escuela obedecía a un impulso cordial y a un razonamiento lógico a la vez: los sacerdotes, religiosos y religiosas hemos adquirido durante nuestros estudios un conocimiento suficiente de los misterios de la Iglesia para servirla dignamente. Los laicos, en cambio, están casi inermes. Confiarles responsabilidades sin una formación previa equivaldría a imaginar una escalera sin peldaños.

¿Qué hacer? Los laicos deseosos de ofrecer sus servicios no pueden inscribirse en el seminario ni asistir al Institut Catholique. Generalmente la casa, la familia y el empleo condicionan su libertad. De ahí mi propuesta: buscar un lugar próximo a su domicilio y dar allí una formación interesante, no demasiado árida ni «intelectual».

Reflexionamos mucho tiempo para plasmar nuestra intuición. Y yo emprendí la ejecución del proyecto. No lejos de Chaumont, en Brachay, una casa de religiosas nos abrió sus puertas. El lugar era acogedor y relativamente cómodo. Para empezar, establecimos contacto con amigos, parroquianos ya comprometidos en la catequesis, la capellanía de enfermos y la Acción Católica. Nos apoyaron generosamente. Los cursillos se daban durante los fines de semana, en varios períodos del año. La primera «promoción» fue brillante. Tras los primeros tanteos, la empresa alcanzó su velocidad de crucero.

Las consecuencias de esta operación fueron importantes para la comunidad cristiana. En efecto, reunidos para reflexionar y comprender, los creyentes descubrían de pronto la verdadera dimensión de su Iglesia diocesana. Vieron el peso de su historia y evaluaron la envergadura de su proyecto. Durante la formación, el obispo acudía a alentar y fortalecer su fe. Anudaron o profundizaron los lazos de solidaridad. Varios me escribieron felicitándose de «poder al fin hacer algo juntos».

Posteriormente, la «Escuela de Ministerios» hizo... escuela. Diversas diócesis adoptaron la fórmula o se inspiraron en ella para iniciar a su vez a los laicos en las distintas misiones pastorales.

En marzo de 1982, los participantes de la Escuela de Ministerios organizaron un viaje a Roma y a Asís. El ambiente era relajado. Y mientras yo me abandonaba a aquel tiempo de gracia y de gozo, no sospechaba que una carta de la nunciatura me aguardaba en el despacho.

## 3

**Un oficio arriesgado**

«Tú serás obispo, ya lo verás». Algunos amigos, cristianos y sacerdotes, me gastaban a veces bromas de ese estilo. Yo, francamente, nunca había tomado semejante eventualidad en serio. La carta de la nunciatura comunicándome que el papa me nombraba obispo de Évreux me produjo el efecto de un mazazo. Pensé un instante en una tomadura de pelo por parte de algunos compañeros. Pero no: el sello era auténtico. Aturdido, confieso que recurrí al Larousse: no recordaba muy bien dónde caía Évreux.

En las horas y los días sucesivos me invadió la perplejidad. Por imperativos del calendario, debía dirigir el retiro de los seminaristas de Lille en el priorato de Andecy, Marne. No pude disimular que tenía el pensamiento en otra parte. Me excusaba torpemente: «no estoy muy en forma...»; porque, aun siendo la noticia oficiosa, debía guardar el secreto. El nuncio, sin embargo, me había autorizado para comunicársela a mi obispo. Así lo hice, deslizado un mensaje en su despacho y rogándole que acudiera en mi ayuda. Vino a verme sin tardar. Almorzamos juntos. Me dijo que se lo esperaba, que el nuncio le había puesto ya «al corriente».

Como vicario general, yo había pedido muchas veces a los cristianos que asumieran responsabilidades. Unas responsabilidades que nunca habían imaginado. La mayoría aceptaba con confianza. Conocían sus límites, pero no rehusaban, porque era un servicio que debían prestar.

Ahora era mi turno. Yo me decía: «Esto te revienta, pero es un servicio que te piden. Confían en ti. Acéptalo con la misma confianza». Me rondó la tentación de rehusar: «¿Por qué no piensan en otro? Sería mejor opción». Me sentí solo. El nuncio me había dicho: «estoy a su disposición», y fui a verle. Él insistió: «Es el Santo Padre quien lo desea. Hay que obedecer». Acepté con espíritu de servicio, en respuesta a la confianza que la Iglesia había depositado en mí.

El ritmo se aceleró. Convenía partir sin demora, porque, psicológicamente, ya no vivía en Chaumont. La gente se dio cuenta. Me acuerdo de una parroquiana que me torturaba con la cantilena: «Usted no es el de antes. Debería compartir sus preocupaciones con nosotros. ¿Qué nos está ocultando?». Yo casi me enfadaba: «No, no; me siento muy bien».

Estaba ansioso de que anunciaran mi partida y de pasar la página. Es duro desarraigarse, dejar a los amigos, alejarse de los vecinos. Pero la misión me llamaba a otra parte. No se es sacerdote para uno mismo. Ni obispo.

Fui consagrado, con alba y casulla, en la catedral de Évreux el 18 de junio de 1982, veinte años después de haber sido ordenado sacerdote.

Un grupo de cristianos de Haute-Marne me escoltaron, a modo de presentación ante los cristianos de Eure, que me acogieron siendo aún desconocidos para mí. Me parece muy hermoso este paso de un pueblo a otro; emotivo y simbólico. Llegaron muchos cristianos de Haute-Marne en autocar, en tren y en coche. Ellos mismos me presentaron: «Ya conocen a Gaillot. Comprobarán que es un TAV (tren de alta velocidad)», dice ante el micrófono, en la catedral, un obrero de fábrica que ha optado por el diaconado permanente, sin interrumpir su marcha por tan maravillosa senda. «Escuchen, habitantes de la diócesis de Évreux; su tranquilidad ha terminado».

Y añade: «Una noche, el padre Gaillot llegó a mi casa. Como a otros miembros del equipo, me dijo que venía a preguntarme, en nombre del obispo, si aceptaría ser diácono, pero que

necesitaba el consentimiento de mi esposa. Ni más ni menos. Una bomba no hubiera hecho más efecto. Mi reacción fue idéntica a la de otros: ¿por qué yo? Muchos otros lo harían mejor. Pero el padre Gaillot era tan persuasivo, tan convincente, que acepté intentar la aventura con él. Durante mis años de preparación para el diaconado él estuvo presente en todos nuestros encuentros, iluminándonos, guiándonos en la formación, recorriendo con nosotros cada etapa».

«Nos dicen a veces que Jesucristo nos desquicia, nos molesta, trastorna nuestra vida. Pues bien, al dirigirme a ustedes, habitantes de la diócesis de Évreux, yo les digo que "su tranquilidad ha terminado", porque el Padre los va a desquiciar. Si duermen, el padre Gaillot los despertará, llamará a su puerta y, como nosotros, ustedes dirán: "entre". Entonces ustedes también serán acosados, quedarán atrapados y dirán sí».

La gente aplaudió. Yo me sentí feliz y desconcertado al mismo tiempo.

El cardenal Marty tomó la palabra con acentos proféticos: «No se evangeliza automáticamente. Con todos y cada uno de ustedes el obispo proclamará el evangelio, dará testimonio de la ternura de Dios. Y su testimonio le sostendrá a través de todas las contradicciones del mundo moderno».

Y dirigiéndose a mí: «Siga siendo el que fue, tal como yo lo he conocido. Esté atento a las llamadas inesperadas de Dios y del hombre y tenga un corazón muy audaz para responder a los hombres y las mujeres de hoy, especialmente a los que sufren y a los jóvenes. Entréguese totalmente a la diócesis que el Santo Padre le confía. Afronte todas las circunstancias con seguridad, con audacia. El Espíritu Santo le espera en Normandía. Él le acompañará».

En el curso de la ceremonia todos los obispos presentes vienen a imponer las manos al ordenando. Este gesto venerable de la Iglesia apostólica recuerda que es el Espíritu Santo el que consagra. Sigue a continuación la entrega de los atributos del ministerio. El báculo: es el bastón del pastor y simboliza la autoridad del obispo sobre sus ovejas. El anillo: une al obispo con su pueblo, y este consorcio para las alegrías y las tristezas hace augurar momentos de incompreensión y horas de consuelo. Después la mitra, cuyo simbolismo es más oscuro.

Otro detalle no menos intenso de esta ceremonia: mientras estoy arrodillado, dos sacerdotes me colocan el libro de los evangelios sobre la nuca... ilustrando con ello la carga que me toca soportar desde ese momento. Aún siento el peso de este evangelio en mi nuca: un volumen grande con revestimiento metálico. ¡Cómo pesa! Los minutos transcurren con lentitud. ¿Es el peso del evangelio que tendré que llevar día a día? Tengo ganas de respirar hondo, de ser aliviado. Algunas imágenes me asaltan involuntariamente. Me viene a la memoria un pasaje de la Biblia: en un sueño, el profeta Ezequiel ve un hilillo de agua que escapa del templo de Jerusalén; ve cómo atraviesa el desierto, llega al valle del Jordán y desemboca en el mar Muerto. El hilillo de agua engrosa más y más. Se convierte en torrente impetuoso que despierta la vida a su paso: árboles, frutos, peces... Es un torrente de vida que mana del santuario de Jerusalén.

Aventuro una comparación. Desde que nació en el «claustro» de Saint-Dizier, mi fe no dejó de crecer. Atravesó desiertos, pero nunca se apartó de la Vida. Mi carácter, dulce y apasionado a la vez, apenas me crea conflictos. Pero estimo fundamental saber dónde he de batirme: cuando se trata de defender al hombre, no tengo miedo a nadie. Mi ordenación es una nueva apuesta. Con la fuerza del Espíritu, estoy dispuesto a afrontar los riesgos del oficio.

Al término de la celebración, dirigí primero algunas palabras de agradecimiento, y después, mirando a aquel pueblo reunido en la catedral, dije: «Muchos de ustedes han venido de Haute-Marne, de Estrasburgo, de Suiza... Han venido a confiar mi persona a la Iglesia que está en Évreux, y esta Iglesia me acoge y me recibe con increíble calor. Ustedes esperan mucho de su

nuevo obispo. Y yo también espero mucho de ustedes. Ambas esperanzas confluirán en el curso de los meses venideros. Lo que ustedes esperan de mí llegaremos a serlo juntos con la gracia de Dios».

Mencioné también lo que me había escrito un trabajador de una empresa de Vernon: «La situación económica es difícil, muchos sienten la incertidumbre del futuro y han perdido la esperanza. Nuestra Iglesia tiene también necesidad de renovarse para ser luz en la noche».

Añadí, en fin, una intención que llevaba metida en el alma: «Pongo mi episcopado bajo el signo del beato Jacques Laval, antiguo médico normando que se hizo sacerdote y misionero. Siendo párroco de esta diócesis, en Pinterville, Jacques Laval partió para la isla Mauricio. Mauriciano entre los mauricianos, manifestó su ternura y su respeto a los más humildes. Protestó contra la injusta condición en que vivían».

Al día siguiente todos se habían marchado. Me sentí relajado, casi abandonado. Debía desenvolverme en tierra desconocida. Me faltaba todo por conocer, por aprender.

Desde mi llegada me asignaron la casa de la rue Saint-Louis. Es una mansión burguesa del siglo XIX construida en ladrillo rojo, imponente, achatada, con un parque colindante; sede del obispado desde la última guerra. La angustia me invade: yo que siempre he vivido en comunidad, que busco la comunicación y el intercambio, no puedo hacerme a la idea de vivir aquí solo. Aquel mismo día, a medianoche, escribí a la madre general de las Hermanas de Jesús en el Templo, que se encontraba en Vernon, para pedirle un favor: no dejar a un pobre obispo en la soledad. ¿Puede prestarle a algunas religiosas para la acogida de huéspedes y el servicio al obispado? Y añadí una frase de las que «hacen mella» y que fue determinante: «Formaremos una comunidad de oración». Accedió al ruego. Llegaron dos religiosas bretonas. Se alojan en el obispado y atienden a la acogida de huéspedes y la secretaría.

Es una bendición. Quisiera que todos los sacerdotes de la diócesis tuvieran la suerte que yo he tenido.

Mis condiciones de vida son gratas. Cerca del parque del obispado residen el vicario general, que es mi más próximo colaborador; el canciller, responsable de las finanzas y del inmobiliario, y el archivero. Todos los días de diario, a mediodía, tenemos mesa común, y nos reunimos a menudo una decena. Almorzando con los sacerdotes de la ciudad, voy aprendiendo mucha historia del pasado de la diócesis.

El obispo está solo. Aunque se rodee de comisiones y de consejos, en el momento de actuar compromete su propia responsabilidad. Yo la asumo: cuando hay descontentos, se dirigen a mí. Con razón. Estoy al descubierto. Si me juzgan «progresista» o «contestatario», están al acecho de cualquier desliz. ¿Es esto cómodo? Algunos creen que ser nombrado obispo constituye una promoción en la carrera, una cima en la jerarquía. Yo no tengo esta visión del servicio. Entrar en pelea para defender el evangelio será emocionante, pero también áspero psicológica y espiritualmente. Aguanto. Acepto los golpes y procuro no darlos... Este oficio presupone una buena salud. Es una existencia arriesgada.

Una vez al año, en otoño, los obispos de Francia acuden a Lourdes para encontrarse «en familia» y celebrar la Conferencia Episcopal; es la asamblea general de todos los prelados franceses, incluidos los de los territorios de ultramar; una especie de parlamento dentro del espíritu de colegialidad preconizado por el último concilio.

Todos los años me siento dividido entre el placer de encontrarme con mis colegas, porque el ambiente es grato, y la irritación, porque los trabajos suelen ser aburridos.

Lourdes, en esa estación, es una ciudad soñolienta. Persianas echadas, comercios a media luz, hoteles cerrados..., salvo algunos, como Les Ambassadeurs, cerca de la gruta, donde la prensa instala su cuartel general. La temporada de las grandes peregrinaciones ha pasado. Algunos grupos, algunos peregrinos aislados, con enfermos, se dirigen a la gruta, donde la llama de los cirios no se apaga nunca.

Pero Lourdes no pierde nada de su seducción mística. Antes de mi partida me hicieron recomendaciones: orar por los enfermos, poner un cirio y llevar una medalla. Sigo fielmente las instrucciones, convencido de que la religiosidad popular tiene en cuenta estos gestos humildes.

La acogida es fraternal. La mayoría de los obispos se hospedan en los santuarios, en el albergue Notre-Dame, el albergue Sainte-Bernadette (de hecho, el nuevo hospital) o la residencia de los capellanes, detrás de la basílica superior. Nos alegramos de volvernos a ver. Presentación de los nuevos y evocación de los antiguos. Almorzamos juntos. Charlamos. Realmente cordial. Sobre el resto voy a exponer mis reservas.

La asamblea es una máquina pesada. Hay un buen detalle, sin embargo: desde 1988 disponemos de una nueva sala de conferencias, en hemiciclo, que representa un apreciable progreso; antes, la llamada sala «Juan XXIII» era lo menos idóneo que cabe imaginar para el debate en común.

Los numerosos y variados informes examinados en sesión plenaria (por ejemplo, «catequesis», «misa dominical», «solidaridad», «ministerio de los sacerdotes»...) han sido elaborados previamente en París bajo la responsabilidad del Consejo Permanente. Dicho Consejo, compuesto de doce obispos elegidos por la Asamblea Plenaria, desempeña más o menos la función del ejecutivo en la Iglesia de Francia. Se reúne todos los meses para resolver asuntos urgentes, llevar la administración ordinaria y establecer el orden del día de los debates en Lourdes. Cada día el presidente y el vicepresidente -actualmente los arzobispos de Lyon y de Rouen- atienden a las distintas necesidades de la vida de la Iglesia. El secretariado general, cuya sede permanente está en París (rue du Bac), mantiene un diálogo constante con ellos y presta al conjunto de los obispos y de sus comisiones el apoyo concreto indispensable. Porque hay, además, alrededor de quince comisiones especializadas (por objetivos): antes de trabajar en la comisión de «misiones exteriores» tuve ocasión de participar en la del «clero y seminarios» y en la «oficina de estudios doctrinales».

A la vista de estas normas establecidas, es preciso reconocer que los trabajos de la asamblea plenaria resultan insatisfactorios para muchos de los participantes; es difícil que se produzca un verdadero debate. Los obispos exponen sus opiniones y escuchan la de los demás; pero rara vez hay una confrontación de ideas, aunque en ocasiones se produce y de modo vigoroso. La búsqueda de un consenso se realiza fuera de las sesiones, mediante los trabajos de taller, incluso al hilo de las conversaciones de pasillo o de mesa. Generalmente la asamblea concluye otorgando su confianza a la comisión que preparó el informe, sin perjuicio de bombardear su texto con múltiples enmiendas, forzosamente dispares... que no siempre mejoran la redacción final, donde se adivina una avalancha de inevitables compromisos. El resultado es que el impulso misionero sale muchas veces empobrecido. A menudo tengo la impresión de volver a Évreux con las manos vacías. Guardo, por ejemplo, un amargo recuerdo del texto *Ganar la paz*, votado in extremis y con precipitación en la asamblea de 1983. Este texto legitima la «fuerza de choque». La considera moralmente aceptable «en situación de peligro». Yo voté contra la posición del episcopado francés sobre la disuasión nuclear.

Puede que yo hubiese abrigado demasiadas esperanzas. La gran cortesía de los obispos acaba ocultando las discrepancias, que no dejan de existir entre nosotros.

Dicho esto, ¿cómo organizar el trabajo de semejante asamblea, donde no hay, por principio, ni mayoría ni minoría? Esta sesión anual se podría preparar mejor. Pero los obispos disponen de pocas ocasiones para trabajar juntos. Es cierto que se reúnen periódicamente dentro de la región apostólica respectiva. Estas regiones, nueve para toda Francia, son demasiado vastas. Évreux, por ejemplo, depende de la región Norte, que se extiende desde Le Havre a las Ardenas, desde Haute-Marne a Dunkerque, y su centro estratégico, por razones de comunicación evidentes, se encuentra finalmente en París.

Desde hace años se viene hablando de reorganizar estas estructuras... sin resultados prácticos.

Se celebran, por otra parte, otros encuentros; por ejemplo, de «grupos de revisión de vida», con seis o siete miembros, a los que dedicamos una rápida jornada una vez por trimestre. Se trata de un intercambio espiritual sin incidencia sobre la gestión de nuestras diócesis respectivas. Funcionan, por suerte, las afinidades electivas: de ciertos obispados telefonean mucho... a otros obispados para intercambiar información, pedir consejo o, simplemente, dar un testimonio de amistad.

Volviendo a la asamblea general de Lourdes, yo observo una evolución que se acentúa con los años. Al término del concilio, hace dos decenios, reinaba un gran entusiasmo que influía en los trabajos; el ejercicio de la colegialidad tenía el frescor de lo nuevo; una expectativa llena de esperanza animaba a las comunidades cristianas; la prensa prestaba gran atención a la «información religiosa», género bastante inédito para muchos periódicos, y las reseñas de Lourdes se mostraban en conjunto ampliamente favorables al episcopado y a sus esfuerzos de imaginación conciliar.

La rutina ha embotado el interés. La polémica surgida a raíz de mayo del 68 desconcertó a muchos, fuera y dentro de la Iglesia. Ha habido que administrar más que innovar; la reducción de los efectivos del clero y de los practicantes ha enfriado las audacias. Estos últimos años se ha instaurado la costumbre de multiplicar las sesiones «a puerta cerrada», es decir, reservadas a los obispos, sin observadores extraños; los periodistas, durante las conferencias de prensa, tienen la impresión de recibir una verdad «filtrada». La razón aducida por los partidarios de esas sesiones reservadas es la de favorecer una plena libertad de palabra entre los obispos. ¿Se ha alcanzado el objetivo? A veces se produce el efecto contrario.

Muchos se preguntan qué tratamiento hay que dar al obispo. A este respecto, el desconcierto es total, y este desconcierto se refleja también en la confusión existente acerca de la función episcopal. No se sabe lo que hace un obispo ni en qué consiste su vida cotidiana. El obispo sigue siendo un personaje lejano, misterioso, extraño. Una reliquia del pasado. Se le ve como guardián de la religión y de la moral, ejecutor de las órdenes de Roma, como hace el gobernador civil respecto al gobierno de la nación. A la sombra de la catedral, vive en un viejo palacio del que apenas sale...

Muchas veces me he preguntado en las reuniones cuál es el tratamiento que nos corresponde. A mí me llaman de todo. Los que no pertenecen a la Iglesia me llaman «señor», «señor obispo», o también «monseñor». Los católicos practicantes prefieren el título père évêque (padre obispo) o, más raramente, frère évêque (hermano obispo). Otros utilizan sin más el nombre de pila: Jacques. Elija usted, que el título no está controlado.

La dificultad de optar por una u otra fórmula aparece también en las cartas. Algunos comunicantes expresan su perplejidad: «Es la primera vez que escribo a un obispo, por eso no sé qué tratamiento darle». Una señora me envía una tarjeta postal que empieza así: «Quería aprovechar el período de felicitación del Año Nuevo para dirigirle un mensaje de simpatía; pero, no

sabiendo cómo encabezar la tarjeta, he dejado pasar el tiempo. Después consulté a una amiga, que lo encontró divertido y me respondió: "No pongas nada". Y así lo hago».

En la correspondencia que trae el cartero, un ramillete de títulos y de razones sociales me evoca extrañas imágenes: «Monseñor Arafat», «El arzobispo del sida», «Mohamed Gaillot, mezquita de Évreux», «El obispo marxista de Évreux, rue du Colonel-Fabien», «Obispo destituido de Évreux»... Cuando la dirección comienza con Su Excelencia monseñor, nunca es buena señal en cuanto al contenido de la carta. Esta panoplia, por lo demás, no deja de tener interés. Y gracias al servicio de correos, la carta llega siempre a buen puerto.

Muchos se asombran al descubrir que un obispo es un hombre que vive, habla, participa, se compromete y expresa su fe. No es el autómatas que dice lo que hay que decir. No es el personaje inaccesible que se suponía, porque dialoga y se sienta a la mesa con los increyentes.

Alguien me confesó un día: «Lo asombroso no es lo que usted dice. Lo asombroso es que la gente siga acudiendo a usted».

Efectivamente. Llegan, ante todo, las demandas de ayuda. Cuando las situaciones no parecen tener salida y hay urgencia, la gente se dirige sin vacilar al obispo. Él es un hombre influyente. Si quiere, puede hacer algo. No es un político. No forma parte de la administración. Puede expresarse directamente. A él le escucharán.

Es el caso de Michel: «Estoy en una situación difícil. ¡Qué le voy a decir! La soledad es dura. Usted, que conoce mi trayectoria y mis reflexiones, no me deje caer. Estoy desanimado ante tanta injusticia. Harto. Quisiera morir antes de volver a quedar marginado».

Y es el caso de Jean-Jacques, un agricultor en dificultades con el Crédit agricole, que me pide una iglesia para empezar una huelga de hambre.

O el de un zaireño que tiene la oportunidad de trabajar, pero al que el organismo correspondiente no quiere prolongar el permiso de residencia en Francia.

O el de un católico practicante que no percibe el salario a pesar de la intervención del inspector de trabajo. El asunto pasará al tribunal de conciliación laboral de Évreux. «Yo apreciaría mucho -dice- saber que está de mi parte, porque me esperan tiempos difíciles».

O el de un joven estudiante camerunés que debe realizar unas prácticas previstas en el curso de sus estudios. A pesar de las posibilidades ofrecidas, choca con una permanente negativa. «Es porque soy de color», me confiesa. Y me pide una carta de recomendación.

O el de un joven sin empleo, desanimado por tantas instancias infructuosas. Viene a ver al obispo para que le abra puertas.

O el de una familia que me pide una carta de recomendación para poder adoptar a un niño.

Pero son también los casos de las asociaciones y los comités de ayuda que recurren al obispo: la Asociación de Solidaridad con los Armenios, el colectivo departamental Appel des cent, el Comité Local de Eure para los Derechos del Niño, la Asociación de Defensa de las Víctimas de Procesos, un grupo de chilenos de Vernon que recala con urgencia en el obispado para que yo envíe un telegrama a Chile en favor de los presos políticos, la Asociación de HLM, SOS-Racisme... Sería muy largo enumerar la lista de todos los colectivos que piden la ayuda del obispo para apoyar alguna acción, generalmente en favor de los derechos humanos.

También me llegan peticiones a nivel nacional. La Liga de los Derechos Humanos de Saint-Nazaire me invita a un gran debate sobre la laicidad; el Movimiento de la Paz me pide dar una conferencia en Chambéry; la asociación «Justicia y Paz» del País Vasco solicita mi

intervención en favor de los presos vascos; un comité de apoyo quiere salvar la vida de Annie Esbert; el movimiento Riposte reclama mi presencia para exigir la puesta en libertad de los mineros; el Encuentro Nacional Antisegregacionista quiere contarme entre sus miembros; la Gran Logia me invita a un debate; los presos de Fresnes desean tener un encuentro conmigo; padres que adoptan niños de Rumanía piden que los apoye, el sindicato CGT de las fábricas Renault solicita ayuda; me piden la firma de una «carta abierta» a punto de aparecer en el periódico El Mundo de El Salvador...

La proximidad de París (a cien kilómetros) no facilita las cosas. Si yo aceptara todas las invitaciones, sería mejor vivir en la capital. A veces pienso que, si fuera obispo de Carcasona, me dejarían en paz. Me llegan invitaciones para ir a distintos países de Europa, a África, a Latinoamérica, para intervenciones concretas o retiros destinados a los sacerdotes.

Pero lo importante es estar aquí, en esta diócesis de Évreux que tanto quiero. Aquí vivo el riesgo del pastor: «Los riesgos del pastor que ha decidido dar su vida para que viva el pueblo al que ama», según la fórmula profética de monseñor Romero, obispo asesinado de El Salvador. Todo lo que soy, todo lo que vivo, es para el pueblo de Évreux.

En una de las paredes de mi despacho he pegado una gran lámina dibujada por un grupo de escolares de Thibouville, pequeño pueblo de Eure. Las diversas cadenas de televisión han tomado grandes planos de este dibujo. Pero más que el dibujo importan las frases de los niños: «Querido Jacques Gaillot, somos un pequeño grupo de catequesis. Hemos hablado de los profetas y nos hemos dicho que usted es uno de ellos y le escribimos para decirle que estamos de su lado. Así que siga siendo profeta para que un día nosotros también lo seamos. Gracias de todo corazón». Como suele ocurrir, los niños comprenden todo en profundidad. Ven que no es necesario lanzar los proyectores sobre el obispo para detenerse en su persona. Eso sería la Iglesia escaparate, la Iglesia espectáculo. Lo que el obispo intenta vivir y ser es una incitación para que todos lleguen a eso mismo, cada cual a su manera.

Cuando fui ordenado en la catedral de Évreux, el obispo consagrante me preguntó: «¿Quiere orar asiduamente por el pueblo de Dios?». Yo contesté delante de todos: «Sí, quiero». Este pueblo de Dios es inmenso. Pueblo sin fronteras. Desde que soy obispo no ha pasado un solo día sin que dedique un poco de tiempo a orar por este pueblo de Eure. Cada mañana, en el oratorio del obispo, me encuentro con la pequeña comunidad de oración. Los salmos expresan admirablemente los gritos de los hombres y las mujeres de hoy. Después viene la misa concelebrada con los sacerdotes, colaboradores míos. Es la gran plegaria de ofrenda y de acción de gracias, cuando nos ofrecemos con Cristo por la salvación de la humanidad. En mis desplazamientos, el coche es para mí como un santuario. Un lugar de oración. Cuando recojo a un autoestopista, no tengo la sensación de dejar a Dios. Él me habla por medio de la persona a la que he invitado a subir al coche.

A última hora de la tarde, nunca dejo de pasar al oratorio. En la calma de la noche presento a Dios todos los rostros que he visto. Intercedo y doy gracias. Rezo por mis enemigos. Los recuerdo a todos y me pongo detrás de ellos, oculto por ellos, porque los quiero a todos más que a mí mismo.

Muchas personas comprenden esta finalidad de la oración. No es raro que, yendo a tomar el tren o caminando por una calle de la ciudad, alguien venga hacia mí para decirme: «Le pido que rece por mí, tengo problemas». No conozco a esa persona, no sé cuál es su desgracia. Me basta con oír su ruego y orar por ella.

Lo que más me alegra como obispo es la visita pastoral a los cristianos en su domicilio. El domingo por la mañana voy a un pequeño pueblo. El consejo pastoral me acoge en el presbiterio,



donde no hay ya sacerdote residente. Un laico responsable del consejo me presenta la parroquia y a los distintos miembros del consejo. Yo escucho y se entabla un diálogo.

Después, la misa. La iglesia está abarrotada, hay muchos jóvenes. Admirable asamblea, donde todos se sienten felices de estar presentes. A continuación vamos todos a la sala de fiestas, donde me esperan el señor alcalde y algunas personas no creyentes. Intento saludar a todos y a todas, decir alguna palabra a cada grupito. Aquel mismo día me llaman para celebrar un bautismo. Vuelvo a la iglesia. Muchos me siguen. Un centenar de personas asiste, pues, al bautizo. Conozco a los jóvenes padres y a su hijo. Es bueno estar juntos. Los ritos, en su simplicidad, llegan al corazón: nadie tiene prisa por irse, porque este lugar eclesial se ha convertido en la casa de todos para un acontecimiento común. El tiempo pasa; los padres y la familia me invitan a tomar algo. Y marcho contento a su casa.

Después me reúno con los cristianos que me han invitado a compartir su comida en una gran sala. Es la ocasión de charlar, de ver al obispo de cerca. Somos alrededor de cincuenta personas.

Hacia las cuatro, otros se agregan al grupo. Me hacen la presentación de seis parroquias utilizando unos paneles. Los han dibujado algunos niños, adornándolos con comentarios sabrosos. Evidentemente, mi retrato no me favorece mucho: aparezco con ropajes de color morado y aire pontifical. Los niños han descrito mis actividades y concluyen con estas palabras: «Y cuando el obispo tiene tiempo, sale en la tele...».

Al micrófono, se entabla la discusión. Me formulan preguntas sobre mis intervenciones en los medios de comunicación. Algo queda siempre de estos encuentros. «Ahora que le conocemos, no pensamos lo mismo», oigo decir a veces.

Son las seis de la tarde. Antes de partir me sugieren visitar a una persona que está muy enferma y a otra que es la más anciana del pueblo y que no puede salir de casa. Una niña pequeña de diez años se empeña en que vaya a casa de sus padres, que viven en las HLM. ¿Cómo negarme?

Al atardecer me invitan los ferroviarios. En el andén de la estación de Évreux, uno de los empleados me pide que vaya a su casa. Me pierdo en las HLM, pero acabo por encontrar la vivienda. Allí está él, con su esposa y su hijo. Ha invitado a su hermano y a su cuñada. Y anuncia de pronto: «Un obrero vecino desea venir a estrecharle la mano. ¿Es posible?».

Tomamos el aperitivo; después, la cena transcurre en un ambiente confiado y cálido. Pienso que mis comensales parecen estar lejos de la Iglesia, pero yo me siento muy cerca de ellos.

En el curso de los años, los medios de comunicación descubrieron al obispo de Évreux. Hasta entonces yo vivía oculto, lejos de los primeros planos. Ahora intento contestar sin miedo las numerosas preguntas, evaluar y apreciar la discreción, y temo sobre todo a aquellos que suelen hablar de mí sin haberme preguntado nunca nada. En cuanto a los periodistas de Évreux y del departamento, tengo la debilidad de no negarles nada; los lazos de simpatía y amistad mutua se han reforzado de año en año.

El oficio de obispo es duro y apasionante. Sin duda, el más bello oficio que existe. «Fabuloso», comentaba muy seriamente un fotógrafo parisiense.

«Fabuloso», en efecto, porque su misión es la misma de Cristo: una misión de liberación.

«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres; me envió a predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de la vista; para poner en libertad a los oprimidos, para anunciar un año de gracia del Señor» (Lc 4,18-19).

4

### ¿Dónde está el escándalo?

Cuando la Iglesia camina humildemente con jóvenes que no tienen ningún punto de apoyo, con presos que son seropositivos, con trabajadores sanitarios que se ven envueltos en experiencias de bioética, con hombres y mujeres que son jubilados en su empresa, con responsables políticos emplazados ante opciones difíciles, con parejas que conocen situaciones de angustia..., encuentra a menudo la palabra y el gesto convenientes. El compañerismo confiado y paciente hace aflorar un verdadero diálogo. En esa tesitura la Iglesia no puede ya juzgar o condenar. Porque «acompaña» a las personas, la consideración de las situaciones transforma su lenguaje y su modo de intervenir. No dicta ya lo que es preciso o no hacer.

Es una necesidad para la Iglesia estar a la escucha de la vida de las personas, atenta a los acontecimientos y a los desafíos de la sociedad. ¿Cómo podría proponer el evangelio sin tomar partido en favor de los pobres y de la lucha contra la injusticia? Le va en ello su credibilidad.

Esa credibilidad obliga a ser veraz en cualquier circunstancia. De ahí la importancia de la mediación personal. Cada cual está llamado en su conciencia a hacer opciones, y es ahí donde Dios habla ante todo. Lo que dice el concilio es muy esclarecedor: «En lo más profundo de su conciencia descubre el hombre la existencia de una ley que él no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer».

«Porque el hombre tiene una ley escrita por Dios en su corazón, en cuya obediencia consiste la dignidad humana y por la cual será juzgado personalmente. La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquélla» (*Gaudium et spes*, n.º 16). No se puede ir más lejos. La palabra de la Iglesia está llamada a ser oída y recibida al nivel de la conciencia.

Conozco a cristianos libres y responsables, unidos a la Iglesia. Ellos no están a la espera de consignas emanadas de una jerarquía para frenar las opciones ineludibles. Pero son muy sensibles a una palabra evangélica que ilumine su conciencia. Intentan conocer mejor lo que puede inspirar sus acciones, porque no es fácil comportarse como cristiano en una sociedad basada en la abundancia de bienes, en el beneficio, en la competición... Los modos de vida son muy diversos en nuestra sociedad; ¿cómo descubrir las opciones que se inspiran en el evangelio?

Esta solidaridad, que supone un encuentro y una participación, me ha llevado en estos últimos meses a tomar la palabra en diversos campos que afectan siempre al futuro de los hombres y al anuncio del evangelio.

Así, en la asamblea de los obispos celebrada en Lourdes, llegué a plantear el tema de la ordenación de hombres casados. Yo soy respetuoso con la disciplina de la Iglesia en este terreno, y mi intervención no pretendía ser una impugnación o una provocación. Como pastor de la Iglesia de Évreux a mí confiada, estoy atento a las exigencias misioneras de las comunidades cristianas y de los jóvenes en particular. Durante mis visitas pastorales, algunos cristianos cuyo sentido de Iglesia no cabe poner en duda me suelen plantear el tema de la ordenación de hombres casados.

Esos cristianos comprenden que no hay Iglesia sin sacerdotes y que la Eucaristía hace Iglesia. Como responsables de la vida y la misión de la Iglesia, descubren la importancia y la necesidad del ministerio de los sacerdotes. Su madurez en la fe y sus múltiples compromisos de apostolado les hace ser exigentes con los sacerdotes, de los que ellos tienen necesidad. Vivimos en una época de gran vitalidad evangélica en la que los bautizados quieren beber en sus fuentes.

Mi preocupación como pastor es satisfacer las necesidades espirituales de las comunidades, ofrecer a éstas los medios para vivir y crecer en la fe. Lo que cuenta es el bien y las necesidades del pueblo de Dios.

Este pueblo de Dios tiene derecho a que se pongan todos los medios para que pueda recibir los dones que Cristo le ofrece. Mi inquietud de pastor es comprobar que la práctica actual le crea un problema grave al pueblo de Dios. ¿No subordina la Iglesia el bien de este pueblo a ciertos usos disciplinares? ¿No instala grifos allí donde el Señor creó fuentes? Yo me formulo preguntas como un pastor que se preocupa de la misión y sabe que ésta tiene prioridad sobre el estatuto de los sacerdotes.

Sufro viendo cuántas energías y generosidades se encuentran frenadas, obstaculizadas o incluso enterradas, cuando podrían encauzarse al servicio pastoral de los fieles.

Me siento identificado personalmente con el celibato por la causa de Jesús y del evangelio. Celibato que estimula la caridad pastoral y es un signo en la sociedad de hoy.

El Concilio Vaticano II, al afirmar que preconiza el celibato para la vida sacerdotal, hace referencia inmediatamente a los sacerdotes casados de las Iglesias orientales: «Este sacrosanto concilio no intenta modificar aquella disciplina distinta que está legítimamente en vigor en las Iglesias orientales, y con todo amor exhorta a quienes recibieron el presbiterado en el matrimonio a que, perseverando en su vocación, sigan consagrando plena y generosamente su vida al rebaño que les ha sido encomendado» (*Ministerio y vida de los presbíteros*, n.º 16).

La obligación del celibato para los sacerdotes debe presentarse como práctica tradicional de nuestra Iglesia, que hoy por hoy admite y respeta a un clero casado en la zona oriental de su ámbito apostólico. Este dato, a veces poco conocido, es revelador. Algunos sacerdotes católicos orientales podrían muy bien encontrarse un día entre nosotros si las vicisitudes de la historia les obligasen a abandonar su país (lo que sucede en el Líbano no resta verosimilitud a tal eventualidad). Tendríamos entonces entre nosotros a sacerdotes casados celebrando la misa y ejerciendo su ministerio.

Sé que no hay un remedio milagroso y que las situaciones locales en el planeta son muy variadas. Pero, ante la asfixia que nos amenaza, me parece deseable que las comunidades puedan hacer suya esta cuestión con la libertad que da el evangelio. «Lo que concierne a todos debe ser debatido por todos», según reza el antiguo adagio.

En la asamblea de Lourdes tuve una segunda intervención que cambiaba de registro y no debía interferir con la anterior. Se refería a los sacerdotes que se han casado y, por tanto, no ejercen ya su ministerio. Muchos de ellos sufren al verse ignorados o rechazados por la Iglesia. Consagraron los mejores años de su vida y de su juventud al servicio de la Iglesia y, desde el día en que se casaron, ya no son nada. En Lourdes, en medio de los obispos, quise prestar mi voz a muchos de ellos y hacer oír una palabra liberadora sobre su situación.

Los sacerdotes casados no deben caer en el olvido. Dios los ama. En el evangelio no hay ninguna situación sin salida. Sea cual sea el pasado, hay un futuro abierto. Hoy, cuando diversas comunidades lanzan llamadas desde todos los rincones del mundo, nos vemos privados de unos servicios que muchos sacerdotes casados aceptarían prestar a la Iglesia.

En otra época no hubiera planteado yo un problema de esta índole. Y si alguien se hubiera permitido mencionarlo, yo me habría encrespado. Pero el tiempo y las numerosas confidencias recibidas me han enseñado la benevolencia y la comprensión de unas situaciones inextricables; demasiados interlocutores me han hecho comprender la necesidad de apostar por la esperanza y han modificado mi visión de la vida y del evangelio.

Al regresar de Lourdes me vi envuelto en un caso difícil. Jean-Jacques Patin, ganadero de cabras, tiene problemas con el Crédit agricole. Proyecta iniciar una huelga de hambre en la iglesia de Pont-Audemer. Su lucha contra el Crédit agricole era apoyada por los militantes de la Confederación Campesina, un sindicato minoritario. La rebelión de Jean-Jacques era la de los pequeños agricultores. Yo me puse de su parte, dándole mi apoyo para alertar a la opinión pública sobre todos los agricultores con problemas en el departamento. El comité de apoyo vino a entrevistarse conmigo en el obispado y me pidió, entre otras cosas, que celebrara la misa un sábado por la tarde en la iglesia de Pont-Audemer y pronunciara allí la homilía. «Si va usted, lo anunciaremos. Habrá mucha gente, creyentes y no creyentes». Acepté la propuesta.

La Comisión del Mundo Rural se reunió con urgencia para examinar el caso y elaborar colegialmente un mensaje evangélico. Mi homilía obtuvo la aprobación del grupo. El sábado por la tarde la iglesia estaba abarrotada. Llegaron agricultores de todas partes, incluso de los departamentos próximos. Una asamblea poco ordinaria alrededor de Jean-Jacques Patin, el signo y la llamada de la rebeldía.

La homilía es escuchada con gran atención. Después de comentar las palabras de Jesús, «lo que hicisteis al más humilde de mis hermanos, a mí me lo hicisteis», abordé el episodio que nos reunía:

«El caso de Jean-Jacques Patin representa a todos aquellos que no se expresan, que aceptan. Entre cien y ciento cincuenta agricultores dejan de serlo cada año en el departamento. Ochenta mil agricultores están en situación crítica en Francia. Se prevé que la mitad de los agricultores actuales habrá desaparecido en el año 2000. ¿Es eso necesario, inevitable, sobre todo en una época de carestía de empleo?».

«Tal situación se produce en nombre de unas "leyes" económicas que se califican de ineludibles e incontrolables. En realidad, se trata de un sistema que, como todos los sistemas, debe revisarse constantemente, sobre todo cuando produce tan malos efectos. Estamos demasiado acostumbrados a pensar y a decir que "no se puede hacer nada"».

«Lo que sucede aquí es un signo más del mal funcionamiento de este sistema y, a la vez, expresa la voluntad de no aceptarlo y de encontrar soluciones».

«Es también un signo del dominio cada vez más fuerte de las finanzas sobre la economía y, en consecuencia, sobre la vida de los hombres. Los bancos tienen hoy un poder considerable, exagerado. El Crédit agricole ha seguido esta tendencia. ¿Qué queda de su dimensión "mutualista", que implicaba una solidaridad real o, al menos, un verdadero servicio?».

«Detrás de las cifras que se barajan hay situaciones de angustia humana».

«Detrás de los problemas financieros hay hombres y mujeres que tienen dificultades para vivir y sobrevivir. Y niños que son penalizados por el fracaso».

«¿Quién puede aceptar que semejante sistema económico lleve a los agricultores, progresivamente, a la exclusión?»

«Lo que ocurre aquí es la señal de la presencia en nuestro país de una sociedad de dos velocidades, donde se instalan bolsas de pobreza».

Agradecí después a todos los que se movilizaron para defender a personas en crisis, para encontrar alternativas, para hacer efectiva una nueva solidaridad...

La asamblea aplaudió. Y algunas personas se acercaron espontáneamente al micrófono para expresar lo que llevaban dentro. Hay comunicación. La asamblea escucha con gusto una

palabra que circula libremente. Mi conclusión es que en nuestra sociedad hay gente que estorba; una sociedad moderna es aquella en la que hay menos desigualdad, menos personas marginadas.

Canal Plus envía un equipo al obispado para registrar una emisión. Durante la entrevista, me hacen una pregunta sobre los preservativos que yo no tenía prevista.

Conozco el drama de padres que han perdido un hijo a causa del sida; el drama de los que han perdido un amigo, el drama del que se sabe portador de la enfermedad. En el hospital de Évreux he visto morir del sida. La irrupción trepidante del virus es una novedad, no sólo porque supone una amenaza, sino porque lanza una sospecha sobre el otro. Razón de más para impulsar lo que está en la línea de la responsabilidad y del amor.

No se puede hacer correr un riesgo grave a los jóvenes en nombre de unos principios intangibles. En nombre de los principios se puede sembrar la muerte. El preservativo es actualmente la única técnica eficaz. Querer prohibir los preservativos es no prestar asistencia a una persona en peligro.

No basta con hablar de fidelidad. La sexualidad fuera del matrimonio es un fenómeno social masivo.

Hay que hacer todo lo posible por preservar la vida de cada persona, sean cuales fueren sus costumbres, porque la vida humana no tiene precio, y nosotros estamos al servicio de la vida. El ministro de Sanidad tiene razón cuando declara: «No hay otra alternativa que la fidelidad o el preservativo».

Con el título *L'Église siffle hors-jeu* («La Iglesia pita fuera de juego»), el periódico Libération, en su número del 28 de noviembre de 1988, publicó el resultado de un sondeo sobre los preservativos, la píldora y la película *La última tentación de Cristo*.

Me invitaron a comentar los resultados, y dije: «Este sondeo disipa las ilusiones. En las tres cuestiones planteadas, una amplia mayoría cree que la Iglesia traspasa el ámbito de su misión... Incluso entre los católicos practicantes, la mayoría estima que la Iglesia va "demasiado lejos". Y añadí: «El sondeo delata un malentendido entre las posturas de la Iglesia y la opinión pública».

En su visita a Estrasburgo, octubre de 1988, Juan Pablo II tuvo un encuentro con los jóvenes en el estadio de la Meinau. Aquella asamblea me produjo malestar. El ambiente me decepcionó. Yo me preguntaba: «¿Qué clase de adolescentes se han reunido aquí? ¿Representan de verdad a la juventud de Francia?».

Al abandonar la tribuna oficial, el papa tuvo un gesto simbólico, rotundo, avanzando al centro del estadio, hacia un grupo de jóvenes, entre los que permaneció de pie. Bella imagen de una participación, de una comunión. Yo tenía, en cambio, la sensación de que el público aplaudía a destiempo durante el discurso papal. Cuando Juan Pablo II se refirió a la justicia, al compromiso con los pobres y los marginados, sus palabras encontraron escaso eco. Como si no se hubieran escuchado. Pero cuando sus frases se referían a la vida privada, suscitaban oleadas de entusiasmo. El papa decía: «Dios creó al hombre y a la mujer a su imagen», y las palabras bíblicas desencadenaban una especie de frenesí. El papa añadía: «La pareja... La fidelidad...», y las palabras eran aclamadas en las tribunas. Este modo de aplaudir a rabiar ante la evocación de la moral tradicional me pareció curioso.

Hace poco, una señora, miembro de un equipo de pastoral escolar, me expuso su irritación: «No comprendo. La vida es ya dura de por sí. Y la Iglesia coloca sobre nuestros hombros nuevas cargas, prohibiciones puntuales, sin ayudarnos a llevarlas. A mí no me hace demasiada gracia que intervengan en mis asuntos privados y me creen problemas adicionales».

Las directrices del Vaticano, especialmente en materia de sexualidad, están mal vistas. Actualmente la Iglesia, a través de los obispos, alza la voz en materia de moral. Pero sus intervenciones se entienden como condenas.

Es importante que la Iglesia sea comprensiva con la sociedad. De lo contrario, hablará para recordar sus principios y no para ser escuchada efectivamente. En el tema del sexo, por ejemplo, hay en la historia de la Iglesia mucha reglamentación, una polarización excesiva que yo no sé explicar, pero que está ahí. El evangelio nunca consideró la sexualidad como un asunto tabú. Cristo apenas la menciona, pero cuando le preguntan, responde con una gran libertad. Así, le interrogan sobre el divorcio, el celibato y los eunucos. Nunca los condena. La multitud quiere lapidar a la mujer pecadora, y Jesús interviene: «El que de vosotros esté sin pecado, arrójele la primera piedra». La multitud se retira; los ancianos desaparecen los primeros. Y Jesús perdona a esta mujer, sin dejar de exhortarla: «Vete y no peques más». ¿Cómo ignorar esta comprensión de Cristo, esta bondad?

Decidí ir a ver la película de Martin Scorsese *La última tentación de Cristo*. El director de una sala cinematográfica de Évreux me había invitado amablemente a la difusión de la película. Yo decliné la oferta para evitar la provocación y ahorrarle posibles disgustos. Pero me creí autorizado a verla en Val-de-Reuil, que se encuentra a veinticinco kilómetros de Évreux. Avisado no sé por qué conductos, el alcalde me acogía a la entrada de la sala. Había allí numerosas personalidades locales. Después de la proyección, algunos periodistas, entre ellos el corresponsal de la agencia France Presse en Rouen, me esperaban para recoger mis impresiones. Al día siguiente, emisoras de radio y periódicos difundieron mis comentarios.

Apenas hay escándalo en la película. Lo hay en la intolerancia de los que la rebaten con violencia y quieren, sobre todo, impedir su difusión por todos los medios. Yo estoy contra la intolerancia, venga de donde venga. La intolerancia, como las armas, mata.

Ciertas escenas me conmovieron: la lapidación de María Magdalena, la última cena... Jesús aparece muy humano, tierno y frágil. Como verdadero hombre, ama con un corazón humano. ¿Por qué alarmarse ante este aspecto «demasiado humano» de Jesús? ¿Es tan temible el ámbito del sexo como para poner en peligro nuestra fe?

Es una buena ocasión para preguntarnos quién es Jesús para nosotros. ¿Qué quiere decir para nosotros un Jesús realmente humano? ¿Qué hemos hecho de la humanidad de Jesús? Esta película plantea las verdaderas cuestiones sobre la resurrección de Cristo y sobre su humanidad. Porque lo auténtico de Jesús es su entrega a la humanidad. Él no pertenece a las Iglesias. No es propiedad de los cristianos. Murió por todos. Derramó su sangre por la multitud.

Jesús es objeto de falsas interpretaciones. Está en proceso y seguirá estándolo hasta el fin del mundo. El aceptó quedar desfigurado en su pasión. Lo está por la película de Scorsese. Lo está por los cristianos y las Iglesias. Así, una Iglesia rica desfigura al Cristo que nació pobre, vivió pobre y murió pobre. También una Iglesia aliada de los poderosos, de las autoridades; Jesús fue libre frente a las autoridades, a las que criticó severamente. Y una Iglesia que maneja el lenguaje de la doctrina: la libertad de palabra de Jesús era total... ¿Qué hemos hecho del hombre de Nazaret al que llamamos Cristo?

Apenas había visto la película cuando la publicación mensual *Lui* me pidió una entrevista, y *Gai Pied Hebdo* un artículo. Nunca he leído estas dos revistas. La segunda, destinada a los homosexuales, preparaba un informe sobre el tema «ser católico y homosexual hoy». Querían recoger testimonios. Deseaban que el obispo de Évreux introdujera el dossier. Me informé sobre estas revistas. Oré y pedí consejo. ¿No iba a extrañar, irritar, escandalizar? ¿No era «lanzar la red demasiado lejos», ceder a la provocación?

Recordé un pasaje del evangelio: «Y sucedió que, estando Jesús sentado a la mesa en casa de aquél, vinieron muchos publicanos y pecadores a sentarse con Jesús y sus discípulos. Viendo esto, los fariseos decían a los discípulos: ¿Por qué vuestro maestro come con publicanos y pecadores? El, que los oyó, dijo: No tienen los sanos necesidad de médico, sino los enfermos. Id y aprended qué significa "Misericordia quiero y no sacrificio". Porque no he venido yo a llamar a los justos, sino a los pecadores» (Mt 9,10-13).

Jesús escandalizó con su conducta y sus palabras. No dudó en alternar con personas y frecuentar lugares que se consideraban poco «convenientes». Pensé que la «buena noticia» estaba destinada a todos, que debía anunciarse oportuna e inoportunamente. ¿El lugar donde me iba a expresar era «escandaloso»? ¿Existía, pues, un lugar reservado a la «buena noticia» que yo tengo la misión de llevar a todos, siempre y en todas partes? Con bastante paz, hice la entrevista de *Lui* de un tirón, sin corregir una sola palabra.

También me dirigí gustoso a los homosexuales, porque sé que se encuentran a menudo con fenómenos de intolerancia. Son víctimas de una verdadera discriminación, incluidos los homosexuales católicos, que se ven rechazados por la Iglesia. Recordé la necesidad de ayudarlos.

*Lui* y *Gai Pied Hebdo* no habían publicado aún sus artículos cuando estalló de improviso el «caso del *Minitel*».

No es mi deseo distanciarme de los obispos. Sin embargo, un incidente revelador me hizo comprender, en enero de 1989, que estaba en fuera de juego.

El origen de esta aventura fue una iniciativa de *Chrétiens Médias*, sección de la Iglesia de Francia al servicio de la comunicación social. A raíz de mis recientes intervenciones sobre la posibilidad de ordenar hombres casados, el uso de los preservativos en la lucha anti-sida y la película *La última tentación de Cristo*, este organismo había registrado, en efecto, en *Minitel* muchas preguntas formuladas por católicos deseosos de informarse mejor de mis opiniones. Por eso *Chrétiens Médias* me propuso abrir durante quince días un buzón telemático en el obispado de Évreux.

Aunque no conocía ninguna otra experiencia similar, acabé aceptando. La oferta me pareció idónea para facilitar la comprensión de mis intervenciones. *Chrétiens Médias* hizo lo necesario para que se instalara un telescriptor; su secretariado se organizó para seleccionar las preguntas. Reservé todos los días un hueco en mi agenda. Algunos periodistas me telefoneaban intrigados. Es la primera vez -me decían- que un obispo acepta conectar así con toda Francia en directo y sin red. *Chrétiens Médias* anunció el lanzamiento de la operación enviando un comunicado a las diócesis y a la prensa.

En el último momento... ¡cataplum!, la empresa fue abortada desde arriba, sin darme una palabra de excusa o una explicación. Una llamada telefónica me puso al tanto. *Chrétiens Médias* recibió la petición de que abandonara el proyecto. Yo entendí que en las más altas esferas no se quería que el obispo de Evreux expresara sus opiniones.

Este incidente, trivial en sí, me parece revelador de un problema de fondo en la misión de la Iglesia dentro de la sociedad. La sanción, que llegaba inmediatamente después de mis diversas declaraciones y compromisos, incidía sobre el conjunto. ¿No se trataba, más que de una prohibición de hablar, de un desacuerdo sobre el modo de dialogar con el mundo moderno, del lugar que corresponde al hecho religioso en la sociedad, del nexo entre la fe y la razón?

Cabe lamentar, desde luego, el atentado que se cometió contra la libertad de expresión. Pero en los días siguientes a la prohibición, una decena de periódicos y organismos ponían a mi

disposición su *Minitel* para que pudiera desarrollarse la operación. Decliné todas las ofertas en bien de la paz. Pero el problema está en otra parte.

Cabe lamentar la mala imagen que la Iglesia da de sí misma cuando sanciona a uno de los suyos. En la opinión pública esta medida sentó mal. Pero el problema residía, sobre todo, en lo que había provocado finalmente aquel caso: una visión de las realidades, una lectura del concilio, una idea de la sociedad. Se trataba menos de un problema de personas que de un debate de fondo, abierto por determinados comportamientos.

En nuestra época, marcada por la «vuelta de lo religioso», muchos desean afirmar, contra viento y marea, el carácter irreductible del hecho religioso significado por las instituciones competentes. Arremeten contra todos aquellos que creen en la dignidad extrema del hombre -valor supremo- y consideran la religión como uno de los instrumentos para su expansión. En la forma que hoy adopta, este enfrentamiento se parece al antiguo conflicto entre los fariseos religiosos y Jesús el iconoclasta.

Por una parte, existe una institución fuerte que defiende una dimensión religiosa que la sociedad necesita para apaciguar sus angustias y responde a una necesidad profunda del individuo y de la sociedad. Por otra, unos hombres y unas mujeres, a menudo solos, que intentan aventurar una palabra desde su propia fe y ternura. La religión ya no es para ellos la garantía del funcionamiento social; eso significa, obviamente, que discuten ese funcionamiento, que «hacen política». Pero están atentos a los signos de la presencia y de la acción de Dios en la vida de las personas, en todas partes.

La Iglesia del Concilio Vaticano II nos invitó a discernir los signos de los tiempos que ponen en juego el futuro de los hombres y el anuncio del evangelio. Es una Iglesia que escucha y acoge, al modo de Cristo en el evangelio; una Iglesia que busca, a veces tantea, sin tener la pretensión de imponer una moral, de enunciar certezas, de enseñar a la sociedad. Una Iglesia que ama al mundo de este tiempo, sin pesimismo sobre él y sin superioridad frente a él. Es un combate que no se debe perder.

A mí me gusta ver a Jesús, cansado del viaje, deteniéndose cerca de un pozo. Tiene sed. Pide agua a una mujer. Comienza pidiendo. Tiene que recurrir a una mujer para extraer el agua. Después podrá proponer el agua viva.

Confieso que me duele la Iglesia. Observo en ella profundas decepciones. Algunos creyentes se alejan. Hace poco he vuelto a ver a un amigo, sacerdote misionero en Brasil desde hace diez años. Le pregunté: «Al regresar a Francia, a tu diócesis de montaña, ¿qué sientes? ¿Qué tal encuentras a tu Iglesia?». «Ha perdido impulso», fue la contestación. Era la expresión justa.

Se diría que las referencias al Concilio Vaticano II se han dejado de lado. Los cristianos que habían esperado participar en las actividades, intervenir en los consejos parroquiales, compartir las responsabilidades a todos los niveles, chocan a menudo con otros fieles -inmóviles- que se asustan: «esos diálogos, esos encuentros... ¿adónde vamos a llegar?», y cierran las puertas.

Este fenómeno se va acentuando. Y una parte de la comunidad cristiana se siente herida. Comprueba que los conservadores marchan viento en popa, mientras que se mantiene a los católicos conciliares a distancia, casi relegados en el olvido. Algunos han dejado de practicar su fe. Y no protestan: son los verdaderos silenciosos de la Iglesia, aunque sufren por ello. Me parece importante comprender su sufrimiento.

Esta «desviación» empezó hace una decena de años. No tengo ningún punto de referencia preciso, ni fecha ni acontecimiento. Estos procesos, por lo demás, avanzan por impregnación. Se



manifiestan de pronto, por sorpresa, porque los reflejos han cambiado y el cansancio ha hecho mella. Lo que ahora prevalece es la obediencia. Los discursos y los actos del papa pasan a ser la única referencia. Reducidos al papel de gobernadores, los obispos son los intermediarios. El rigor de los principios prevalece sobre la comprensión de las personas. Sonó la hora del retorno de las certezas.

Advierto que muchos católicos distanciados de la Iglesia se reconocen en mis intervenciones. Asienten a mis palabras y afirman sentirse menos aislados desde que un obispo sintoniza con ellos. Hace poco, alguien justificaba, no sin humor, su actitud en una revista. Comenzaba su artículo escribiendo: «Me tienes aburrido, señor obispo». Después explicaba: «Yo había soltado las amarras y esperaba olvidarme tranquilamente de la Iglesia. Pero si el obispo sigue haciendo lo que hace, vuelvo a plantearme preguntas». Hay otros como él que recobran la confianza.

Hace poco vino a verme una pareja formada por dos divorciados. La Iglesia se había negado a bendecir su unión durante varios años. Les aconsejaron ir a consultar al obispo. Yo no los conocía. Su deseo era que rezase por ellos y con ellos en una iglesia para no sentirse segregados, sino reconocidos. Accedí a su demanda. Posteriormente fueron a la capilla del obispo con sus dos hijos, un precioso ramo de flores y una plegaria que yo les había sugerido. Leyeron la plegaria con lágrimas en los ojos. Después pronuncié la plegaria que había preparado por mi parte.

Me sentí dichoso de verlos felices. Ya no estaban al borde del camino. Podían caminar junto a los demás tal como eran. ¿Cómo no tomar en consideración a los divorciados que contraen nuevas nupcias? Son muchos. ¿Hay que condenarlos sin apelación? La intransigencia y la dureza institucionales no solucionan nada.

A veces me parece que la Iglesia administra con excesiva facilidad el sacramento del matrimonio. ¿No le falta un poco de discernimiento en las postrimerías de este siglo, cuando tantas uniones saltan hechas pedazos? ¿No sería más razonable demorar este sacramento para concederlo sólo a las personas casadas por lo civil, durante varios años, y cuyo amor haya demostrado su consistencia?

Evitemos una confusión: se me ha acusado de estar dispuesto a bendecir la unión de una pareja de homosexuales. Jamás dije nada parecido y, ahondando en el tema, la confusión procede de la palabra «bendición», entendida en su sentido usual, que no es el primordial. Bendición significa decir bien, lo cual no implica aprobación. Se trataba, para mí, de orar para significar el bien que Dios quiere para sus criaturas. En el evangelio, el Señor hace lucir el sol sobre los buenos y los malos. Su bendición irradia sobre todo el mundo. Jamás queda nadie excluido de la bondad de Dios, de la que nosotros no somos más que intermediarios.

Durante una reunión, un sacerdote obrero extiende ante mí periódicos recientes y me dice: «Mira estas fotos: hay dos Iglesias. Yo estoy con los sindicalistas que luchan en un taller en huelga». En otra foto se muestra a un sacerdote con alba que inaugura una estatua conmemorativa; los Hermanos de la Caridad despliegan numerosas banderas. «He aquí dos rostros de la Iglesia», insiste.

Es cierto. Y yo temo que los cristianos se limiten a manifestar su fe en las peregrinaciones y procesiones religiosas, olvidando sus compromisos fundamentales. Las personas que encuentro en las procesiones no las encuentro necesariamente entre los defensores de los derechos humanos. Mi preocupación de obispo me lleva a velar para que las manifestaciones religiosas no distraigan a los cristianos de los lugares donde deben estar con prioridad. El combate por la justicia forma parte del anuncio del evangelio.

Lo que yo percibo en Francia se confirma en otros países, como Brasil.

En febrero de 1986, un obispo de Brasil, monseñor Pedro Casaldáliga, responsable de la prelatura de São Felix do Araguaia, en el Nordeste, dio pábulo a las crónicas. En una carta al Santo Padre acusó al Vaticano de intentar amordazar a la Iglesia de América Latina.

Pedro Casaldáliga combate desde hace muchos años al lado de los pequeños campesinos y los indios de Brasil, contra la omnipotencia de los grandes terratenientes. Más recientemente prestó su apoyo a los cristianos comprometidos en la lucha revolucionaria de Nicaragua. Su actitud no gustó a la jerarquía episcopal y le creó dificultades con el cardenal de Managua. Su vida está amenazada. Yo tuve la oportunidad de encontrarme con él en São Paulo y pude apreciar su fuerte personalidad, contagiosa, siempre al lado del pueblo y en lucha contra la injusticia.

Su libertad frente a Roma es ya proverbial. Varias veces ha rehusado monseñor Casaldáliga trasladarse a Roma para la famosa visita *ad limina* (entrevista quinquenal obligatoria de los obispos con el papa), prefiriendo dedicar el dinero del viaje a su Iglesia. Por fin, requerido, pese a todo, a presentarse en el Vaticano, envió por delante una larga misiva dirigida al papa Juan Pablo II, su «hermano en Jesucristo y pastor de nuestra Iglesia». ¡Qué hermosa carta! Denuncia en ella, uno por uno, todos los prejuicios culturales de la curia romana respecto a las Iglesias de América Latina, de África y de Asia; la fuerte marginación de las mujeres en la Iglesia, situación respaldada por la legislación canónica y las estructuras eclesiales; y las dificultades encontradas por los teólogos de la liberación en el seno mismo del colegio de cardenales. Pedro Casaldáliga se permite, en fin, dirigir unas «palabras de crítica fraterna» a Juan Pablo II. Le recuerda que los títulos tradicionales de «Santo Padre» o «Su Santidad» son evidentemente «poco evangélicos»; y le sugiere «simplificar el vestuario y los gestos, y reducir las distancias en nuestra Iglesia»... Esas palabras me agradan.

Siguiendo con las referencias al extranjero, el nombramiento por el Vaticano, en enero de 1989, de una serie de obispos especialmente conservadores al frente de las diócesis de Colonia (RFA), Salzburgo (Austria) y Coire (Suiza) me inquieta. Ciertamente que el papa tiene siempre la última palabra en materia de nombramientos de obispos. Pero la tradición quiere que se respete la opción previa efectuada por las Iglesias locales. El proceso contrario, iniciado estos últimos meses en Roma, lleva a preguntar: ¿qué ocurre con el diálogo en nuestra Iglesia?

Después de la prohibición del *Minitel* y la aparición de los artículos en *Lui* y en *Gai Pied Hebdo*, la agitación crece. La opinión pública es testigo de las divergencias y la incompreensión entre el episcopado francés y el obispo de Évreux. Esta situación no podía prolongarse indefinidamente sin perjuicio para la misión. El anuncio del evangelio necesita de toda la solidaridad de los obispos. No hay misión sin comunión. La fidelidad a Cristo es inseparable de la fidelidad a la Iglesia.

Yo pensaba en la diócesis de Évreux, que estaba reunida en sínodo, y en todos aquellos que toman parte en la aventura del evangelio. Se imponía un gesto por mi parte para manifestar mi fidelidad a la Iglesia. Un gesto de fe.

El cardenal Decourtray y yo mismo deseábamos encontrarnos. Era necesario un signo de solidaridad para mostrar a la opinión pública que nuestras divergencias se podían superar. Tanto más cuanto que la urgencia de los desafíos actuales prohíbe a la Iglesia encerrarse en conflictos internos.

El 15 de febrero, a las 8 de la mañana, me esperaba el cardenal en la secretaría del episcopado de París. Desayunamos juntos y después elaboramos la declaración en ocho puntos,

declaración que queríamos fuera conjunta para manifestar nuestro acuerdo. El fotógrafo no ocultaba su excitación por haber sido requerido y estar allí.

Esta declaración común desconcertó a la opinión pública. Unos quedaron decepcionados y afligidos al ver la imagen de una Iglesia autoritaria e intransigente. Otros aplaudieron y se alegraron viendo la imagen de una Iglesia capaz de superar sus dificultades para mantener la comunión.

Es la apuesta de la unidad. En la conferencia de prensa celebrada en París al día siguiente de la declaración común, un periodista me preguntó: «¿No se verá usted obligado a elegir, tarde o temprano, entre una solidaridad a riesgo del silencio y una libertad con peligro de ruptura?».

«Eso lo dirá el futuro», le contesté sonriendo.

5

## Escudo rojo

Un periodista me formuló a quemarropa esta pregunta: «Usted se hace notar por unas posturas "fronterizas" en la Iglesia: en favor de la paz, en favor de la liberación de Mandela, en favor de una tierra para los palestinos. ¿Por qué estas tres luchas?».

A causa de la injusticia. Éste es el denominador común de las tres luchas. No hay paz sin justicia. Es la justicia la que crea la paz.

El peligro que representan las armas atómicas, el comercio armamentístico, las amenazas de las armas químicas, no llevan a los pueblos hacia un verdadero desarrollo en el que la tierra sea habitable, la vida sea más humana y la creación quede salvaguardada.

¿No son un escándalo las enormes sumas dedicadas al armamento cuando millares de niños mueren de hambre cada día? ¿Cuando el medio ambiente del planeta se degrada peligrosamente?

Sabemos que muchos países ricos han prestado dinero a los países pobres para que puedan comprar armamento.

Entre nosotros son pocas las voces que se alzan contra el armamento nuclear y los ensayos en el Pacífico. ¿Quién denuncia la carrera armamentística? ¿Quién se pregunta sobre la «ley de programación militar»? ¿No hay un extraño silencio de los cristianos? No se puede orar por la paz sin comprometerse por la paz.

Mandela lleva en su propia carne la injusticia que padece su pueblo. Él encarna el destino de éste. Es el símbolo de la resistencia de su pueblo. Querer la liberación de Mandela es denunciar la injusticia estructural del régimen de apartheid. Es, sobre todo, reclamar la abolición del segregacionismo.

Los palestinos son víctimas de la injusticia. Durante más de veinte años de ocupación, su dignidad se ha visto escarnecida. El ruido de las armas no acallará su voz. La represión no va a arreglar los conflictos con este pueblo cada vez más consciente de lo que es.

El sínodo de los obispos celebrado en Roma el año 1971 no se anduvo con rodeos cuando declaró en tono profético: «La lucha por la justicia y la participación en la transformación del mundo son una dimensión constitutiva de la predicación del evangelio, que es la misión de la Iglesia para la redención de la humanidad y su liberación de toda situación opresiva».

Tal es la relación entre esos dos compromisos.

Mi «lucha» empezó modestamente en marzo de 1983 en Évreux, cuando asistí al proceso de un objetor de conciencia. Como partidario convencido de la no violencia, me parecía obligado ponerme del lado de aquel joven veterinario que rehusaba el estatuto derogatorio otorgado legalmente a los objetores de conciencia llamados a filas. Estimo que la duración del servicio sustitutorio no debe convertirse en castigo para el objetor. Y, sobre todo, que es urgente dar con una alternativa a la defensa armada. Un pueblo sin armas no es un pueblo sin defensa. ¿Cómo pueden aprender los jóvenes a defender a su país sin tomar las armas?

La sala del tribunal estaba abarrotada de gente. Había muchos jóvenes melenudos llegados de toda la región. Tomé asiento entre ellos. No pronuncié una palabra, pero mi presencia sirvió de palabra. A la salida, estos jóvenes me rodearon y me dieron las gracias.

A partir de entonces me consideran antimilitarista. Los militares no me invitan ya a la base aérea o a los cuarteles, salvo excepción. Los antiguos combatientes están descontentos. El obispo rompe la alianza del poder religioso y el poder militar: el sable y el hisopo. El capellán militar se apresura a dar una explicación: «Es un obispo joven. Ha cometido una pifia. Ya se le pasará». Aún no se me ha pasado...

Pierre-André Albertini es de Évreux; también lo son sus padres, ambos profesores de historia y de geografía en el instituto público de la ciudad. Su hijo partió como cooperante a Sudáfrica durante dos años. No eligió este país, pero aceptó el destino propuesto por el gobierno francés. Yo no sabía más sobre el caso cuando, en otoño de 1986, algunos miembros del comité de apoyo a Pierre-André Albertini me piden una entrevista. Me informan que le han encarcelado y me sugieren que les ayude a movilizar la opinión pública presidiendo su comité a título honorífico. Ignoro la causa del encarcelamiento de Pierre-André Albertini. Eso no me incumbe. Nunca pregunté sobre este punto. Sé que Albertini es de Évreux y que está en prisión. Eso me basta. Acepto ayudarlo. Es lógico que el obispo dé su apoyo a los excluidos y denuncie la segregación.

Un mitin de solidaridad, el primero de la serie, se celebra en diciembre de 1986 en el pabellón de exposiciones de Évreux. Alrededor de seiscientas personas han llegado de todo el departamento. Me dan la bienvenida. Trabajo con los padres de Pierre-André Albertini. Son miembros del partido comunista; la señora de Albertini es concejala. Está presente el alcalde de la ciudad, también comunista. Le acompaño a la tribuna. Durante los discursos, y antes de mi breve intervención, observo la asamblea y me asombro al no descubrir ningún rostro familiar, o casi. ¿Dónde están los católicos? Es otro público el que ha acudido, un público que yo no encuentro en las iglesias de la diócesis. La convicción de que no soy sólo obispo de los cristianos me invade de nuevo con fuerza. La televisión regional enfoca sus cámaras hacia mí: «¿Por qué está aquí el obispo?». «Porque uno de Évreux, Pierre-André Albertini, está encarcelado en Sudáfrica. Soy solidario de todos los aquí presentes esta noche. Nunca seremos lo bastante numerosos para defender los derechos humanos y oponernos al régimen de apartheid».

Hay un engranaje. El caso Albertini toma vuelo. Las manifestaciones se suceden. Los medios de comunicación se agitan. «Subo» dos veces a París en autocar, con muchos otros. La solidaridad engendra amistades. Pero, a pesar de nuestros esfuerzos, la partida dista mucho de estar ganada. Los padres de Pierre-André, que han estado ya una vez en Sudáfrica para visitar al preso, no pueden volver allá. A su hijo le han cambiado de prisión. Se encuentra aislado.

¿Por qué no enviar una delegación a Sudáfrica? El comité de apoyo estima necesario que el obispo forme parte de ella. Me hacen la propuesta. Pido consejo y doy mi conformidad; somos cinco en el aeropuerto para emprender la aventura: el alcalde de Évreux; Anne, la hermana de Pierre-André; un profesor de instituto, anglófono; un periodista de *Paris-Normandie*; y el obispo.

La embajada de Sudáfrica en París se muestra remisa. Los trámites son largos y difíciles. El 13 de julio una llamada telefónica me informa que he obtenido el visado de tránsito, al igual que Anne Albertini. Hay que decidir pronto: un avión debe despegar el jueves 16, a las 23,55 horas, de Roissy. ¿Doy mi conformidad? Pido una hora de reflexión.

¡Es mi oportunidad! Este mismo día, 16 de julio, está previsto, en efecto, que tome el tren en la estación de Évreux para encabezar la peregrinación anual de la diócesis a Lourdes: alrededor de mil cuatrocientas personas; enfermos, jóvenes, familias que se desplazan para la semana con el obispo que acompaña a su pueblo. Dilema. Recuerdo la parábola del evangelio: «¿Quién habrá entre vosotros que, teniendo cien ovejas y habiendo perdido una de ellas, no deje las noventa y nueve en el desierto y vaya en busca de la perdida hasta que la halle? Y una vez hallada, la pone alegre sobre sus hombros, y vuelto a casa convoca a los amigos y vecinos, diciéndoles: Alegraos

conmigo, porque he hallado mi oveja perdida» (Lc 15,4-6). Es preferible ir a visitar a Pierre-André Albertini, solo en su prisión, que acompañar a mil cuatrocientos peregrinos a la gruta de Lourdes. El evangelio me incitaba a ello.

Me echaron en cara esta opción. Pero yo había dejado a los peregrinos de Évreux para mejor unirme a ellos después. Por otra parte, como el avión salía a última hora de la tarde, me presenté a las 19 horas en el andén de la estación para despedir al tren de los peregrinos. Estreché manos y expliqué a unos y otros las razones de mi defección; dejé al responsable un mensaje destinado a los enfermos, otro a los jóvenes y un tercero al conjunto de los peregrinos. Estos mensajes fueron leídos en Lourdes. Después me dirigí al aeropuerto.

Lujo y comodidad a bordo del Boeing 747. Teníamos reservadas plazas de segunda, pero el comandante, avisado de nuestra presencia, nos pasó amablemente a primera. El trayecto fue largo: al menos trece horas de vuelo, en el transcurso del cual Anne Albertini y yo recibimos toda clase de atenciones. Yo descifré los gestos corteses del personal en estos términos: «Su misión es difícil, delicada. Lo sabemos y estamos de todo corazón con ustedes».

A la llegada, el cambio de ambiente fue brutal. Al descender del aparato fuimos arrestados y aislados por el servicio de seguridad. Sólo el cónsul de Francia en Johannesburgo podía hablar con nosotros. Como si fuéramos unos apestados. Prohibición de telefonar, de recibir a la prensa, de comer en una mesa común. Nuestras habitaciones, en el primer piso de un hotel del aeropuerto, permanecieron bajo vigilancia. Los policías se relevaban delante de nuestras puertas. Al día siguiente continuamos viaje hasta East London, a ochocientos kilómetros de distancia. El cónsul de Francia, que reside en Ciudad del Cabo, nos esperaba. Una fila de coches, cuidadosamente escoltados por la Seguridad, se puso en marcha hacia la prisión, a un centenar de kilómetros de allí.

De pronto, en el paisaje desértico se adivina la prisión: largos edificios blancos, nuevos e impresionantes. Hay una nube de periodistas y fotógrafos al acecho delante de la prisión. Pero está prohibido cualquier contacto. En todo caso, nuestra expedición no pasa inadvertida.

Los funcionarios nos llevan al locutorio. Hay una docena de compartimentos separados por cristales. El diálogo se efectúa a través de un pequeño portillo.

Para Pierre-André Albertini la sorpresa es mayúscula. Se emociona visiblemente viendo a su hermana, primera visitante que puede hablarle en el compartimento. El ambiente es tenso. Los intérpretes escuchan la conversación, que se efectúa en francés, y cuando no han captado una frase exigen que se repita. Al descubrir mi presencia, Pierre-André dice a su hermana: «¿Quién es éste?». Yo visto de clergyman y Pierre-André no sospechaba nada. Anne me cede el puesto para que hable con él.

Pierre-André Albertini aparenta alrededor de veinticinco años, tiene el rostro bastante pálido, el pelo corto, viste traje de faena. Me produce la impresión de un hombre resuelto, lúcido y libre, a pesar del arresto. Pero está sorprendido de tener ante sí al obispo de Évreux.

Yo le traslado, ante todo, el saludo del alcalde de Évreux, del comité de apoyo y de toda la población de Eure y de Francia. No está solo. Una gran parte de la opinión pública le acompaña en su lucha y para obtener su liberación. Pierre-André no oculta la alegría viendo esta movilización que desborda su persona. «Usted se encargará de agradecerse a todos».

«¿Qué podemos hacer por ti?». «Me gustaría estar informado. Tener periódicos, libros. Saber lo que pasa. No sé nada del mundo exterior. El aislamiento es terrible».

Pierre-André está dispuesto a permanecer en prisión, porque se siente solidario de los que se consumen aquí por la misma causa. Pero insiste en la necesidad de estar informado. Ante él hay periódicos, revistas y libros llegados de Francia. Un gran saco de unos veinte kilos transportado desde Évreux y un poco de café y de azúcar. Pero este saco está al otro lado de la reja. Pierre-André lo mira ávidamente. El director de la cárcel y el jefe de seguridad rehusan cualquier concesión. Imposible entregarlo a Pierre-André. Devolveremos el saco a Évreux.

Al cabo de cuarenta minutos los funcionarios interrumpen la conversación; la autorización inicial era para media hora. Breve encuentro, pues. Pero psicológicamente este contacto será importante. Pierre-André Albertini se sabe arropado en su prisión. Su caso encuentra eco en las más altas esferas. Los periodistas, la televisión, todos están allí, a las puertas de la prisión. En adelante está protegido por la opinión pública.

Siempre bajo una fuerte escolta, hacemos el viaje de regreso sin incidentes. Apenas despega el avión que nos lleva hacia París, un periodista enviado especial de *L'Humanité* se acerca para preguntarme cómo ha transcurrido el encuentro. Le confío mis impresiones, que él transmite a su redacción aprovechando una escala en Kinshasa, Zaire. Algunos criticarán esta entrevista concedida a la prensa comunista. Yo no concedí ninguna exclusiva: fue el único periodista que me interrogó en el avión. Son las 23,20 horas cuando aterrizamos en Roissy.

Anne Albertini esperaba encontrar a sus padres en el aeropuerto; pero ni ella ni yo habíamos imaginado semejante acogida. La prensa bullía: Antenne 2, Europe 1, France Inter... No había manera de eludir los micrófonos. También eran numerosos los amigos llegados de Évreux en un autocar lleno a tope y desplegando pancartas y banderolas. ¡Una fiesta! Nos recogimos pasadas ya las 3 de la madrugada.

Adquirí mi reputación de «obispo rojo» con el caso Albertini. No estoy afiliado al partido comunista. Conozco a comunistas que participan en acciones en favor de la justicia y de la paz. Eso los honra; cuando los veo así, en la brecha, me gustaría que muchos otros se unieran a ellos.

Mi encuentro con militantes del PC es fruto de las circunstancias. La ocasión fue el encarcelamiento de un joven cooperante, sin que mediara ninguna oscura estrategia político-religiosa, según se rumorea. Estos contactos me han permitido, en cambio, sintonizar con un auditorio que de otro modo nunca hubiera tenido la oportunidad de conocer. Desde ahora formo parte de su paisaje, sin fundirme con él.

Cuando un individuo está en prisión, se merece una visita, sea comunista o de extrema derecha. Cuando me encamino a la cárcel, nunca me pregunto si fulano o mengano es un buen preso o un mal preso; si ha matado a su padre o a su madre; si está relacionado con la droga; o si sus padres eran comunistas o fascistas... Voy a ver a un detenido. Es mi libertad de obispo.

La liberación de Pierre-André en septiembre de 1987 se celebró con gran alborozo en la ciudad de Évreux. Ambiente de reencuentro. La dicha de vivir juntos. Momento feliz, inundado de luz. Se respiraba un aire de fraternidad excepcional. «Desde que estoy en Évreux -dije a la televisión-, es mi más hermosa jornada de obispo».

Pero la incompreensión se agravó en lo concerniente a mi misión.

Unos me decían con violencia: «Dedíquese a su misión, monseñor. No se meta en política. Rece y calle».

Otros aplaudían: «Usted debe estar presente allí donde se está forjando el futuro de todo un pueblo, cuando la corriente actual quiere confinar lo religioso a su propia esfera».

Atrapado entre dos fuegos...

La incomprensión llegó al colmo cuando denuncié, en diciembre de 1987, la represión de Israel en los territorios ocupados. Oí comentarios de este estilo: «En favor de Albertini, puede pasar. Él era de Évreux y usted es el pastor de Evreux. Pero en favor de los palestinos... Realmente no se comprende».

Es verdad que en Évreux no hay palestinos. Culturalmente estamos lejos de este pueblo. Para muchos, «palestinos» es sinónimo de «terroristas» y de «musulmanes». Cuando los cristianos van en peregrinación a Tierra Santa, son raros los que se encuentran con comunidades cristianas nativas, y más raros aún los que visitan un campamento palestino. Yo he interrogado a muchos peregrinos que volvían encantados del viaje, pero que no habían visto nada de la realidad palestina, del sufrimiento de este pueblo. En Tierra Santa los belenes vivos son hoy los campamentos.

A aquellos que se extrañaban de mi solidaridad con los palestinos yo les respondía que hoy cualquier situación de injusticia sufrida actualmente en cualquier parte del mundo resuena en nuestras conciencias. El pueblo palestino está oprimido. Está olvidado en el escenario internacional. ¿Por qué vamos a guardar silencio?

¿Por qué guardar silencio? Es precisamente la acusación que me hacía un Padre blanco: «Es muy bonito ir a Sudáfrica a visitar a un preso. Pero cuando se trata de denunciar la represión que sufre el pueblo palestino, usted no dice nada». Lo mismo que me había dicho un sacerdote de Lyon que trabajaba con los inmigrantes.

Recordemos que, recién ordenado sacerdote, hice mi «viaje de bodas» a Tierra Santa. Posteriormente repetí el viaje en tres ocasiones. Tengo familia en Jerusalén: una prima religiosa que trabaja en un hospital. Acoge a los moribundos en la fraternidad... judíos o árabes; habla los dos idiomas. Ella me guió entre las chabolas, en el laberinto de las barracas.

Mis interlocutores tienen razón. Yo me identifico con su protesta. Pero ¿por qué ha de hablar el obispo de Evreux? ¿No hay en Francia voces más autorizadas? Ante el silencio de la Iglesia oficial, me decidí a intervenir. Llamé por teléfono al periódico *La Croix* y le propuse escribir un artículo. Declinaron la oferta muy cortésmente. Envié entonces una carta al correo de los lectores de *Le Monde* y una declaración a la agencia *France Presse*, en la que lanzaba esta acusación: «La represión ejercida por Israel es un drama y un escándalo». Esta frase fue recogida en los telediarios aquella misma noche.

Poco después, el 1 de enero de 1988, el representante de la OLP en Francia, Ibrahim Souss, me pidió una entrevista en Évreux. Almorzamos juntos en el obispado.

Era un hombre culto, diez años más joven que yo, buen conversador y entrañable. Enamorado de la literatura, escritor y poeta él mismo, era también primer premio del conservatorio de piano. Un hombre que tranquilizaba. Descubrí más tarde que era cristiano: en su oficina de París tenía una foto del papa Juan Pablo II recibiendo en audiencia a Yasir Arafat. Nació una amistad. Quince días después Ibrahim Souss vino a verme de nuevo.

«Tengo dos propuestas que hacerle -me dijo-. De un lado, pensamos enviar material de ayuda y medicamentos de urgencia. La operación se podría llamar "un barco para Gaza". ¿Acepta usted presidir el comité que se ocupe del asunto? Proyectamos, de otro lado, una operación ecuménica: un "barco de la paz", que partiría de Atenas para navegar a lo largo de las costas de Israel. A bordo, representantes europeos, exiliados palestinos, judíos, católicos, protestantes, ortodoxos... Personas de buena voluntad. El objetivo es simbólico: alertar a la opinión pública internacional».



La semana siguiente le di mi conformidad. Nos reunimos muchos en Atenas. Conocí a ciento treinta palestinos exiliados. Aquellas personas me fueron contando a lo largo de los días los trágicos episodios de su vida: la prisión, las vejaciones, las torturas, el exilio. Los momentos cruciales de Atenas fueron mis encuentros con ellos.

Con los palestinos se encontraban algunos israelíes y judíos de la diáspora, entre ellos una señora que había participado antaño en el episodio del Exodus. ¡Qué símbolo ver juntos a palestinos e israelíes! Su presencia nos recordaba que sus destinos eran inseparables y que los dos pueblos tenían derecho a una patria.

Alrededor de ciento cincuenta periodistas de la prensa escrita y hablada daban a la aventura una dimensión internacional. Pero el tiempo pasaba. Esperábamos ser conducidos al puerto. Hubo continuos retrasos. En vista de las amenazas, el propietario del barco rescindió a última hora el contrato de alquiler del mismo. Los palestinos buscaron otra solución. Pasaron cinco o seis días de espera: la OLP compró y fletó un barco. El barco fue hundido la víspera de la partida y tres jóvenes palestinos perdieron la vida en el atentado. La expedición fue anulada.

Aquel barco para la paz no pudo partir. ¿Qué tiene de extraño? La paz molesta. Es insostenible para los que están envueltos en otra lógica, la de la violencia. La paz seguirá su camino sin barco. La opinión pública quedó más sensibilizada, y las conciencias más despiertas. ¿Quién podrá inmovilizar el destino de un pueblo?

Pero el «barco de la paz» también levantó olas en la diócesis de Évreux y fuera de ella. Algunos cristianos tuvieron la sensación de que yo los abandonaba. «El obispo se debe a los cristianos». Otros quedaron perplejos. ¿Qué se le ha perdido allí? De vuelta de Atenas, un sábado por la tarde fui a celebrar la misa en un pueblo. La iglesia estaba abarrotada y el recibimiento parecía caluroso. Supe, sin embargo, que algunas personas asistieron a otra misa para no encontrarse con «el obispo que se ha aliado con los palestinos».

¿Cómo explicar que el «ministerio fronterizo» no es ajeno al ministerio que ejerzo habitualmente en el seno de la comunidad creyente? Los derechos humanos no se pueden compartimentar. La solidaridad no tiene límites. El evangelio empuja hacia otras riberas. ¿No es una tensión necesaria estar situado a la vez en la avanzadilla y en el corazón de la comunidad cristiana?

Israel debe tener su patria; Palestina también: ambos tienen derecho. Yo abogo por el diálogo, el encuentro de estos dos pueblos, la delimitación recíproca de sus territorios. Están condenados a entenderse.

Debido al proceso internacional de reconocimiento de Palestina, inducido sobre todo por la «revolución de las piedras», mis detractores ponen ahora un poco de sordina.

Pero me gustaría que los católicos que visitan Israel se convencieran de ello por sí mismos. Que no se detengan en los *kibutzim*; que no se limiten a admirar las antiguas ruinas; que osen apartarse de las sendas trilladas de los peregrinos.

El papa Pablo VI había recibido ya a Yasir Arafat. Juan Pablo II ha hecho lo mismo recientemente, acogiéndolo como un jefe de Estado. Esta firmeza y esta continuidad me agradan. Juan Pablo II no ha ido al Estado de Israel. Él, que tantos viajes emprende, no irá a Tierra Santa. Para el Vaticano, el reconocimiento del Estado de Israel supone el del Estado palestino. Extrañamente, me parece que el episcopado francés apenas comparte esta voluntad. A veces siento deseos de recordarles a los obispos que bien podrían pensar al menos como el papa.

En una carta enviada desde Tel Aviv, un israelí me escribe: «Nosotros somos una minoría modesta y tranquila en un país cada vez más contrario a la paz, a la igualdad y la fraternidad entre dos pueblos... Nos resulta doblemente doloroso admitir que nosotros, israelíes, cuyos antepasados fueron víctimas de la represión y de la discriminación racial a lo largo de la historia, no hayamos aprendido nada de la experiencia pasada y del holocausto y empezamos a recurrir a los mismos métodos discriminatorios, raciales y opresivos».

Este hermano judío es un artesano de la paz.

En junio de 1988 tuve un encuentro con Ibrahim Souss en París. Me invitó a Túnez para la conmemoración de la muerte del número dos de la OLP, Abú Yihad, asesinado cuarenta días antes. Hice un vuelo de ida y vuelta al Magreb. La ceremonia se desarrolló en el palacio de los congresos, en presencia del presidente tunecino, de Yasir Arafat y de numerosas delegaciones del mundo árabe. Las intervenciones se hicieron en árabe. Ibrahim Souss, a mi lado, hacía de traductor.

Al atardecer fuimos en coche al extrarradio de Túnez para encontrarnos con Arafat en una villa bien custodiada. El jefe de la OLP recibió en privado a algunos periodistas y amigos. Ambiente muy cordial; las conversaciones se llevaron en inglés. Tuve el placer de volver a encontrarme con los distintos responsables de la OLP que estaban en Atenas.

Yasir Arafat habló con nosotros hasta muy entrada la noche y respondió con pasión a nuestras preguntas. Con semblante de verdadero luchador, jovial, confiado en el futuro, encarna al líder oriental: la magia de la palabra, los gestos... Aquel hombre simbolizaba la lucha de su pueblo y su sed de independencia. Me dio las gracias, asegurando que mi palabra de obispo católico había tenido un profundo eco en su pueblo.

No me dormiré en los laureles. Los actos de un obispo en favor de la justicia y de la paz tienen una dimensión política; afectan a la vida de la sociedad y de la ciudad. No creo, en cambio, que la Iglesia deba comprometerse en las luchas políticas. Obispos y sacerdotes tenemos una responsabilidad pastoral que es incompatible con la adhesión a un partido.

Aquel mismo mes de 1988 fui invitado a participar en la sesión sobre el desarme en la ONU. Me encontré en Nueva York con una veintena de franceses. En la gran sala de la ONU me impresionó ver a los representantes de aproximadamente ciento sesenta países. Cargaban en parte con la responsabilidad de la paz y del desarme. En el exterior de uno de sus muros aparecen inscritas las palabras del profeta Isaías: «De sus espadas harán rejas de arado, y de sus lanzas, hoces. No alzarán la espada gente contra gente, ni se ejercitarán para la guerra» (Is 2,4).

Pero la paz no es asunto exclusivo de los expertos y los poderosos de este mundo: es asunto del hombre de la calle. Por eso, en las calles de Nueva York, en el centro de la ciudad, un desfile imponente hizo oír su voz en favor del desarme. Los japoneses eran muy numerosos. El peso de la opinión pública es indispensable. Sólo podrá realizarse un verdadero proceso de desarme si los pueblos mismos se asocian a él. En aquel desfile festivo tuve la alegría de ver a muchas religiosas americanas.

Una Iglesia reformada organizó un acto de oración. Todas las grandes religiones expresaban la plegaria con sus propios ritos: budistas, sintoístas, judíos, musulmanes, reformados, católicos... Durante tres horas, aquella celebración por la paz fue un gran acontecimiento. Mis amigos franceses, que nunca habían pisado una iglesia, quedaron impresionados por la calidad de aquella oración que se expresaba en la variedad de las lenguas, las culturas y los ritos. Eso indica también el peso moral que pueden tener las Iglesias para proclamar muy alto que la seguridad de los pueblos no está en la acumulación y el perfeccionamiento de las armas. Es la justicia y no la

seguridad la que crea la paz. La paz no puede nacer del miedo. La paz es también asunto de cada cual.

¿No se corre el riesgo de ir demasiado lejos? Muchas veces, en vísperas de una intervención, me pregunto: ¿no estoy pisando un terreno resbaladizo? Pero el silencio es imposible para el que camina con Cristo. ¿Es lícito callar ante la injusticia? ¿Tranquilizar la conciencia con el pretexto de evitar disgustos? El mutismo es ya una toma de postura. Dispensa de hacer lo que habría que hacer. Es el pecado de omisión.

6

## Marginados

Paul bebía. Ha dejado de hacerlo. Es un hombre nuevo, que desea ponerse al servicio de los demás. Yo le conozco poco, pero aprecio su valor.

Recientemente participó en un concurso organizado por la prensa local -hacer el mejor pastel- y ganó el premio: una cena para dos en un restaurante. Se vio en un apuro. Su esposa, enferma, no salía, y él tenía pocos amigos. «¿Por qué no el obispo?», se dijo. Consultó a una religiosa que conocía. Ella telefoneó al obispado. Mi secretario informa: «Es Paul. Yo he tratado de disuadirle, pero él insiste en invitarle al restaurante».

Extraña reunión. Paul se pasó por el restaurante *La Gazette*, en Évreux, para prevenir a la dueña: «Mi invitado es el obispo; sobre todo, nada de fotógrafos». Como él no tenía coche, le fui a buscar. Se arregló lo mejor que pudo: traje de fiesta, pelo recién cortado y unas gotas de agua de colonia. Llegamos al restaurante en el momento que abrían, a las siete de la tarde. La sala estaba desierta. El camarero ofreció el aperitivo. Paul declinó: «No, no». Yo le secundé: tomaré agua. Cenamos. Los comensales se multiplicaron. Paul estaba radiante. Dios mío, el buen rato que le hice pasar aquella noche...

Romper la soledad; aceptar los encuentros; ir a lo imprevisto... Un día llamé por teléfono a una señora que estaba casi ciega. Me equivoqué de número y oí una voz masculina al otro lado del hilo. Consciente de mi error, me excuso; pero el interlocutor desconocido aprovecha para decir: «No cuelgue. Si es el obispo de Évreux, me interesa. Mi esposa y yo deseábamos hablar con usted. No somos creyentes, pero nos gustaría charlar una tarde. ¿Le podemos invitar?». La Providencia sabe utilizar el azar: nosotros hacemos uso de la agenda.

Claude vino a buscarme en coche para evitar que me perdiera en el vericuetos de las HLM. Llevaba el pelo largo y aún le hacía gracia el lance de la invitación. Había avisado también a otra pareja. Él es bombero y me dijo: «Ya nos habíamos visto. En una encrucijada a la salida de Évreux hubo un accidente. Usted estaba allí y me ayudó a levantar al herido. Yo le reconocí y me dije: cuando se lleven al herido, voy a aprovechar para hablar con el obispo. Acabábamos de actuar juntos, estábamos en pie de igualdad, así que podíamos hablar. Pero quedé decepcionado al ver que usted partía en seguida en su coche. Y pensé: lástima, ya no se presenta la ocasión. Aunque usted se encuentre en la ciudad, yo no voy a charlar con usted. No es fácil, cuando no se pertenece a la Iglesia, contactar con el obispo. Al fin, esta noche voy a aprovechar la ocasión».

Entablamos conversación. Las dos parejas saben adónde desean llegar: «Conocemos sus intervenciones. Le tenemos simpatía a usted. Pero nosotros, que no somos creyentes ni vamos a la iglesia, desearíamos saber por qué hace usted todo eso. Suponemos que no será por política o por dinero. Los cristianos deben de saber por qué actúa así. Nosotros no lo sabemos. ¿Cuál es su mensaje?».

Me invitan así, en aquella cena, a transmitir el mensaje de liberación que llena mi vida. Se resume en estas palabras de Cristo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». Soy testigo de que nunca se pone en práctica una palabra del evangelio sin que de nuestro interior surja lo mejor de nosotros mismos. He asistido a verdaderas resurrecciones. He comprobado la eficacia del «levántate y anda»: un drogadicto le toma gusto a la vida, un alcohólico acepta la ayuda y es otra persona, un preso inicia un nuevo camino. Eso reaviva mi llama. El encuentro con los pobres alimenta mis ganas de vivir.

De regreso a casa, pensé: todo un pueblo que está al margen de la Iglesia acoge la palabra. Y muchos que están en la Iglesia la acogen con reservas.

Por tener necesidad de fotos de identidad, iba yo a la ciudad en busca del fotomatón. Apenas acabada la operación, vi a un hombre caído en la acera. No lograba levantarse. De cierta edad, con una prótesis en la pierna, era un argelino, quizá antiguo *harki*. Bajo los efectos del vino. Empezaba a oscurecer. El frío era intenso. Sin saber adónde acudir, intenté acompañarlo a la parada de autobús, donde podría encontrar un alojamiento provisional. No estaba muy cerca. Nuestro hombre apenas pudo levantarse y caminar. Le ayudé lo que pude, que era poco. Avanzábamos a tientas y el espectáculo tenía su morbo en medio de la ciudad. Los coches frenaban para verlo. La gente se detenía, observando con cierta inquietud cómo saldría del paso el obispo. Al fin se paró un gran vehículo en medio de la calzada. Un hombre bajó de él y me dijo: «Monseñor, así no va a llegar nunca. ¿Puedo hacer algo por usted?».

Nos recogió a los dos en su coche. En la parada de autobús había un lleno completo. Fuimos a la comisaría, donde se admite el alojamiento por una noche. El conductor desconocido quiso devolverme al obispado. «Usted no me conocerá, porque no voy a la iglesia. Sé que es muy criticado en ciertos medios. A esas personas que le critican le prometo que les diré lo que usted ha hecho esta tarde».

El coche se detuvo delante del obispado. «¿Me autoriza a llamarle Jacques?». Yo asentí, sorprendido de que conociera mi nombre. «Y yo ¿cómo le llamo?». «Jean-Pierre».

Di las gracias a Jean-Pierre, cuyo apellido nunca supe.

Recibo una carta de Sylvie y Fabien: «Somos una joven pareja de veinticinco y treinta años respectivamente y queremos casarnos. Pero nos preguntamos si tiene sentido celebrar una boda religiosa cuando no estamos de acuerdo con la Iglesia actual. Hemos optado por un matrimonio civil. Sin embargo, después de leerle y escucharle a usted, nos sentimos más próximos a las ideas nuevas y positivas que usted expone. Nos gustaría mucho y nos sentiríamos muy honrados si aceptara bendecir nuestra unión... En cualquier caso, le animamos a continuar su misión. Una respuesta suya apoyaría la lucha que estamos llevando a pequeña escala para que las cosas mejoren».

Sylvie y Fabien trabajan en París, se alojan en una pequeña habitación del quinto piso de un inmueble y pasan el fin de semana en las afueras.

Apenas mantienen relación con la Iglesia y no tienen trato con ningún sacerdote. Cuando estoy de paso por París me invitan a cenar en el restaurante. ¡Gran sorpresa! El restaurante está lleno a rebosar; una mesa de cinco personas queda libre. Una joven pareja se une a nosotros. Pronto trabamos conversación; también ellos desean casarse por la Iglesia, pero, al no tener contacto con un sacerdote, buscan a un interlocutor que se ponga a su alcance. Dos primeros intentos fracasaron.

Me llama la atención su veracidad, su confianza. «Nosotros le conocemos y compartimos sus ideas, por eso no nos asusta. Pero tenga usted en cuenta lo difícil que es manifestarle la vida personal a un interlocutor nuevo».

Nos despedimos como amigos. Ya no quedaba nadie en el restaurante. Bendeciré el matrimonio de Sylvie y de Fabien. La Iglesia lucha así a base de encuentros pacientes, en la encrucijada de los caminos inexplorados.

Rashida, joven musulmana de unos veinte años, me telefona al anochecer desde el sur de Francia.

«¿Me recuerdas? Te escribí a primeros de año». ¿Cómo no recordar a Rashida? Es una militante de los derechos humanos, muy comprometida en el movimiento SOS-Racisme. En su familia defiende firmemente sus posiciones.

«Me voy a casar este verano con Marc, al que conociste en la radio. A mi padre le cuesta aceptar que no me case con un musulmán. Pero mi hermano y los otros lo comprenden».

Siempre apreció su modo de integrarse en la sociedad actual. Su tolerancia, su respeto a los demás, dan una idea de lo que pueden aportar mutuamente las distintas culturas si aprenden a vivir juntas.

«Jacques, me gustaría mucho, y a Marc también, que estuvieras este verano en nuestra boda».

Y no es fácil negarse a Rashida...

Una pareja me invita a su mesa. Él me dice, de entrada, que ha sido Padre blanco y que pasó varios años en África. Hay otra pareja invitada. Él fue religioso capuchino y ejerció diversos ministerios antes de casarse.

Uno y otro han sufrido con la Iglesia. Demasiados episodios los han marcado. Aprecian que yo esté presente para escucharlos; aprovechan la ocasión para repasar su trayectoria, para evocar sus luces y sombras. Se sienten marginados de esta Iglesia a la que sirvieron de corazón durante largo tiempo y a la que siguen muy ligados a pesar de todo.

Así, nuestro amigo capuchino no olvida que pronto será el quincuagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal. El aniversario está próximo. Me pide un favor para sus «bodas de oro»: «Me gustaría que estuviera presente». Su esposa asiente con la cabeza, animándome discretamente a decir sí. Por supuesto que encontraré tiempo para alegrarme con ellos.

La solidaridad, para los cristianos, no es algo facultativo. Han surgido algunos colectivos para responder a necesidades nuevas y crecientes. Entre las obras del *Secours catholique* (auxilio católico), algunas se han emancipado hasta alcanzar la autonomía. Un ejemplo de ello es el banco alimentario que funciona desde 1985 en la última planta de la iglesia de Sainte-Thérèse en Évreux. Esta iglesia, inacabada y muy difícil de calentar, fue cedida a seis asociaciones. Tres toneladas de alimentos se distribuyen así cada semana a asociaciones que llevan a cabo su distribución del modo más racional posible. La actividad es intensa y permanente.

Otra obra es el hogar de acogida *Myosotis* para albergar a las familias de los detenidos. Hasta ahora los familiares que obtenían un permiso de visita en el locutorio debían esperar mucho tiempo delante del gran portal de la prisión, expuestos a todas las inclemencias atmosféricas. No se atrevían a hablar demasiado entre sí ni les hacía gracia aguardar en fila a la vista de todos.

Estas familias encuentran ahora alojamiento en una casa luminosa, tranquila, situada justo frente a la cárcel. Pueden aliviarse con una taza de café o de chocolate. Sobre todo, ven que hay personas benévolas que les dedican dos o cuatro horas y los escuchan, comprenden y respetan. El hogar tampoco olvida a los niños: hay una habitación reservada a ellos, con libros, juguetes y una mesa para entretenerlos en la larga espera.

Acoger a las familias de los presos es comprender el sufrimiento de esa madre que viene a ver a su hijo detenido por un asunto de droga; la tristeza de ese padre que no quiere admitir el comportamiento de su hijo; la inquietud de esa mujer que visita a su marido y teme su regreso a casa, porque sus hijos lo van a rechazar.

Hoy más que en el pasado, los cristianos quieren abrirse al mundo y estar atentos a los problemas de la sociedad. Se puede afirmar que adoptan una nueva actitud de solidaridad. La opción por los pobres que nuestros hermanos de América Latina viven con tanta fidelidad nos interpela directamente. Conocemos sectores muy afectados por el desempleo y por la crisis económica. Familias enteras sufren hoy graves dificultades. La marginación es una realidad, y los cambios dejan en la cuneta a un número cada vez mayor de personas. Pero muchos cristianos se hacen cargo de la situación e intentan colaborar en la reintegración social de los marginados.

Esta vida evangélica se concreta a menudo en el compromiso de los creyentes con numerosas asociaciones sindicales, políticas o sociales donde colaboran con otros hombres y otras mujeres que no profesan la misma fe. «Increyentes» que creen en el hombre. Éste es el desafío que nos lanza nuestra sociedad secularizada, calificada de poscristiana. Se nos invita a abandonar muchas formas de organización confesional para apostar por esa apertura, por esa alianza.

Todo ello interpela muy fuertemente a las comunidades cristianas. No pueden seguir siendo lo que eran tradicionalmente. Han de renovarse desde dentro, volver a ser lugares vivos que posibiliten un intercambio de opiniones, un debate; lugares de reflexión a la luz de la palabra del evangelio para hacer un alto en los compromisos con el mundo; lugares de oración para recuperar juntos el ánimo de vivir y de actuar.

Desde hace algunos años, se han creado asociaciones «intermedias» para dar a los parados más desasistidos la posibilidad de encontrar las horas de trabajo necesarias para su vida y la de su familia. La idea es la siguiente: procurar a un parado desasistido y sin derechos un trabajo a media jornada durante seis meses en «familias asociadas», con el fin de librarlo de la asistencia sistemática, ayudarlo a reintegrarse como trabajador y permitirle recuperar un salario y una protección social. Estas familias llevan a cabo una acción concreta compartiendo el trabajo cotidiano, aprendiendo a conocer de cerca las dificultades de los desempleados y acompañándolos con vistas a una reinserción. El distribuidor de tareas es, en especial, la parroquia: una decena de familias unidas para llevar a buen puerto esta experiencia.

Una asociación original ha surgido en Évreux: la de las «redes recíprocas». Se trata del intercambio del saber: yo sé algo, sé hacer algo, y acepto compartir este saber con otros. A cambio, como deseo aprender lo que no sé, formulo la petición. Todo saber se puede intercambiar; el ámbito de las propuestas y demandas es ilimitado. La asociación se encarga de establecer la relación. La fórmula es ágil: a la conveniencia de cada uno, bien sea en el local o en el domicilio de uno u otro de los socios. Así, Marie enseña solfeo a Xavier, que enseña inglés a Sylvie. Anne-Marie mejora el francés de Fátima a cambio de que ésta le confíe los secretos del té a la menta...

Jean-Michel me expresa su deseo de ser diácono. «Sabes que, normalmente, los que se preparan para el diaconado cursan estudios en la Escuela de Ministerios. Es una formación que dura dos años a lo largo de varios fines de semana al año». «De acuerdo -dice Jean-Michel-, me inscribiré».

Su respuesta categórica no simplifica, sin embargo, la tarea de los profesores. ¿Cómo dar una formación a los que no han cursado estudios, a los que no saben tomar notas en clase ni trabajar basándose en un libro? Habitualmente no son los pobres en cultura los que acuden a nuestros circuitos de formación.

Aceptar a Jean-Michel en la Escuela de Ministerios obliga a replantearlo todo, desde el equipo animador hasta los participantes, desde el contenido hasta la pedagogía. Porque aceptar a Jean-Michel es, sobre todo, reconocer su experiencia, su vida de fe, su lenguaje, su entorno social.

Gracias a Jean-Michel, el ensayo se ha transformado. Hemos ganado la apuesta.

«Acoger al extranjero, a la viuda, al huérfano»... Así se define la justicia en la Biblia: acoger a los otros, a los que no tienen nada.

Me avisan a menudo sobre casos de enfermos hospitalizados a los que procuro visitar. Pero procuro especialmente no descuidar los asilos. Estas casas están cada vez mejor equipadas, son más cómodas y modernas; mas no por eso dejan de ser la antesala de la muerte, y en ellas se respira la tristeza. La soledad de esos ancianos, unos sordos, otros paralíticos, otros mentalmente debilitados, es impresionante. Pregunto a las enfermeras: «¿Reciben algunas visitas?». Respuesta: «Los familiares apenas se acercan, salvo a fin de mes para recoger el dinero de la pensión». Las enfermeras añaden: «Las familias alegan sus buenas razones, diciendo que la visita no le servirá de nada; o también: "ya no le rige bien la cabeza"». Pero esas personas de edad, a las que se despoja de todo, no se hacen ilusiones. Saben que sus familiares las visitan por dinero; pero prefieren estos latrocinios familiares al total abandono.

Hay otro mal que azota cruelmente a nuestra sociedad y genera la soledad extrema: el sida. Hace poco, un detenido pidió hablar conmigo en una prisión. «El médico me ha hecho saber que padezco el sida -me dijo-. Tengo veinticinco años. Mi futuro está roto y no me interesa salir de la cárcel. Eso no cambiaría las cosas». La conversación duró algunos minutos. Me dio las gracias por haberle escuchado sin formular preguntas. «Yo tenía necesidad de confesar este secreto». En otra celda un preso comparte las cosas con un seropositivo y le obsesiona la idea de contraer el virus. Él también me consulta: «Si utilizo la navaja de afeitar, ¿también...? ¿Y si bebo en el mismo vaso?».

El número de marginados de toda clase va en aumento. Vivimos en un entorno donde sobra gente. El fracaso marca desde la escuela a aquellos que no llegarán al final del recorrido. La analogía con la parábola de los leprosos es impresionante: los leprosos agitan sus campanillas, que ahuyentan a los sanos y señalan a los proscritos. Pero Cristo se deja abordar, camina hacia ellos y los cura. La Iglesia no puede funcionar sin acercarse y acompañar a los pobres.



7

### ¿Es usted republicano?

«-¿Es usted republicano?

-Sí.

-¿Sin reticencias'?

-En absoluto».

Extrañas preguntas para ser hechas a un obispo, aunque la conmemoración del bicentenario de la Revolución Francesa justifique en parte la curiosidad. A mí me las formularon, sin previo aviso, ante los micrófonos de una radio periférica. Desde entonces me ratifico: republicano convencido de que la laicidad es necesaria. Aunque pase por ser el malo de la película en determinados medios eclesiásticos que no han digerido la Revolución de 1789 ni la separación de la Iglesia y el Estado en 1905.

Poco después de mi ordenación como obispo en Evreux, un normando, perfectamente enterado de los usos políticos del departamento, me previno: «La Iglesia de su diócesis no ha aceptado la Revolución. Sigue a la defensiva, y el ideal republicano de libertad y democracia no le sienta bien». Estas ideas, que implican en efecto la autonomía de las conciencias y de las leyes, fueron mal recibidas por el clero. La Iglesia católica -como les ocurre a los padres posesivos- tuvo la impresión de perder a sus hijos. La sociedad surgida de 1789 se configuraba al margen de las esferas religiosas.

Los historiadores constatan que la Iglesia no ha asimilado los valores surgidos de la Revolución; esto ocurre especialmente en Europa, aunque las otras Iglesias están muy influidas por la Iglesia romana. Todo el siglo XIX, salvo algunos individuos y algunas corrientes minoritarias, fue una larga serie de restauraciones y de condenas. Pío IX expresó y ratificó estas tendencias en 1864 con la publicación del *Syllabus*, catálogo de los errores del mundo moderno. El diálogo, la relación de la Iglesia con el mundo, está a cero. Se rechaza en bloque todo lo que recuerda de cerca o de lejos la libertad: el liberalismo económico, la libertad religiosa, la libertad de conciencia o de opinión, la autonomía del ser humano, el uso de la razón. La democracia se opone a la constitución divina de la Iglesia, que sólo puede ser monárquica y jerárquica. El racionalismo y las filosofías inspiradas en él quedan proscritos, el socialismo... En suma, todo lo que nutre al mundo moderno es sospechoso y objeto de rechazo. Esta mentalidad no ha muerto y reanima aún ciertas corrientes importantes en las Iglesias. Monseñor Lefèvre no es más que uno de los herederos de esta antigua familia, de esta larga tradición.

Por fortuna, la Iglesia vivía al mismo tiempo en el corazón de los cristianos humildes. Me refiero a las numerosas congregaciones religiosas fundadas durante ese siglo XIX para el cuidado y la educación de los pobres. Me refiero también al movimiento misionero. Algunas corrientes minoritarias se desarrollaron igualmente a finales de ese siglo y hasta nuestros días: los cristianos sociales, los que asumieron compromisos políticos, los que crearon la Acción Católica. Apoyados por teólogos animosos y lúcidos, estas corrientes permitieron con la fuerza del Espíritu la convocación y la obra del Concilio Vaticano II, concilio que marcó la hora providencial y oficial de la reconciliación de la Iglesia católica con el mundo moderno. Quizá fuimos ingenuos al creer que esa reconciliación se haría fácil, rápida y totalmente. En realidad, los antiguos demonios de la Iglesia no habían muerto. Hoy vivimos momentos menos felices, menos luminosos, pero no menos esperanzados.

La situación actual de la sociedad y de la Iglesia de Francia plantea cuestiones importantes que no podemos ya ignorar. En especial la laicidad. Es indispensable que la Iglesia busque un nuevo modo de situarse en relación con la sociedad civil. Que renuncie definitivamente a dominar esta sociedad o a pretender seguir siendo la única instancia capaz de decirle la verdad y orientar su conducta. Hemos de aprender a participar en los debates de esta sociedad sobre todas las cuestiones que plantea, en los campos de la ética, la escuela, la cultura, la economía, la paz y el desarme, y el medio ambiente, para la salvaguarda de la creación. Pero no somos ya los únicos poseedores de la única solución.

Yo desearía que mi Iglesia y sus responsables tuvieran en cuenta más a menudo y más en serio estas grandes cuestiones que hombres y mujeres plantean y en las que se debaten. Que reaccionáramos con mayor vigor a los acontecimientos dentro del espíritu del evangelio. Que abandonáramos de una vez el espíritu de cruzada y de reconquista.

¿En qué puede consistir una verdadera laicidad hoy? ¿Cómo pueden los cristianos, personalmente o en comunidad, situarse de modo útil y fraternal en una sociedad secularizada? ¿Cómo ayudar a nuestros conciudadanos a afrontar las dificultades éticas que van a encontrar? ¿Qué significa la fidelidad evangélica más allá de la ley y de la permisividad? ¿Cómo acoger fraternalmente al extraño y favorecer el diálogo que permita el encuentro de las culturas y la integración de las razas?

Los interrogantes que plantean las sociedades modernas se lanzan sin que nadie pueda proclamarse propietario exclusivo de las respuestas correspondientes. La laicidad implica una aceptación sin reservas del debate y del diálogo.

La Iglesia católica suscita hoy un cierto anticlericalismo en la prensa, porque parece ejercer una presión sobre las conciencias, y esta actitud resulta intolerable. No compete a una autoridad religiosa decidir qué película se puede ver o qué medicamento se puede tomar. La instancia última de la moralidad es la conciencia.

«Pero no piensen [los laicos] que sus pastores están siempre en condiciones de poderles dar inmediatamente solución concreta en todas las cuestiones, aun graves, que surjan. No es ésta su misión». Este texto del Concilio Vaticano II dice muchas cosas. Los católicos son un componente del mosaico democrático, como las otras religiones y corrientes de pensamiento: protestantismo, judaísmo, francmasonería, etc. La Iglesia romana, como una familia espiritual entre otras, tiene voz en el capítulo. No para reivindicar privilegios caducados, sino para contribuir al debate aportando la originalidad de su punto de vista, apoyado en su historia y en sus tradiciones.

No era precisamente esa mentalidad la que presidió el relanzamiento en 1982-1984 del debate sobre la dualidad escolar entre enseñanza pública y enseñanza privada. Me han acusado muchas veces de haber firmado un documento favorable a la escuela pública rubricado conjuntamente por responsables de la Federación de Educación Nacional, del partido socialista y del partido comunista. Yo quise simplemente dar testimonio. Mi actitud era razonable y partía de una pregunta que surgía espontánea: ¿Era Dios sectario en este asunto? ¿El catolicismo debía ir ligado a las escuelas denominadas libres, como algunos pretendían? A mi entender, la fe en Cristo no implica ninguna predilección ni por una ni por otra de las dos escuelas. Es más: creo que nuestra misión es acercarnos a los jóvenes allí donde se encuentren. Ahora bien, el 90 por 100 de los alumnos en Francia asisten a centros de enseñanza pública... Desde que estoy en la diócesis de Évreux, los centros llamados libres y católicos jamás me han invitado, mientras que los colegios públicos me han abierto sus puertas para que hable de los derechos humanos.

El problema de la catequesis de los miércoles es también significativo a este respecto. Afecta, evidentemente, a los ritmos escolares, pero también a la dimensión cultural de las religiones, extremo que es preciso distinguir cuidadosamente de la catequesis.

Muchas personas están de acuerdo hoy en considerar el hecho religioso como elemento básico de la identidad cultural. Asimilar esta dimensión de nuestra cultura parece una exigencia legítima. Por ejemplo, la función y la relevancia de la Biblia en nuestra historia. Toca a la escuela iniciar en esta dimensión cultural de las religiones. La catequesis, en cambio, que es una iniciación en la fe y en la vida sacramental de una comunidad, es responsabilidad de las Iglesias.

En este tema de la catequesis el clima no debe ser de sospecha, desconfianza o lucha. La libertad necesita medios de expresión para existir. Y las libertades son inseparables.

En una sociedad democrática y pluralista la Iglesia católica pierde poder. Inevitablemente. Pasa a ser un agente social más. Hace oír su voz entre otras voces. Es una familia espiritual entre otras. El Comité Nacional de Ética es un buen ejemplo de este concierto de opiniones, de esta concertación. Yo desearía que los hombres y mujeres de hoy no considerasen a la Iglesia católica como la única instancia moral con la pretensión de hablar para todos. La creación de comités de ética es un fenómeno nuevo que debe alegrarnos a todos. En ese contexto, la Iglesia católica no reivindica ningún privilegio ni hace presión. Se descarga del peso excesivo que supone ejercer una autoridad sobre el conjunto de la sociedad. Ella no es «líder». La laicidad es un aporte de oxígeno que debe permitir la expresión de las diversas familias espirituales y corrientes de pensamiento existentes. Dicho esto, es importante que la Iglesia católica haga oír su voz en los debates de la sociedad; es un servicio que debe prestar.

Me impresionan e interesan las importantes cartas publicadas por el episcopado de los Estados Unidos en los últimos años. Esos documentos sobre la paz y la economía han tenido un gran eco en Francia y en Europa. Yo he admirado su método de elaboración y la muy amplia consulta que precedió a la redacción definitiva. El realismo y el vigor de las palabras episcopales al otro lado del Atlántico son ejemplo para todas las Iglesias.

Desde hace algunos años, determinadas comisiones de la Conferencia Episcopal Francesa se esfuerzan también en responder a las cuestiones y a las necesidades de los hombres y las mujeres de este país. Varios documentos han influido realmente en la opinión pública y en las comunidades cristianas. De entre tales comisiones, la Comisión Social es, sin duda, la que mejor ha trabajado, analizando las causas y las consecuencias de la crisis económica actual, proponiendo algunos elementos de solución y alertando certeramente a una opinión pública que cierra los ojos con demasiada comodidad ante las situaciones de injusticia que se multiplican en todas partes.

Para el lector interesado señalaré muy especialmente tres de esos textos: «Por un nuevo modo de vida» (1986), «Crear y compartir» (1988) y «Los encuentros de la solidaridad» (1988). Este último documento emana del conjunto del episcopado.

Lamento, no obstante, que no seamos más realistas, más concretos en nuestras declaraciones, que suelen ser demasiado teóricas. Lamento también que no sean el resultado de una amplia consulta entre muchas personas competentes y entre los más afectados, que sufren el peso de la crisis económica. Se habla demasiado de ellos sin cederles la palabra... y el episcopado de Francia no se libra de este defecto.

Me gustaría, en fin, que las comunidades más humildes fueran consultadas y que el debate se entablara a su nivel. Quizá nuestras palabras ganarían en audiencia y en eficacia cerca del público.

La insistencia de los medios de comunicación en temas que yo estimo secundarios me irrita. Se diría que concentrando la atención en la sexualidad se intenta desviar al catolicismo de una misión esencial: la denuncia de la injusticia y del poder del dinero. He lamentado igualmente que en diciembre de 1988 los periodistas que durante *L'Heure de vérité* entrevistaban a monseñor Decourtray, arzobispo de Lyon y presidente de la Conferencia Episcopal, sólo hubieran abordado temas relativos a la vida privada. Polarizar a la Iglesia en el sexo es desprestigiarla.

Nos equivocamos de lucha. ¿Por qué las intervenciones de los obispos en materia social no encuentran un eco mayor? En 1987, por ejemplo, la Comisión Episcopal del Mundo Obrero publicó lo siguiente, que reproduzco en forma extractada: «¿Habrán personas sacrificadas en el ámbito de la alimentación, del trabajo, de la protección social, de la instrucción, de la nacionalidad, del acceso a la vida? No podemos aceptar un mundo cuya lógica sea producir cualquier cosa con tal de que rinda beneficio, se venda y dé poder; un mundo en el que el éxito financiero oculte los fallos económicos; un mundo en el que se distribuyan desigualmente los esfuerzos y los sacrificios. El Espíritu de Cristo no nos dejará en paz mientras haya excluidos y marginados». Este texto pasó inadvertido.

Desde mi llegada a Évreux he tenido contacto con bastantes francmasones (no hay que olvidar que los francmasones ejercen una notable influencia en mi departamento). Hace poco me invitaron a una «sesión blanca», es decir, una conferencia-debate abierta a los iniciados en la sede del Gran Oriente de París. Fue una sorpresa. El acto se celebró ante una asamblea de cuatrocientas personas atentas y motivadas. Yo les hablé del evangelio, de la libertad. Hubo comunicación. Mis interlocutores me formularon preguntas sobre la laicidad, la tolerancia, la Iglesia católica con su dogmatismo, su intransigencia. Uno de ellos me preguntó: «¿Puede decirme con franqueza si un sacerdote puede ser francmasón?». Le repliqué sin vacilar: «Esta noche, en su asamblea, hay un sacerdote».

El encuentro hizo caer muchos prejuicios. Los francmasones, por otra parte, no son personas desconfiadas. Tienen el sentido de lo humano. Su confianza en el espíritu científico, su fe en la razón (opuesta al oscurantismo), son conquistas de la Revolución Francesa.

Es importante, sin embargo, mantener viva la dimensión espiritual, inherente también al individuo. Más allá de lo racional, herencia de la Ilustración, subsisten el misterio de Dios y la búsqueda insaciable de la verdad.

La cuestión de la paz y del desarme me da ocasión para tener múltiples encuentros, en los que se reúnen «artesanos de la paz» llegados de horizontes heterogéneos. Recuerdo los movimientos europeos en favor del desarme nuclear que celebraron su quinta convención en Évry el año 1986, o las asambleas nacionales del Movimiento de la Paz. Siempre encuentro ocasión para pronunciar una palabra. Mi intervención es una más. Así, el año 1987 sostuve en Gennevilliers que la fraternidad entre los pueblos se puede buscar sin duda «desde arriba», por ejemplo mediante acuerdos como el de Helsinki o las negociaciones sobre el desarme, pero también «desde abajo», favoreciendo los contactos entre ciudadanos, los intercambios culturales y los debates de ideas por encima de las fronteras. Los movimientos en favor de la paz y el desarme serán tanto más creíbles para la opinión pública si llegan a trabajar conjuntamente en el Este y el Oeste. Por eso declaré que descubriría un signo de esperanza en la formación de una verdadera solidaridad entre objetores de conciencia franceses y polacos o en la participación de un cristiano de la diócesis de Évreux en un seminario internacional celebrado en Varsovia por iniciativa del movimiento «Libertad y Paz».

Y subrayé, como de costumbre, la importancia de buscar medios de defensa no violentos. Es normal y legítimo para un pueblo proveerse de los medios necesarios para defender sus valores

esenciales, su libertad, su dignidad. Si queremos el desarme, sólo podremos hacerlo de modo responsable y realista, buscando y proponiendo medios no militares para defender lo que vale la pena defender. Es una vía nueva, todavía por explorar. No creo que el evangelio transmita un mensaje de no resistencia, sino de no violencia. Invita a buscar el modo de arreglar los conflictos sin dejar de respetar al adversario... La forma en que el pueblo de Filipinas logró, en febrero de 1986, derrocar el régimen del presidente Marcos constituye, a mi juicio, un buen ejemplo de la lucha por la verdadera paz con medios no violentos.

La invocación de la paz es inútil si no se traduce en un trabajo concreto, con todos los riesgos, debates y oposiciones que tal compromiso suscita. Hacer la paz es el mejor modo de «tener paz».

En una sociedad laica, democrática y pluralista la Iglesia, repito, debe renunciar a desempeñar un papel de líder. Se ve obligada a adoptar una actitud diferente según los distintos interlocutores. Veo en este punto un reto saludable. Pero esa actitud no es tan simple.

Desde hace varios años los obispos franceses reunidos en asamblea han insistido en que la Iglesia debe encontrar una identidad más clara y los cristianos deben reconocerse y vivir en una mayor unidad. Es cierto que la Iglesia de Francia ha atravesado una fase de desintegración y que los cristianos que a ella apelan eligen opciones muy diversas. Ha consumido tiempo y gastado energías tratando de atenuar la crisis causada por la exclusión de monseñor Lefévre. Se han tomado iniciativas para reintegrar a fieles, seminaristas y sacerdotes, haciendo muchas concesiones a las tendencias integristas. Así, la comunidad monástica de Baroux, en Vaucluse, ha recibido favores inhabituales. Se vive hoy un período en el que los obispos desearían una mayor «visibilidad» para sus Iglesias. Ya no se habla tanto de ocultación, de levadura introducida en la masa para hacerla fermentar, como de ciudad construida sobre el monte y de lámpara encendida, bien colocada para que pueda iluminar toda la casa.

Ello favorece en cierto modo un centralismo autoritario... Yo me pregunto si tales orientaciones y modos de proceder son buenos. Parece, al pronto, que el soplo del concilio ha cesado. Aquella gran esperanza que suscitó nuestra Iglesia y dinamizó a tantos sacerdotes, religiosos y laicos queda ahora cuestionada por corrientes contrarias, más frías. La apertura al mundo, el deseo de encontrarse con otras religiones y con los increyentes, todo esto parece ceder ante preocupaciones más medrosas de reorganización interna, de redefinición doctrinal. La teología y la espiritualidad de la encarnación, que constituían el espíritu de aquel concilio y de los años que siguieron, ceden el paso gradualmente a corrientes más «espirituales», menos atentas a la vida real de las personas.

Los grupos carismáticos experimentan un verdadero auge. Llaman a la conversión personal y proponen la cura de los corazones. Pero ante las injusticias sociales no intentan actuar con otros para cambiar las estructuras. Muchos de ellos rechazan la política. En cuanto al Opus Dei, que hoy experimenta una extraña expansión, parece poseer una estrategia de poder tanto más peligrosa por ser oculta.

Es imposible ignorar las palabras de un Marcel Légaut, que confiesa su sufrimiento ante lo que ocurre en la Iglesia:

«¡Con qué seguridad [la Iglesia] zanja cuestiones cada vez más complejas sin considerar sus dimensiones! ¡Con qué firmeza, de una violencia solapada, rehusa confiar en los cristianos que buscan soluciones a problemas radicalmente nuevos! ¡Con qué altivez los trata cuando no aceptan plegarse a los modos de pensar y a la disciplina del pasado! ¡Qué derroche en el rechazo de tantos buenos servidores, que muchas veces están entre los mejores!».

«Ese derroche lleva insensible e inevitablemente a mi Iglesia, pese a la presencia en ella de algunas personalidades fuertes y sólidas, a una mediocridad generalizada... Para preparar el futuro, las autoridades sólo saben ya volverse al pasado que las promovió, del que proceden y del que son prisioneras. Así mueren todas las aristocracias» (*Le Monde*, 21 abril 1989).

## 8

**Y el evangelio seguirá su curso...**

La Iglesia tiene el futuro ante sí. Pero está condenada a cambiar de rostro, y este cambio se anuncia problemático, debido a su pasado. La herencia pesa y los accidentes del camino son inevitables. La Iglesia se parece a la antigua fuente del pueblo: sigue haciendo correr el agua que apagó la sed de generaciones pasadas y que apaga también la de las generaciones actuales.

En nuestra época los puntos de referencia desaparecen. Vivimos en precario. ¿A qué podemos aferrarnos? ¿Cómo señalar la ruta? ¿Dónde encontrarle un sentido a la vida? En el camino de los hombres, la Iglesia es un signo, una luz, un fermento.

Pertenece a una sociedad secularizada en la que muchos bautizados se convierten en increyentes y, sobre todo, indiferentes. A juzgar por la observancia dominical o por la participación de los niños en la catequesis, debemos reconocer un descenso constante de tales prácticas. A principios de siglo, uno de mis predecesores en la diócesis de Évreux hacía la gira de las parroquias para administrar el sacramento de la confirmación. Viajaba en calesa con su secretario. Durante su periplo confirmaba a seiscientos, ochocientos, a veces mil niños de siete años. Las iglesias no tenían espacio suficiente. La realidad es hoy muy distinta. La práctica dominical no supera el diez por ciento en la diócesis de Évreux y desciende hasta el dos por ciento en algunas parroquias. Menos del cincuenta por ciento de los niños recibe enseñanza religiosa.

Semejante situación provoca la reacción de los cristianos, y eso es bueno: la fe no es algo espontáneo. La fe no es ya tradicional ni se transmite automáticamente en las familias, de generación en generación. Ha vuelto a ser una opción libre, un compromiso mucho más evangélico que religioso. La persona de Cristo, su palabra y su acción son el corazón de esta fe, porque la práctica religiosa tradicional no puede ser ya el único criterio de pertenencia a la Iglesia; los retos evangélicos cuentan hoy más.

Es fabuloso encontrarse con hombres y mujeres que viven hoy la aventura del evangelio. Una pareja y sus cuatro hijos habitan en una casita normanda. Su vida cotidiana es sobria. Son vegetarianos y viven en contacto con la naturaleza. Están comprometidos con la no violencia y la ecología. La calidad de su vida y de su amor es un signo que muchos perciben y aprecian. Respiran felicidad, y uno se siente mejor a su lado.

Una familia con cinco niños acoge constantemente a ex presos. Su puerta está abierta incluso los días festivos.

Véronique y Fabien se preparan conmigo para el matrimonio. Llevan el evangelio en la sangre y siguen atentamente el curso de la ceremonia religiosa. Muchos de sus amigos, en efecto, no son creyentes, y Fabien, que está acabando sus estudios de medicina, cree que será «la primera vez que declare ante ellos sus convicciones». Han querido que la mitad del dinero recibido como regalo de bodas se destine al CCFD (Comité Católico contra el Hambre y para el Desarrollo), para un proyecto de ayuda en Palestina.

André, preso en una cárcel del Norte, me escribe periódicamente. «No soy ningún santo, soy un golfillo que ha descubierto a Jesús en una celda de prisión... Me he encontrado con Jesús y lo he aceptado como salvador. Desde entonces todo ha cambiado. Creo en el Dios vivo de todo corazón».

Estoy despachando una cena rápida en el barrio Montparnasse de París. Son alrededor de las nueve y media de la noche cuando se me acerca un joven: «¿Usted es el obispo de Évreux?». Respondo afirmativamente. «Nunca había imaginado que un obispo pudiera comer aquí. ¿Puedo sentarme?». Se llama Nicolás, estudia matemáticas y prepara unas oposiciones para profesor. Nicolás no es creyente. «Después de las oposiciones, ¿podré ir a Évreux para continuar esta charla?».

Al día siguiente, alrededor de las diez de la noche, compro un periódico en el drugstore Saint-Germain. La misma escena: dos jóvenes en cazadora negra se acercan: «¿Usted es el obispo de Évreux?... Lo que usted hace está muy bien. Necesitamos personas así».

Estas demostraciones son importantes para mí. Las veo como testimonios de esperanza, de una semilla que un día nacerá. Un público desconocido espera algo de la Iglesia, y yo deseo dar testimonio de esta buena noticia que transfigura la vida. A condición de no fijarse sólo en el obispo. A un periodista de *Ouest-France* que deseaba hacer un reportaje en Évreux le aconsejé que lo hiciera sobre el terreno. «Observe y tómese tiempo. Hay todo un pueblo que vive». Tuvo la cordura de aceptar. Porque es este pueblo el que da actualidad al evangelio y permite comprender a la Iglesia en profundidad, el que lleva el evangelio por los caminos de la historia. Centrarlo todo en el obispo produce un desequilibrio eclesial.

En una reciente emisión radiofónica, muchas preguntas versaban sobre la sexualidad, la moral y los preservativos. Yo hice observar: «La Iglesia no tiene una especialidad. Su terreno privilegiado no es la moral privada». Y recordé la carta de un sacerdote, muy significativa: «Los denominados problemas sociales son sin duda importantes. Pero, mirándolos de cerca, me parecen secundarios frente a los problemas del poder, sobre todo del poder económico y financiero. ¿Es posible callar, si se quiere ser fiel al evangelio, ante el cinismo de los poderosos, ante la idolatría del dinero, ante la especulación (48 por 100 de alza en la Bolsa en 1988), ante el desmantelamiento de los logros sociales, ante el aumento de la precariedad, ante el auge del feroz individualismo y ante la persecución a los militantes sindicales? (...) Muchas personas bien situadas tienen interés en que la Iglesia se ocupe sólo de problemas sexuales o cuestiones internas. Así se sienten tranquilas para hacer sus negocios sucios. No les importa que la Iglesia pierda influencia ante la opinión pública por su torpe actuación y su lenguaje desfasado. Lo que temen, y usted lo sabe, es una palabra valiente que denuncie la injusticia, la explotación del orgullo y del placer, la codicia de los bien situados, el desprecio de los humildes. Hoy, más que nunca, hay que decirles: ¡ay de vosotros, los ricos!». Y termina su carta con esta advertencia: «Si usted avanza por este camino, sufrirá todavía más. No será ya únicamente el obispo calificado de progresista o contestatario, sino el hombre al que hay que abatir».

Los medios de comunicación son de extrema importancia para anunciar la buena noticia. Sin ellos no sería posible la difusión del evangelio. En cuanto a la televisión, puede llegar a los presos en su celda, a los pacientes de los hospitales psiquiátricos, a las familias que nunca van a los templos. Y mediante la radio se puede acceder a los automovilistas que salen a trabajar, a los agricultores que recogen la remolacha, a los enfermos que están a la escucha. Ciertas frases expresadas en la prensa escrita llegan muy lejos: recibo cartas procedentes de Tierra Adelia, Japón o Brasil que dan testimonio de ello.

Su contenido me reconforta:

«Hace tres años -escribe una de mis comunicantes- yo, la pequeña "pagana", escuché sus palabras sobre los marginados. Vi reflejadas en ellas algunas de mis preocupaciones. Una vez fui a verle, pero en mi timidez no supe decir nada. Entretanto he recibido el bautismo y he descubierto que esa palabra de Jesús, dirigida sobre todo a los humildes y los marginados, era una mensaje de



libertad también para mí. Es una hermosa paradoja y doy gracias cada día a aquel que le puso a usted en mi camino para conocer el evangelio».

Otro ejemplo: «Yo le escuchaba el otro día en *Radioscopie*. Usted repetía que la película de Scorsese planteaba algunas cuestiones sobre Jesús. Después de haber visto la película, mi hijo, mayor, de veintitrés años, estudiante en una escuela de ingenieros y carente de toda educación religiosa, me preguntó: "¿Por qué evangelio empezamos?". Yo le respondí un poco al azar y siguiendo mi gusto personal: "Lucas". Su pregunta me ha hecho reflexionar. Usted arroja semillas que crecen, incluso en terrenos inverosímiles».

Cuando leo estos mensajes me acuerdo de Pablo y Bernabé y del éxito de su experiencia misionera: «Llegados, reunieron la Iglesia y contaron cuanto había hecho Dios con ellos y cómo habían abierto a los gentiles la puerta de la fe» (Hech 14,27).

A veces me entienden mal. Una mañana, en pleno caso Albertini, me telefona un católico de Évreux, descontento: «Ayer le vi en televisión y me parece lamentable que no aprovechara la ocasión para decir que reza o va a rezar por Pierre-André Albertini». Me acusa de haberme olvidado de la oración. Respondo: «No pensé en eso», pero añado: «Creo que me abstuve porque no me dirigía a cristianos». Me acordé de la frase de Simone Weil: «No es el modo como una persona habla de Dios lo que me permite saber si ha morado en el fuego del amor divino..., sino el modo como me habla de las cosas terrenas».

Porque los medios de comunicación son un lugar de acción misionera, aunque la palabra aparezca a veces en ellos deformada, retocada y traicionada. El trato amistoso con los periodistas del departamento de Eure facilita un conocimiento, comprensión y estima recíprocos. Cuando hay «tormenta», no me importunan y les bastan unas palabras para comprender mi situación. A veces, leyendo sus artículos, entiendo mejor lo que quise decir. De todos modos, ellos saben que no les niego nada.

Las reacciones posteriores a una emisión son, en cambio, excesivamente divergentes. Unos dicen: «escandaloso», «lamentable», y otros aplauden: «muy bien», «magnífico». Pero yo intento hablar un lenguaje accesible a todos, sin exceso de términos religiosos. Se me acusa de reaccionar inmediatamente a los acontecimientos y actuar como si no tuviera tiempo que perder. Los cristianos de Eure están un poco irritados de ver cómo las cámaras simplificadoras se detienen siempre en el obispo. Yo los comprendo, les doy la razón y sonrío escuchando sus comentarios: «Mira, el padre Gaillot sale una vez más en la tele». O bien: «¿Has oído a Jacques? Ahí pega fuerte». O también: «De todos modos, nada le impedirá hablar». Yo espero, sin embargo, que llegue un día en que la palabra del obispo se prodigue menos porque el pueblo de Dios, en su diversidad, se exprese en todos los campos.

En el diario *Ouest-France* aparece el siguiente titular: «Évreux, la diócesis en ebullición». ¿Por qué? Porque ha entrado en sínodo. Un acontecimiento prometedor, un nacimiento. La Iglesia de Évreux está en gestación, a punto de nacer o, más bien, de renacer. Durante tres años los fieles van a reflexionar en todas partes sobre estas tres preguntas: «Donde usted vive, ¿qué es lo que más le preocupa actualmente? ¿Qué está realizando? ¿Qué le gustaría poner en marcha?». Es un esfuerzo decidido de reflexión prolongada para los cristianos de siete a setenta y siete años e incluso para los no creyentes.

El sínodo es un camino que se recorre colectivamente, un largo camino. Esta aventura espiritual dará nuevo aliento y vigor evangélicos a la Iglesia diocesana. Este gran impulso que pone en marcha a los cristianos los sostendrá y animará para que vivan como auténticos testigos del evangelio.

El sínodo invita al viaje, al encuentro, a la participación. En el tren, un hombre de unos cuarenta años viene a sentarse junto a mí y se presenta: trabaja en París, vive cerca de Évreux, se define como católico no practicante, alejado de la Iglesia desde hace mucho tiempo y confiesa haber descubierto, con ocasión de la muerte de un familiar, la importancia de la actividad de los laicos en su parroquia. Siente curiosidad por el tema y desea hablar de él. Pero ¿a quién? El azar ha querido que se encuentre conmigo en el tren. Pero cuántos otros se refrenan por falta de interlocutores... El sínodo les da la palabra.

La Iglesia pasa a ser un asunto de todos los bautizados. Los cristianos redescubren la importancia de este sacramento y aprenden con gozo a «hacer Iglesia». Los sacerdotes, los diáconos, los religiosos y religiosas y los laicos son socios y trabajan juntos en la misma misión. La vida humana se convierte en el lugar de la fe. Son los frutos del concilio. Es la intuición de la Acción Católica.

El camino es largo. Si los bautizados desean compartir su fe, responder a los cuestionamientos de los no creyentes, asumir responsabilidades en la Iglesia y leer los signos de los tiempos, no se pueden quedar en la simple iniciación de la catequesis. Es indispensable una profundización de su fe por medio del conocimiento.

Los cursillos de capacitación viven un período de expansión. La FAC (Formación para el Futuro de las Comunidades) y la Escuela de Ministerios (en las que se adquiere una experiencia de la Iglesia diocesana) preparan a los laicos, en un ciclo de dos años, para ejercer mejor sus responsabilidades. Se dedican cursos de iniciación, los jueves o en clases nocturnas, a los temas de Cristo, misión de los cristianos y relación entre la fe y la vida. Los grupos bíblicos tienen gran aceptación; permiten acceder a las fuentes de la palabra divina. Se organizan, en fin, conferencias abiertas a todos los públicos. Recientemente han intervenido dos laicos: Jean Delumeau, del Collège de France, sobre el tema «Lo que yo creo», y Pierre Pierrard, del Institut Catholique de París, sobre el tema «La Iglesia y la Revolución». ¡Qué gran testimonio han dado! Gracias a sus experiencias, los bautizados tienen ahora acceso a una formación que antes se reservaba a los sacerdotes y religiosos.

Pero no faltan las dificultades y los sufrimientos. Muchos cristianos pierden impulso a fuerza de estar callados. En algunos sacerdotes hay un desánimo que no nace sólo de la fatiga. Ellos trabajaron por una Iglesia abierta al mundo, solidaria de los más pobres. Y ahora tienen la impresión de que habría sido mejor no haber realizado todo ese esfuerzo de *aggiornamento* del concilio. Son muchos los que les hacen responsables de un cierto fracaso de la Iglesia: «Los seminarios se vacían, los templos se vacían».

Un sacerdote ordenado en 1953 me dio el siguiente testimonio que confirma lo dicho antes: «El Concilio Vaticano II trajo una bocanada de aire fresco a la Iglesia, y eso me alegró mucho. Sin ese concilio es posible que yo no fuese hoy sacerdote. Difícilmente podría arrepentirme de lo que hice en mis primeros años de ministerio; por eso me producen mucho malestar los intentos de restauración que se están produciendo. Y me extraña mucho que los obispos de Francia, en su asamblea, no reaccionen con más vigor ante los nuevos intentos de dominio por parte de la curia romana. Al igual que muchos sacerdotes de mi generación, he trabajado por dar vida y hacer crecer a un pueblo de Dios responsable, he invitado a los cristianos a la celebración comunitaria de la reconciliación, que nos parecía un avance real respecto a la confesión privada tradicional. Personalmente, no he comprendido las medidas tomadas por nuestros obispos en lo relativo a esas celebraciones. Yo también estoy irritado por las decisiones del Vaticano, de los obispos de Francia, etc. No se preocupe, no tengo intención de abandonar la Iglesia; pero me impresiona el desánimo de bastantes sacerdotes de mi generación que, al llegar a la edad de la jubilación, sólo

piensan en retirarse; es una pérdida para la misión. Le deseo mucho valor en la dura lucha que sostiene».

Sin embargo, son pocos los que abdicán. Al contrario, convierten su desolación en nuevo impulso misionero. Han entregado su vida por Cristo y desean seguir trabajando por Él -quizá con la mediación del obispo-. Lo cierto es que me escriben y me ruegan que no dimita. «Tenemos necesidad de usted -me asegura uno de ellos-. No nos abandone». Otro escribe: «Soy sacerdote desde hace cuarenta y tres años. Le suplico que conserve su impulso misionero. Esta mañana oré por usted al meditar sobre el capítulo segundo de Ezequiel. Un abrazo afectuoso».

Vamos a vivir en Europa un momento muy importante. El 1 de enero de 1993 la construcción de la Comunidad Europea inicia una etapa crucial. Entrarán en vigor las decisiones elaboradas por los jefes de Estado de los doce países comunitarios: abolición de las fronteras, libre circulación de bienes y de personas, armonización de las leyes y de las normas de producción, moneda común, equivalencia de títulos... ¿Seguirán las Iglesias el movimiento? De momento son muy nacionales y poco europeas. Cada cual conserva su independencia, a pesar de algunos modestos intercambios y visitas. Corremos el riesgo de quedarnos solos si no asumimos nuestra realidad en común. Los recursos de la Iglesia son muy dispares en unos u otros países. La situación de los sacerdotes y sus condiciones de vida son también muy diversas. Hay un desequilibrio entre las Iglesias, unas con abundancia de vocaciones y otras con un clero que envejece y disminuye en número. Otro tanto cabe decir de la formación de los sacerdotes y de los laicos. Tenemos palabras de aliento, pero no pasamos a la práctica.

Hay otra situación aún más grave. En el momento en que ha sonado la hora de la unidad entre las naciones, seguimos dando el espectáculo de las divisiones entre las Iglesias cristianas. El ecumenismo es menos vivo hoy que en un pasado reciente. El deseo de avanzar por este camino se ha enfriado notablemente, y la hora de la comunión recuperada se demora más y más. Cuando los europeos parecen sellar la paz definitiva, los cristianos son casi los únicos que mantienen la desunión.

A veces envidio lo que nuestros hermanos, los obispos de América Latina, supieron crear en los años inmediatos al concilio. El CELAM es un organismo extremadamente fecundo que ha puesto en práctica las grandes intuiciones del Concilio Vaticano II. La conferencia de los obispos de Asia, menos conocida, es también eficaz en ese enorme continente, donde la Iglesia es minoritaria. Y me alegra oír hablar de un sínodo de la Iglesia de África. Sólo la vieja Iglesia de Europa renuncia a darse los medios para realizar esa comunión.

A las puertas del tercer milenio, la Iglesia está llamada a mirar más allá de sus fronteras. Basta escuchar a los que llegan de lejos: Brasil, Chile, África negra o Filipinas. Hay extensas tierras que la semilla evangélica debe fecundar y que darán al cristianismo «romano» un rostro menos mediterráneo, menos occidental y más conforme al deseo de Cristo, que dio su vida para que todos los hijos de Dios fueran congregados en la unidad.

El futuro no reside en resucitar el pasado. Un determinado tipo de Iglesia está muriendo. Yo no he dudado nunca de la fuerza del evangelio y de la admirable vitalidad de la Iglesia cuando se construye a partir de los pobres. A la Iglesia no le falta inteligencia ni capacidad de análisis, sino el valor de afrontar el futuro.

## II REFRENDO

### Entrevista

#### Aclaración

«Si la Iglesia no sirve, no sirve para nada...»

*Cuando uno le escucha o le lee, observa que sus posiciones contrastan netamente con las del episcopado. ¿No se siente un obispo marginal?*

No. Obispo de los marginados. O que intenta serlo. Por otra parte, el pluralismo de opinión es deseable entre los obispos. Yo reclamo el derecho a la diferencia.

*Usted lo reclama. Pero ¿lo obtiene?*

De momento, sí. En la historia reciente no faltan ejemplos ilustres que muestran una libertad de opinión y de intervención. Me refiero a los cardenales Suhard, Liénart, y Saliége, a monseñor Riobé... Pero los tiempos que corren son difíciles.

*¿Podrían hoy hacer lo que hicieron? Ellos pertenecían a otra generación, la de la guerra, durante la cual la Iglesia (digámoslo crudamente) se había desprestigiado ampliamente con su colaboracionismo. En cambio, en la Liberación una parte de la institución eludió el funcionamiento jerárquico ordinario. Esta libertad de pensamiento culminó en los años sesenta con el Concilio Vaticano II. Pero ¿se pueden permitir hoy las disidencias?*

Sin duda, si son evangélicas. La vida de Jesús fue una constante disidencia, y su muerte fue la mayor de todas. Su familia decía que había perdido la cabeza.

*Hemos aludido a la guerra. ¿Ha revisado la Iglesia su pasado? ¿Han revisado los obispos los temas vidriosos de la época, como la cuestión de los judíos y la bendición otorgada al régimen de Vichy?*

Que yo sepa, no. Ante el drama que aplastó al pueblo judío durante la guerra, tengo que lamentar el silencio difícilmente comprensible del episcopado francés y de Roma.

*¿Cómo entiende usted la actitud de ciertos sacerdotes hacia Paul Touvier y qué habría hecho si él le hubiera solicitado hospitalidad?*

No comprendo esa actitud y me asombra. ¿Cómo se puede proteger a una persona cuando se sabe que ha cometido crímenes? Eso es querer sustraerlo a la justicia. Es también manifestar una complicidad ideológica. Yo no hubiera denunciado a Paul Touvier, pero le habría pedido que se entregara a la justicia. Una cosa es ayudar a una persona en apuros y otra muy distinta protegerla. Un crimen contra la humanidad no puede caer en el olvido.

*Con el Concilio Vaticano II la Iglesia implantó nuevas estructuras colegiales. ¿Favorecen tales estructuras el diálogo?*

La colegialidad es aún de fachada y no llega a traducirse en una colaboración efectiva. Estamos a medio camino entre el poder central de Roma y la independencia de cada obispo en su diócesis. El impulso más democrático y descentralizador del concilio no ha dado aún sus frutos.

*Pero usted se siente a veces asfixiado, sobre todo en Lourdes durante la Conferencia Episcopal anual. Concretamente, ¿qué se puede hacer para que ese encuentro deje de ser un ritual agobiante?*

El aire de Lourdes es dinámico. Puede creerlo. La práctica del debate democrático debe hacerse sobre el terreno: con los cristianos. Hoy se advierte un impulso democrático entre los laicos. A medida que los obispos tengan la experiencia de un debate en medio de su pueblo, la práctica de la Conferencia Episcopal se irá modificando. Lo primero es el terreno.

*¿No padece la Iglesia de una excesiva jerarquización? ¿No hay un abuso piramidal tanto en su pensamiento como en el funcionamiento de la institución?*

La Iglesia es el pueblo. Pero cuando un periodista llega a Évreux, quiere estar con el obispo; no se ocupa de los cristianos de la diócesis. Y cuando los focos se proyectan sobre el obispo, estamos en la Iglesia escaparate.

*¿Le disgusta ver que algunos dirigentes de la Iglesia de Francia, como el cardenal Lustiger, se hayan convertido en «estrellas»?*

Me disgusta ver que la Iglesia no se pone del lado de los marginados, de los inmigrantes, de los derrotados. Dios está siempre con los perdedores. Cuando la Iglesia hace esta opción prioritaria por los pobres, los obispos se transforman. En este contexto no hay nada que temer sobre su misión.

*¿Hay que restaurar, por el bien de la Iglesia (y como parece opinar el cardenal Lustiger), el discurso del poder religioso? Usted parece caminar en sentido contrario, ¿no?*

Yo no rechazo el espacio religioso que se quiere restaurar, en tanto que no se confunda con la revelación cristiana, como no se confunde el cristal con su ganga. La búsqueda del sentido y el uso de las referencias simbólicas son necesarios en nuestra sociedad moderna. Yo creo que la fe cristiana brota entre los crujidos de una religión multiforme, en la fisura de las certezas sociales, militares... y religiosas.

*¿Cuál es su opinión?*

Personalmente, mi atención se dirige a las manifestaciones del Espíritu en la acción, la lucha y la solidaridad de los hombres y las mujeres de hoy. Porque yo creo en el hombre, y la religión es uno de los medios para su crecimiento.

*En términos generales, ¿no cree que la Iglesia manifiesta hoy, más que nunca, su miedo a la modernidad?*

Sin duda. En lo que a mí respecta, no le tengo miedo a la modernidad. Me gusta el mundo de esta época con sus nuevas cuestiones, sus situaciones inéditas y sus posibilidades fantásticas y terribles. Estamos aprendiendo a ser ciudadanos del mundo, solidarios y responsables de hacer la tierra habitable para todos.

*Usted da su opinión personal. Pero ¿no está comprometida globalmente la Iglesia de Francia en una forma de regresión alimentada por la nostalgia de la cristiandad perdida?*

Hay en la Iglesia católica (de Francia y de otras partes) fuerzas regresivas. Es una corriente muy lamentable. Pone sordina al gran mensaje de liberación del evangelio.

*¿Los obispos alientan ese movimiento o se dejan llevar de él?*

Los obispos están con su pueblo. Conocen las presiones del entorno y se preocupan de preservar la unidad.

*¿No pierde la Iglesia su libertad? ¿No se encierra en la seguridad del dogma?*

La Iglesia pierde su libertad cuando se preocupa de sí misma, cuando pacta con los poderosos, cuando se apegas a las riquezas. Y recobra una admirable libertad cuando opta por los pobres y denuncia las injusticias.

*¿No está amenazada la herencia del Concilio Vaticano II?*

La verdad es que ha sido maltratada. Pero el pueblo de Dios siente en su interior una savia poderosa. Nada la detendrá. El período invernal que entumece a la Iglesia no impedirá la llegada incontenible de la primavera.

*¿No le asusta la descristianización de la vida social y cultural?*

No. Es un proceso inevitable. En una sociedad laica, democrática y pluralista, la fe cristiana pasa a ser una opción libre y un compromiso. Siempre me ha admirado ver cómo personas sencillas dan testimonio del evangelio en nuestra sociedad moderna. En este contexto, el increyente merece la atención del hombre de fe.

*Pero ¿ser hombre de fe no equivale hoy a ser un hombre dispuesto a la reconquista?*

Reconquista no rima con evangelio. El espíritu de reconquista me subleva. Sabe a intolerancia. En el evangelio me gusta ver a Jesús pidiendo de beber a una mujer. Está cansado de la caminata y tiene sed. Empieza pidiendo y no dando. Cuando Jesús haya bebido del agua que le da la samaritana, hablará del agua viva. Los cristianos tienen necesidad de los demás. Reciben y dan. Escuchan y hablan. Siempre dentro de un espíritu de solidaridad y de reciprocidad.

*Sin embargo, ¿no tiene usted la impresión de que el rito y la imposición son en la Iglesia actual los signos de la adhesión; de que el sábado no está hecho para el hombre, sino el hombre para el sábado?*

La adhesión impuesta no llega al corazón del hombre. La pastoral del miedo no respeta la conciencia de las personas. Lo que convierte, en el evangelio, es la increíble bondad de Jesús. Su comportamiento es conmovedor, porque es la ternura, y no la amenaza, lo que suscita la adhesión.

*¿Se puede obrar como demócrata en una institución que se basa en el dogma?*

La democracia es una conquista de la Revolución. Aún le queda mucho camino por recorrer para transformar la institución eclesial. Un poco de subversión democrática sería muy útil. Porque la Iglesia no se basa en el dogma, sino en la persona de Cristo y de los apóstoles. Es lo que le permite la audacia y la aventura del camino.

*Lo que usted dice, otros lo piensan. Otros como usted estiman que no hay nada de malo en ir a ver la película de Martin Scorsese o en utilizar preservativos para prevenir el sida. ¿Por qué es usted el único que habla? ¿Y por qué «usted» precisamente, que en apariencia es tan dulce, tan «angélico», tan sereno? ¿De dónde saca esa testarudez?*

Del hombre que está indefenso. Es intolerable atentar contra su libertad, sus derechos, su dignidad. Yo no soporto la injusticia. No soporto que un ser humano sea humillado, rechazado. No temo hablar y pelearme por él.

*¿Por qué produce escándalo?*

Sin duda, porque molesto cuestionando tabúes, poderes e intereses. Las actuales crispaciones de la Iglesia dificultan el ministerio de los obispos.

*¿No se advierte esa actitud al más alto nivel de la jerarquía? ¿Está usted de acuerdo con Juan Pablo II, no en su fidelidad a Cristo, sino en su práctica geopolítica, en su discurso sobre la moral y en sus orientaciones éticas?*

El papa es el sucesor de Pedro. Yo acepto con fe a aquel a quien Dios ha puesto al frente de su Iglesia. Mi ministerio de obispo sólo se concibe en comunión con él.

*Está divagando. La imagen de este papa que intenta restaurar la cristiandad, sobre todo en el Tercer Mundo, ¿no le molesta?*

Es la imagen de la restauración la que me molesta. La restauración de la cristiandad no tiene futuro. No es posible resucitar el pasado. Hay actualmente una política de nombramiento de obispos y un centralismo romano que me parecen lamentables para el anuncio del evangelio.

*El papa Pablo VI era romano, aristócrata, de una mentalidad muy abierta y tolerante. El papa actual es vigoroso y carismático, pero su «fe de polaco» ¿es realmente la de usted?*

Así lo espero. Es siempre la fe de los apóstoles. La fe de la Iglesia.

*Usted pidió ser recibido en Roma. ¿Por qué?*

Yo escribí una carta personal al papa. A la vista de las objeciones que yo suscitaba, deseaba explicarme sobre el sentido de mis intervenciones y el modo en que intento vivir mi ministerio de obispo. Quedé decepcionado y sorprendido ante la imposibilidad del encuentro.

*¿Por qué se niega a recibirle?*

Me enteré de la negativa por el nuncio. No he recibido ninguna respuesta escrita indicándome los motivos de la misma. Para mí es un incidente más del camino, sin consecuencias para el futuro.

*En materia política usted ha adoptado algunas posiciones (defendiendo, por ejemplo, al joven Albertini) que le hacen pasar por un «compañero de viaje» del partido comunista.*

Mi referencia e inspiración es, ante todo, el evangelio. Los cristianos comprenderán fácilmente lo que eso significa. Yo no dudo en ensuciarme las manos para alinearme con los que carecen de voz, combatir las injusticias y defender los derechos humanos. Estos compromisos tienen connotaciones políticas. Por eso me aplican algunas etiquetas. La de «obispo rojo» tiene buenas perspectivas de futuro.

*Había, sobre todo en los años cincuenta, una tradición de curas próximos al PC. ¿No tiende usted a perpetuarla?*

Eso apenas me preocupa. En el caso Albertini, por ejemplo, me comprometí porque él era de Évreux y estaba preso en el país del apartheid.

*¿Está usted seguro de no haber sido manipulado?*

Nunca tuve esa sensación.

*¿Considera a los comunistas como mentes laicas, dotadas de una verdadera libertad de juicio?*

Los que conozco personalmente poseen esas cualidades que usted describe.

*Abordemos ahora aquellas actitudes morales que han producido escándalo. ¿Usted entiende la preocupación obsesiva de la Iglesia por los problemas de la sexualidad? ¿No es exagerada la atención que dedica a este aspecto de la ética?*

Si la obsesión fuera por la paz y la justicia, sería magnífico. Puedo decirle que, en la diócesis de Évreux, el Pueblo cristiano, y yo con él, no tenemos ninguna preocupación obsesiva por la sexualidad.

*Insisto: ¿por qué el sexo obsesiona a la Iglesia?*

Quizás haya interés en que la Iglesia católica se ocupe de sexualidad. Eso es mucho menos comprometido que si denunciara las injusticias clamando: «¡Ay de vosotros, los ricos!».

*La vida de pareja es una experiencia difícil. El celibato obligatorio de los sacerdotes ¿no hace que éstos idealicen en exceso el matrimonio? ¿No son los sacerdotes, frente a los sobresaltos de la época, víctimas de una ingenuidad bastante arcaica?*

Los sacerdotes tienen una gran experiencia humana. Están permanentemente en la escuela de la vida. Son testigos de muchas cosas y viven muchas alegrías y tristezas.

*En lo que respecta al sacramento del matrimonio, ¿usted admite que las parejas vivan juntas antes de ratificar su unión?*

Es un hecho. Yo he casado muchas veces a parejas que vivían juntas. La vida sexual fuera del matrimonio es muy frecuente. Yo parto de esa realidad sin tratar de juzgar o de condenar.

*¿Aconsejaría usted a sus parroquianos que verificaran su deseo de unión antes de casarse?*

No.

*El divorcio plantea la misma cuestión. Muchas parejas se separan, pero rara vez por motivos triviales, contrariamente a lo que se dice sobre el laxismo reinante. La separación, cuando ha desaparecido el amor, ¿no es también un signo de respeto mutuo?*

A mí me preocupan los hijos. Ellos suelen pagar las consecuencias de la ruptura. Arrastran consigo una herida. Pero tampoco en esto intento hacer un juicio. En la nueva situación en que se encuentran muchos divorciados es posible iniciar un camino de vida y de santidad.

*¿Hay lugar en la Iglesia para esos divorciados?*

Desde luego. La Iglesia debe acogerlos. Los divorciados tienen algo que decir y enseñar a las comunidades cristianas. No se puede dejar de lado su experiencia humana y cristiana.

*¿Como se puede hacer coincidir esta actitud con la ley de la Iglesia? Supongo que usted no administrará los sacramentos a divorciados...*

Los divorciados hacen la opción que en conciencia estiman justa. ¿Quién va a negar la comunión a los que se acercan a recibirla? El respeto a las normas no dispensa nunca de la comprensión de las personas.

*Las mujeres son cada vez más autónomas. Trabajan y quieren elegir libremente su maternidad. ¿Usted se explica la tenaz oposición de la Iglesia a este movimiento y su rechazo del aborto?*

El puesto y la tarea de las mujeres en la sociedad son un signo de los tiempos. Es una corriente que implica autonomía y responsabilidad. ¿Cómo no saludar este movimiento de liberación? En el nuevo contexto cultural y social, las mujeres quieren elegir libremente su maternidad; se comprende que el paro y las dificultades económicas pesen mucho en estas opciones. El aborto es siempre un acto contra la vida. No se debe trivializar el tema. La vida es maravillosa. Hay una legislación. Pero la ley no sustituye a la conciencia. Es importante iluminar las conciencias sobre este grave problema del aborto para no quedarse en lo que está o no permitido o previsto.



*Usted concedió una entrevista a la publicación homosexual Gai Pied Hebdo. Esa postura se inscribe en la línea de algunos sacerdotes de las Iglesias de Norteamérica que han reconocido el hecho de la homosexualidad. Pero ¿por qué aceptó usted el escándalo de esa entrevista?*

¿Escándalo para quién? ¿Por qué ha de haber escándalo en que un obispo se exprese en *Gai Pied Hebdo*? ¿Hay algún lugar donde esté prohibido dar testimonio del evangelio? A mí me pidieron una introducción para el informe sobre «ser homosexual y católico». Yo acepté, porque los homosexuales se sienten excluidos. Forman una minoría que sufre discriminación tanto por parte de la sociedad como de la Iglesia. He sido testigo del sufrimiento, y a veces de la angustia extrema, de homosexuales creyentes, y quise dirigirme a ellos para decirles que Dios los ama, que están llamados a la santidad en su situación, que el evangelio es también para ellos.

*Su intervención sobre el sida es del mismo orden. Le llevaba a un terreno resbaladizo y le ponía en contradicción con las declaraciones del cardenal Decourtray.*

En un hospital de Évreux visité a un enfermo del sida. Le vi morir. No puedo olvidar su rostro ni esta terrible enfermedad. Para luchar contra la amenaza del sida, el preservativo es actualmente un medio necesario. Cuando la vida humana está en peligro, hay que movilizar todos los recursos. Hacer lo contrario sería no prestar asistencia a una persona en peligro.

*¿Era una intervención de Jacques Gaillot o del obispo de Évreux?*

De Jacques Gaillot, obispo de Évreux.

*¿Es de la incumbencia del obispo pronunciarse sobre los preservativos?*

Nada de lo que es humano es ajeno al ministerio del obispo.

*En otro orden de cosas, el de la paz, usted ha adoptado en varias ocasiones una actitud «pacifista». ¿Se trata de una actitud de noble filosofía, en la línea de los años treinta, que condujo a los acuerdos de Munich, o es una actitud política basada en un cálculo?*

La paz no es sólo la ausencia de guerra y la reducción de las amenazas militares. Se basa en la justicia, la libertad, la solidaridad. Mantener la paz en Europa, olvidando los enfrentamientos del Tercer Mundo, es una política de horizontes estrechos. Construir la seguridad de Europa sobre unos gastos militares progresivos, mientras se desatienden las necesidades alimentarias de miles de millones de seres humanos, es una política irresponsable. Mantener la paz en Europa resignándose al telón de acero, que impide la libre comunicación de los pueblos, es una política cobarde y una injuria al ansia de libertad de nuestros hermanos de Europa del Este.

*¿Es usted partidario de un desarme incluso unilateral?*

Sí. Y de tener el valor de tomar iniciativas de desarme unilateral sin aguardar a que los demás hagan lo mismo. El desarme es una oportunidad que se debe aprovechar.

*¿Es usted un obispo más verde que rojo?*

Del color del evangelio, más bien.

*¿Entiende por qué la mayoría de los franceses son favorables a las armas nucleares?*

Me cuesta entenderlo. No hemos tenido en Francia una información ni un debate sobre las cuestiones de defensa. No es sano para una democracia que un pueblo no pueda debatir habitualmente cuestiones fundamentales. ¿Qué valores debe defender y promover este pueblo? ¿Qué solidaridad siente hacia los otros pueblos del mundo? ¿Qué riesgos está dispuesto a asumir para promover lo que considera esencial? ¿Cómo pueden los ciudadanos controlar los organismos en los que delegan sus poderes?

*Asistimos actualmente a una «vuelta de lo religioso», al desarrollo de nuevas comunidades (llamadas «carismáticas»), al auge de peregrinaciones... Estos fenómenos ¿le alegran o le inquietan?*

Yo estoy alerta y a la expectativa. La expresión popular de la fe es una dimensión que forma parte de nuestra realidad humana. Hoy se llevan las grandes concentraciones, las peregrinaciones. Son valores humanos en alza. Manifiestan la identidad y la visibilidad de la Iglesia. Mi reserva se refiere a la posibilidad de que la «vuelta de lo religioso» pueda hacer desertar de las luchas de hoy. El compromiso político, la acción sobre las estructuras de la sociedad, no son el fuerte de los grupos de renovación carismática. El evangelio hay que vivirlo como una lucha por la justicia y los derechos humanos.

*¿Cree que este fenómeno puede adquirir una dimensión sectaria?*

Nunca se pueden excluir los efectos negativos.

*¿No se está desarrollando hoy una fe emocional, al margen del estudio de los textos y de las perspectivas históricas?*

La fe emocional es la puerta abierta a la intolerancia. No hace falta ya describir los peligros del fundamentalismo. A este respecto, el caso Rushdie plantea un problema básico: ¿es capaz una religión (en este caso, el islamismo) de adaptarse a la época y de recoger los desafíos de la modernidad? De no serlo, ¿cómo puede tener un futuro?

*¿El islamismo carece de futuro?*

La luz de la historia sugiere una respuesta positiva.

*¿Se extrañó usted cuando la Iglesia de Francia, informada de la condena a muerte de Rushdie, manifestó de entrada su comprensión por la «aflicción» causada a los musulmanes?*

Quedé sorprendido, porque desconfío de una «santa alianza» de las religiones. El problema es aceptar que Mahoma no pertenece a los musulmanes más que Cristo a los cristianos. Ambos han ingresado en la historia de la humanidad. Pertenecen a la humanidad. De ahí la necesidad de una libertad de expresión que supone la tolerancia y el respeto.

*¿Qué diferencia hay para usted entre el ecumenismo y la santa alianza?*

El ecumenismo supone diálogo, encuentro, reconocimiento recíproco, acción común, mientras que la santa alianza es un frente común contra el enemigo.

*Se descubre hoy que los jóvenes franceses que cursan la enseñanza primaria y secundaria apenas tienen cultura religiosa. ¿Le inquieta eso? ¿Es partidario de una iniciación en la historia de las religiones en los programas escolares?*

La ignorancia de la cultura religiosa es una laguna deplorable. Se priva a los jóvenes de lo que ha conformado en buena medida la historia de su país. Quedan sin acceso a todas las fuentes de su cultura. Es una desventaja. Cuanto más asimilemos el pasado, mayores posibilidades tendremos de forjar el futuro. Promover una aproximación cultural de las religiones es una oportunidad que no podemos desperdiciar. Sobre todo en el contexto europeo.

*Para usted, ¿la escuela privada es una escuela cristiana?*

No necesariamente. Una escuela cristiana está al servicio de los más desfavorecidos. La selección nunca debe hacerse en detrimento de éstos. Una escuela cristiana no es, pues, una escuela clasista ligada a los que más poseen, para salvaguardar sus intereses o principios. No es elitista, favoreciendo el éxito escolar por encima de todo.

*¿Usted cree que la Iglesia cumple su misión cuando pretende pronunciarse sobre las vacaciones semanales en función de la enseñanza del catecismo?*

No corresponde a la Iglesia pronunciarse sobre las vacaciones escolares. El principio mismo de laicidad debe permitir reservar un tiempo para la enseñanza del catecismo. Hay aquí tres cuestiones correlacionadas: los ritmos escolares, la aproximación cultural de las religiones y la catequesis.

*¿Se siente identificado con su cargo de obispo? Si un día le «removieran del oficio», ¿lo sentiría?*

Me siento dividido. Por un lado, acepto ser obispo como un servicio. Yo no estoy aquí por mi cuenta. La misión que se me ha confiado no me pertenece. Por otro lado, recibo muchos testimonios pidiéndome que siga en el puesto: «Tiene a un pueblo numeroso con usted. Estamos unidos a usted. No tiene derecho a dejarnos».

*Los muros del obispado aparecen a veces llenos de «pintadas» hostiles hacia usted...*

Es cierto. Florecen de noche. Si me afectara sólo a mí, no los borraría. Ser obispo no es una vida tranquila...

*Uno de sus antecesores, el Padre Congar, abogaba por una Iglesia «servicial y pobre». Parece, en efecto, que hoy es relativamente pobre, pero ¿es servicial?*

A nuestra Iglesia le falta la pobreza del riesgo. ¿Cuáles son nuestras audacias de ahora? La Iglesia es servicial cuando se sitúa realmente del lado de los inmigrantes, los parados, los presos, los excluidos, las minorías... La credibilidad obliga a ser veraz en todas las situaciones. Cuando se hacen estas cosas, no se pueden ocultar. Si la Iglesia no sirve, no sirve para nada.

### III DOCUMENTOS

#### El «dossier» Gaillot

1. 1983. Mensaje pascual.

2. 12 noviembre 1983. Mons. Gaillot no se solidariza con la posición en favor de la disuasión nuclear adoptada por la Conferencia Episcopal reunida en Lourdes.

3. Navidad 1983. Mensaje del obispo de Évreux a los inmigrantes de Eure.

4. 6 febrero 1985. *Le Monde*: «¿Un obispo en el índice?».

5. 13 junio 1985. *Le Monde*: «Dos obispos franceses se adhieren a un manifiesto contra "el entierro del Vaticano II"».

6. 23 julio 1987. Después de su viaje a Sudáfrica, donde se entrevistó con Pierre-André Albertini, mons. Gaillot es acusado de «manipulación» por Christian Charrière en *Le Quotidien de Paris*.

7. 5 enero 1988. *Le Monde*: comunicado a la prensa sobre la represión en los territorios ocupados por Israel.

8. Lourdes, 25 octubre 1988. Declaración sobre la ordenación de hombres casados y sobre el caso de los sacerdotes casados.

9. Octubre 1988. Llamamiento a participar en el referéndum sobre Nueva Caledonia.
10. 10 noviembre 1988. Editorial del periódico diocesano de Évreux a propósito de la película *La última tentación de Cristo*.
11. 30 noviembre 1988. *Le Quotidien* de París afirma en titulares: «El obispo rojo se pasa».
12. 22 noviembre 1988. *Libération*: «El obispo de Évreux se pronuncia contra la "marginación" de la Iglesia».
13. 29 noviembre 1988. Celibato de los sacerdotes y sida. *Le Monde*: «El obispo aguafiestas».
14. Enero 1989. Extractos de una entrevista en *Lui*.
15. Febrero 1989. «Tribuna» publicada por la revista *Gai Pied Hebdo*.
16. 23 marzo 1989. Comunicado de mons. Gaillot después de que su petición de audiencia fuera denegada por el papa.

### **1983. Mensaje pascual**

En el momento en que voy a celebrar la Pascua con los cristianos de Évreux, quiero compartir con ustedes mis creencias y las cuestiones que me preocupan.

Cristo ha resucitado para que el hombre viva. Él no cesa nunca de ser el peregrino que nos acompaña en nuestro camino. Todos pueden encontrarse con Él. Jamás ha dejado de ser el hermano del hombre, en cada época y en cada instante.

A menudo me pregunto si los hermanos del Resucitado serán los primeros en preocuparse colectivamente por los problemas más humanos de hoy.

En este sentido decidí acudir a un juicio en el que se procesaba a un objetor de conciencia. ¿Cuándo se aceptará realmente en nuestro país a los objetores de conciencia que se inspiran en el ideal evangélico de la no violencia? ¿Cómo preparar un futuro en el que la guerra no aparezca ya como una fatalidad y sea posible resolver por otras vías los inevitables conflictos humanos?

Una Iglesia que no es signo de esperanza y de libertad para los acusados, los parados y los inmigrantes debe examinarse sobre su modo de vivir la fidelidad al evangelio.

Cristo no es ajeno a los grandes problemas de hoy: los derechos humanos, la tortura, el respeto a la vida, el desarme. Cristo está con nosotros para que nuestras opciones y nuestras actitudes den testimonio de nuestra fe en la resurrección.

Cristo murió como nació: extramuros de la ciudad. Para ver la luz, el sol de Pascua, es preciso salir fuera de los muros.

Feliz fiesta de Pascua.

### **12 noviembre 1983.**

Mons. Gaillot no se solidariza con la posición en favor de la disuasión nuclear adoptada por la Conferencia Episcopal reunida en Lourdes.

Ya sé que no se detiene un tren en marcha frenando con el pie. Al votar en contra de la declaración episcopal yo quise, sobre todo, denunciar el procedimiento empleado. ¿Por qué

pronunciarse con tal premura en un tema tan fundamental? ¿Por qué asumir el riesgo de decepcionar a tantos creyentes y personas de buena voluntad que esperaban de los pastores de la Iglesia de Francia una palabra de aliento?

Lo que le falta a nuestro país es un amplio debate sobre los problemas de la paz y del desarme. Fue una magnífica ocasión perdida. Se podía haber elaborado modestamente un documento de trabajo para todos los que se preocupan por la causa de la paz. Un documento abierto, hecho de propuestas más que de posiciones, que permitiera expresarse a todas las tendencias. Ahora no parece fácil que se pueda poner en marcha ese debate. Después de la declaración de los obispos, se han cerrado todas las puertas.

La recepción de un texto no carece de importancia. Si ha confortado y alegrado a algunos, ha decepcionado a otros. ¿Qué retendrán los que escucharon los flashes informativos o leyeron los titulares de los periódicos? Una sola cosa: los obispos de Francia están a favor de la disuasión nuclear. Dicen sí a la bomba. En tales ideas no hay ningún eco del evangelio que abra a la esperanza. La posición de los obispos se resume en el status quo, en la prudencia y en el realismo.

Yo voté en contra de esa declaración porque no arriesga una palabra profética. ¿Qué significa esto? El profeta no es el que tiene razón mañana o pasado mañana. Habla con apremio hoy. Insiste en cosas que son posibles hoy, sin esperar a mañana. La disuasión nuclear no es sólo un hecho, es ante todo y sobre todo una opción. En este terreno como en otros no existe la fatalidad. ¿No hay alternativa a la disuasión nuclear?

Los grupos que trabajan por la causa de la paz, los que están comprometidos en una lucha no violenta, no deben desalentarse por un texto que parece poner en duda las posibilidades en las que ellos creen. En este siglo XX que finaliza deben abrirse caminos nuevos. Sobre estas realidades graves y difíciles que son la paz, la defensa y el desarme, estamos llamados a decir una palabra audaz, llena de esperanza.

### **Navidad 1983.** Mensaje del obispo de Évreux a los inmigrantes de Eure.

La primera marcha en favor de la igualdad y contra el racismo ha puesto en claro una cosa: es posible vivir juntos. Se ha producido una corriente de fraternidad y de paz.

Pero la vida sigue... Vosotros trabajáis en empleos duros y poco reconocidos. Sabéis lo que es el paro. Vivís en los barrios más desfavorecidos. Los jóvenes están amenazados por la discriminación en la escuela y en el empleo.

Sabed que yo estoy a vuestro lado con todos aquellos que os visitan en el barrio, la escuela o el trabajo y anudan con vosotros lazos de amistad, para que sean reconocidos vuestros derechos y desaparezca cualquier forma de intolerancia y de racismo respecto a vosotros.

Vuestra identidad y los valores culturales de vuestro país son una riqueza para Francia. Estáis aportando vuestro esfuerzo a la construcción de la sociedad.

Hay muchos cristianos entre vosotros. Vuestra fe en Dios y en Jesucristo os impulsa a inspiraros en el evangelio, Ocupad vuestro puesto en las comunidades cristianas donde os encontréis. Ayudadlas a que se abran más a vuestras diferencias. Los cristianos de Francia y los cristianos de otros países tenemos que realizar juntos esa Iglesia sin fronteras que Cristo fundó.

Amigos musulmanes que adoráis al Dios todopoderoso y misericordioso: vosotros recorréis el mismo camino que nosotros para combatir la injusticia y defender la dignidad del ser humano.

Nos queda una larga marcha por hacer para vivir juntos con nuestras diferencias. Es una esperanza para el año que se aproxima.

Feliz año.

### **6 febrero 1985. Le Monde: «¿Un obispo en el índice?».**

Évreux. ¿Angelito o falso ingenuo? ¿Obispo «rojo» o profeta bíblico? Mons. Jacques Gaillot, obispo de Évreux (Eure), no deja a nadie indiferente. A sus cuarenta y nueve años, este joven prelado de mirada limpia molesta a muchos. Desde su consagración episcopal, hace dos años y medio, ha tenido una serie de gestos que provocan siempre la admiración o la reprobación, el asombro o la inquietud.

Évreux, ciudad de cincuenta mil habitantes, posee una antigua y poderosa burguesía, atrincherada en los principios, que se siente amenazada por las nuevas poblaciones que trabajan en las zonas industriales surgidas alrededor de la ciudad. Esta ciudad dormitorio ha pasado a la izquierda y tiene actualmente un alcalde comunista.

Cuál no sería la sorpresa de los notables, sobre todo de la magistratura y del ejército, al ver al nuevo obispo, poco después de su llegada, presente en el juicio para defender a un objetor de conciencia... En esta misma línea mons. Gaillot votó en contra del texto favorable a la disuasión nuclear, *Ganar la paz*, adoptado por el episcopado francés en 1983. También suscitó críticas una carta pastoral del obispo difundida durante la Navidad de ese mismo año que defendía los derechos de los inmigrantes. Más tarde, cuando la polémica escolar era más viva, el año 1984, mons. Gaillot lanzó una llamada de alerta por el carácter «sumamente politizado» de la gran manifestación organizada el 24 de junio en París en favor de la enseñanza católica, añadiendo que lamentaba que «la Iglesia se asociara a esta recuperación política y enajenara su libertad».

El obispo es «de izquierdas», concluyó un sector de los católicos de Évreux. No le perdonan su negativa a participar en las ceremonias oficiales, ni han aprobado su decisión de celebrar las fiestas de Navidad este año en una sala pública con los más desprotegidos, y además en el hospital psiquiátrico y en la cárcel, en lugar de hacerlo en la catedral. Por eso se pusieron a acechar cada uno de sus gestos políticos, esperando sorprenderlo en falta. No tardó en presentarse la ocasión.

En la edición de *Le Monde* del 15 de enero apareció una «llamada en favor de las libertades» a modo de anuncio publicitario privado, denunciando sobre todo «presiones, sanciones, cambios arbitrarios» y «trabas a la libertad de expresión». Este texto, redactado por el SNUDEP (Sindicato Nacional para la Unificación del Servicio Público de Educación y la Defensa del Personal de la Enseñanza Privada), afiliado a la FEN, llevaba firmas conocidas, entre ellas la de Georges Marchais, secretario general del PCF, y de mons. Jacques Gaillot, obispo de Évreux.

Responsables de asociaciones de padres de alumnos alertaron inmediatamente a la prensa. Dos artículos de *Le Figaro*, titulados «Un obispo en disidencia» y «Évreux contra su obispo», establecieron la pauta. Para mons. Gaillot se trataba de un montaje organizado por una minoría. «Es una minoría poderosa y activa que intenta aislarme, descalificarme e incluso hacerme dimitir. De ahí esta orquestación desde el exterior».

¿Qué le reprochan exactamente sus enemigos? Para la publicación semanal de derechas *Eure Inter*, mons. Gaillot «firma con la izquierda un texto contra la escuela libre», al tiempo que Maurice Lecomte, presidente del UDAPEL de Eure, encuentra «inadmisible que un obispo se adhiera a un texto ignominiosamente calumniador». La esposa del presidente de la Asociación

Familiar Católica, que enseña en un colegio católico, rehusa polemizar con su obispo, al que juzga «espiritualmente profundo» y «humanamente abordable». Pero le acusa de querer «infiltrar un mensaje político». Para ella «es estrictamente un hombre de izquierdas, a lo que tiene perfecto derecho como hombre y como cristiano, mas no como obispo».

Los partidarios del obispo, mayoritarios en el clero, y sobre todo entre la «gente humilde» de la diócesis, lo califican diversamente: «hombre sin prejuicios», «anti-notable», «abierto al evangelio», «un puro que tiene inevitablemente algo de ingenuo». Hacen notar, en fin, que «no es normando, dado que la primera cualidad del normado es la desconfianza».

Se piensa, en efecto, que mons. Gaillot cayó en una trampa política. Al firmar con plena conciencia esta llamada en favor de las libertades, fue utilizado sin duda por la izquierda, pero ha sido juguete, sobre todo, de una derecha que no se consuela de haber perdido la municipalidad de Évreux. Como hace notar un profesor de la universidad de Rouen que vive en Évreux, «la ciudad tiene una antigua tradición laica y anticlerical; la enseñanza privada es considerada por una alta burguesía acaudalada y a menudo increíble como su coto reservado».

¿Y cómo reacciona mons. Gaillot a todo ello? Conserva la cabeza fría e intenta, sobre todo, apaciguar a las personas. Sin renegar de su gesto -que no era un ataque a la escuela católica, sino una «palabra arriesgada» dirigida a incrédulos y creyentes en favor de «la libertad de conciencia en todas partes y para todos»-, se sorprende de la polémica que ha suscitado.

Ha recibido una abultada correspondencia de toda Francia, que está ampliamente a su favor. Por cada cincuenta cartas hostiles, hay alrededor de ciento cincuenta favorables. Si sus detractores le acusan de Tartufo, de «submarino que intenta hundir la enseñanza privada» y de «oveja descarriada en medio de una manada de lobos», sus admiradores elogian «un valor y una libertad que son ya raros en la Iglesia», lamentan que sea el «blanco de los derviches aulladores» y afirman que tienen «gran necesidad de obispos como [él]». A excepción de cinco obispos que le han escrito personalmente, el silencio oficial del episcopado es interpretado por mons. Gaillot como «una señal de respeto hacia [su] libertad de acción».

En respuesta a las tres críticas más frecuentes contra el obispo -¿por qué recurrir a los medios de comunicación en lugar de dirigirse directamente a la gente?, ¿por qué temer una recuperación política de la derecha y no de la izquierda?, ¿por qué firmar el texto de un sindicato que él no conocía?-, mons. Gaillot declara: «En cada una de mis intervenciones pienso en los incrédulos que no se sentirían aludidos por un mensaje eclesial; el único modo de llegar a todos es a través de los medios de comunicación. Yo no soy sistemáticamente de izquierdas, y he intervenido en relación con Polonia, Afganistán, el Líbano, la URSS... Hay que reconocer, sin embargo, que la Iglesia aparece a menudo aliada con la derecha y que el evangelio no es neutro. En cuanto al SNUDEP, no era más que un medio. Cuando intento transmitir un mensaje, utilizo un cohete-lanzadera que no tiene importancia en sí. Esa vez el cohete estuvo quizá mal elegido. En todo caso, produjo un verdadero castillo de fuegos artificiales...».

**13 junio 1985.** *Le Monde*: «Dos obispos franceses se adhieren a un manifiesto contra "el entierro del Vaticano II"».

A los pocos días de la aparición en Francia del controvertido libro de Joseph Ratzinger, prefecto de la Congregación Romana para la Doctrina de la Fe, *Entretiens sur la foi* (Conversaciones sobre la fe), de éditions Fayard, y mientras el Consejo Permanente del episcopado francés, reunido en París del 10 al 12 de junio, preparaba el sínodo extraordinario convocado en Roma para el mes de noviembre a modo de balance de los veinte años de

posconcilio, dos obispos franceses salieron de su reserva para apoyar un llamamiento lanzado por un grupo de cristianos contra todo intento de restauración en la Iglesia, bajo el título «Sí al sínodo, no al entierro del Vaticano II».

Este llamamiento fue una iniciativa de un grupo de cristianos, sacerdotes y laicos de la región de Montpellier. Después de pasar revista a lo que constituye, a su juicio, el balance positivo del concilio, estos cristianos escriben: «Por eso no comprendemos el diagnóstico decepcionante del cardenal Ratzinger cuando dice: "Los resultados del concilio parecen diametralmente opuestos a las expectativas generales de todos, comenzando por las de Juan XXIII y Pablo VI. Se esperaba un nuevo entusiasmo, y muchas personas han acabado en el desánimo y el hastío"».

«El cardenal Ratzinger -continúan- habla de restauración. Nosotros lamentamos que se abandone la práctica de la colegialidad y de la responsabilidad de todos en la Iglesia para mantener sólo el ejercicio solitario de la autoridad papal. Y tenemos serias razones para temer que estos procedimientos pesen decisivamente en la libertad de conciencia de los padres del sínodo» . (Según el cardenal Ratzinger, no fue él, sino un periodista que le entrevistaba, quien empleó la palabra «restauración». El cardenal, sin embargo, no ve inconveniente en aceptar la palabra en su sentido etimológico de «renovación» o de «búsqueda de un nuevo equilibrio»).

Entre las decenas de firmas que figuran bajo dicho llamamiento, aparece la de mons. Jacques Gaillot, obispo de Évreux. Éste nos ha confirmado que no sólo firmó el texto, sino que además ha escrito dando ánimos a sus autores, deseándoles que «el texto llegase a otras diócesis». Mons. Joseph Rozier, obispo de Poitiers, escribió, por su parte, en una carta de apoyo al texto: «Creo que su declaración a propósito del sínodo coincide con la de algunos otros, y deseo que ello sea provechoso para el sínodo, que debe favorecer el avance de la Iglesia».

**23 julio 1987.** Después de su viaje a Sudáfrica, donde se entrevistó con Pierre-André Albertini, mons. Gaillot es acusado de «manipulación» por Christian Charrière en *Le Quotidien de París*.

Detrás del caso -bastante lamentable y ridículo- de Jacques Gaillot, obispo de Évreux, se perfila un drama de grandes proporciones que explica en parte el creciente desapego de los fieles respecto a la Iglesia católica oficial: el drama de la contaminación de la mente cristiana por el pensamiento del adversario. Conocemos su causa: la fe vertical disminuye, en beneficio de ciertas preocupaciones horizontales que anulan la referencia a lo sagrado y hasta la sensación misma de lo sobrenatural.

Cabe añadir en el caso del obispo de Évreux otro motivo aún menos noble: el de una vanidad tanto más feroz cuanto que se enmascara con acciones humanitarias gratificantes: el desarme, el antisegregacionismo, la escuela única. La verdad es que Jacques Gaillot se mueve fundamentalmente, en el fondo sombrío que escapa a su mirada, por el ego, por la apariencia, por el deseo de ver su fisonomía publicada y sus gestos comentados: ¡lo que estará gozando hoy, el muy estúpido!

Como revela Jean Bourdarias en *Le Figaro* de anteayer, el obispo de Évreux tenía que elegir entre dos viajes: el de Ciskei y el de Lourdes, adonde debía ir a la cabeza de los fieles de la diócesis. La oscura gruta podía esperar. A Jacques Gaillot le urgía aparecer en la prensa, seguro de que volando a Ciskei iba a producir su efecto. Para el partido comunista, experto en la manipulación, accionar a un hombre como el obispo de Évreux es un juego de niños: por 30 denarios de orgullo se puede obtener todo de él, incluso su firma, junto a la de Georges Marcháis, al pie de un manifiesto contra la escuela libre.



El caso del obispo de Evreux no es aislado: habría mucho que decir también sobre el obispo de Sens si la verdadera cuestión no fuese la de saber por qué ciertos jerarcas católicos se desdican y contradicen con tanta facilidad.

Lo que sucede es que la fe ha menguado en algunos de ellos hasta desaparecer totalmente, dejando como único motor las pasiones del alma inferior. Nos atrevemos a decir algo que choca y deja helado: el enemigo se aloja ahora en ciertos obispos de cerebro protuberante, enredados en luchas mafiosas y con adhesión ideológica al materialismo ateo. La Bestia anunciada por Juan está en acción, no como entidad autónoma y visible, sino como espíritu de profanación y entenebrecimiento que pasa por el inconsciente de los mediadores investidos de autoridad.

En cuanto a su lenguaje, ustedes lo conocen. Por ejemplo, el del obispo de Évreux: atroz, jamás piadoso y siempre insidioso. Cuanto más estudio a mons. Gaillot, más comprendo a mons. Lefèvre.

**5 enero 1988.** *Le Monde*: comunicado a la prensa sobre la represión en los territorios ocupados por Israel.

El pueblo palestino, una vez más, se levanta contra el Estado ocupante. La represión israelí es de una brutalidad espantosa. La ola de arrestos no tiene precedentes. Se sigue aplastando la dignidad de un pueblo. Después de veinte años de ocupación, la resistencia de los palestinos continúa intacta. Después de veinte años de olvido por parte de la opinión internacional, los jóvenes palestinos proclaman, aun a riesgo de perder la vida, su voluntad de liberación, El ruido de las armas no acallará la voz de los que reclaman la liberación de su país. La violencia no arreglará los conflictos con un pueblo cada vez más consciente de su identidad. No es el miedo, sino el diálogo, lo que abrirá un camino de paz. Después de celebrar las fiestas de Navidad, ¿no es hora de buscar las condiciones de un verdadero diálogo?

**Lourdes, 25 octubre 1988.** Declaración sobre la ordenación de hombres casados y sobre el caso de los sacerdotes casados.

#### *Ordenación de hombres casados*

En el momento en que abordamos como obispos el tema del ministerio y la vida de los sacerdotes, ¿no es oportuno examinar el alcance de los cambios en curso y mirar el futuro con la libertad que da el evangelio?

Los cambios producidos en la sociedad y en la Iglesia nos interpelan sobre la posibilidad de ordenar sacerdotes a hombres casados.

La disminución y el envejecimiento del clero plantean un problema pastoral grave. Somos el cuerpo social con mayor número de ancianos en ejercicio.

En un momento en que muchos cristianos dan pruebas de madurez en la fe y tienen múltiples compromisos de apostolado, faltan sacerdotes que den respuesta a sus necesidades y expectativas.

Los ADAP tienen su utilidad. Pero ofrecen el inconveniente de reducir el ministerio presbiterial al poder de consagrar el pan y el vino. Al mismo tiempo, la escasez de clero contribuye a borrar de las conciencias la significación simbólica y estructural del ministerio ordenado para la fe de la Iglesia.

¿Podremos seguir mucho tiempo administrando la penuria y buscando soluciones dilatorias, sin satisfacer las necesidades del pueblo de Dios?

### **Sacerdotes casados**

Yo me pregunto cuál será el perfil del presbiterio de mañana tal como se desprende de la reintegración de los sacerdotes de Écone o, en menor medida, de los grupos más tradicionales.

Es muy extraño, en efecto, que se hagan tantos esfuerzos por retener a personas que en muchos puntos esenciales de la fe están lejos del Concilio Vaticano II y se acepte la salida de sacerdotes valiosos por el solo hecho de haber roto su promesa de celibato.

Este doble comportamiento me da que pensar.

¿Hasta cuándo se privará del ministerio a sacerdotes casados que están disponibles para un servicio de Iglesia?

¿Por qué no conceder la dispensa del celibato a los sacerdotes que la solicitan conservando su deseo de comunión con la Iglesia?

¿Por qué vamos a cerrar los ojos a situaciones pastorales extremas? Es necesario preguntarse a veces si escuchamos realmente al pueblo de Dios.

¿No hay contradicción entre las situaciones de penuria y las posibilidades que tenemos en nuestras manos?

### **Octubre 1988. Llamamiento a participar en el referéndum sobre Nueva Caledonia.**

El apretón de manos que se han dado Jean-Marie Tchibaou y Jacques Lafleur ha abierto un camino de paz. El diálogo es ya posible, porque esos dos hombres han sabido «dar y perdonar». Los acuerdos de Matignon empiezan a poner fin a la violencia y a la desconfianza.

Queda un largo camino por recorrer para consolidar la paz y construir el futuro. Es indispensable la ayuda de la opinión pública. El referéndum es la gran ocasión para dar una verdadera garantía al proceso de paz que se ha iniciado.

Pero Nouméa parece estar lejos de nuestras preocupaciones. Estamos más atentos a las huelgas de las enfermeras y a las manifestaciones en las calles que a lo que sucede a orillas del Pacífico sur.

Sin embargo, la solidaridad no tiene hoy fronteras. Los países se están haciendo interdependientes. Los acontecimientos que afectan a un pueblo tienen una repercusión mundial. Somos ciudadanos del mundo. Nuestro país es el planeta.

Los caledonios dan importancia a lo que se hace en la metrópoli. Para ellos el referéndum es de gran interés de cara al futuro. Una fuerte abstención significaría para ellos una falta de solidaridad.

Por eso yo invito a todos los católicos de la diócesis a ir a votar el 6 de noviembre. El referéndum nos da la palabra. Podemos hacer algo. Cada voto tendrá su peso.

**10 noviembre 1988.** Editorial del periódico diocesano de Évreux a propósito de la película *La última tentación de Cristo*.

Yo no he visto la película. Por eso no quería intervenir en el debate ni añadir más leña al fuego que la película encendió en la opinión pública. Pero, en aras de la situación actual, me han pedido que me pronuncie al respecto.

Cristo no es propiedad de nadie. No lo es de los cristianos más que de otros. No se puede confiscar en beneficio propio a Aquel que asumió el riesgo de entregarse a todos. Él se ofreció a todos. Derramó su sangre por la multitud. El hombre de Nazaret pertenece a la humanidad. Estará en proceso hasta el fin de los tiempos.

Lo que me escandaliza no es una película que no he visto. Lo que me escandaliza es ver cómo algunos cristianos muestran una intolerancia y una violencia que nada tienen que ver con el evangelio. ¿Cómo se puede apelar a Cristo dando el lamentable ejemplo de algo que Él nunca hizo? Las bienaventuranzas nos invitan a tomar una dirección contraria.

Yo no he visto la película, pero me alegra que se siga hablando de Jesús en público. Cuando se lleva a Jesús a la pantalla, surgen en mí sentimientos parecidos a los del apóstol Pablo. «Pero ¿qué importa? De cualquier manera, sea por pretexto, sea sinceramente que Cristo sea anunciado, yo me alegro de ello y me alegraré» (Flp 1,18).

**30 noviembre 1988.** *Le Quotidien de Paris* afirma en titulares: «El obispo rojo se pasa».

Mons. Gaillot, conocido por sus posiciones extremistas, ha vuelto a la carga hace poco, después de haber visto la película de Scorsese.

Mons. Gaillot estimó el lunes por la tarde, después de haber visto *La última tentación de Cristo* en una sala cinematográfica de Val-de-Reuil (Eure), que «la película de Martin Scorsese plantea las verdaderas cuestiones sobre la resurrección de Cristo y sobre su humanidad».

Mons. Gaillot había acudido discretamente a la sala Les Arcanes, donde se está proyectando la película desde el viernes pasado. «Yo respeto esta película, que muestra a un Cristo débil, tierno, a veces violento, y que nos permite a muchos de nosotros interrogarnos sobre su persona», declaró hacia las 23.30 horas, entrevistado por la agencia *France Presse* a la salida de la proyección. «Me fastidiaba repetir siempre que aún no había visto la película. Ahora la he visto y no lo lamento», añadió mons. Gaillot, para quien el director «no ha difamado en absoluto a Cristo». «Para no perjudicar a la película» mons. Gaillot no la había visto en Évreux. Val-de-Reuil es una de las pocas ciudades del departamento de Eure donde se proyecta aún la película.

Mons. Gaillot se había pronunciado en favor del matrimonio de los sacerdotes el pasado mes de octubre, durante la asamblea plenaria de los obispos en Lourdes y, más recientemente, en favor de los preservativos en la lucha contra el sida.

Nota de la Redacción: Mons. Gaillot es realmente un obispo de vanguardia. A la vanguardia del progreso cuando aboga por el matrimonio de los sacerdotes, a la vanguardia de la sexualidad cuando preconiza el uso de los preservativos, a la vanguardia del proletariado cuando concede entrevistas a *L'Humanité*. En su afán de adelantarse a su tiempo, quema las etapas. Sueña con la sotana roja, probablemente porque se ve ya cardenal.

**22 noviembre 1988.** *Libération*: «El obispo de Évreux se pronuncia contra la "marginación" de la Iglesia».

Mons. Jacques Gaillot, obispo de Évreux, lamenta en una conversación con la agencia *France Presse* que «la Iglesia se margine». «Hay una moral de convicción que difiere de la moral de responsabilidad, y en ciertas situaciones», como los problemas del aborto o la lucha contra el sida, «es preciso abrir los ojos», afirma mons. Gaillot.

«Yo estoy contra el aborto, todos están contra el aborto, pero los poderes públicos que lo han autorizado han tomado en consideración el hecho de los 300.000 abortos clandestinos que se producen anualmente en Francia», constata el obispo de Évreux, conocido por otra parte por su compromiso en favor de la paz y el desarme y en contra del segregacionismo.

«Hay que estar muy atentos a las dificultades de las personas y no imponerles cargas suplementarias culpabilizándolas. Frente a la epidemia del sida, no hay otro medio que el preservativo». No querer reconocerlo puede equipararse a la «no asistencia a una persona en peligro», dice mons. Gaillot; y añade: «existe una sexualidad extramatrimonial, es un hecho».

Al pronunciarse en favor del matrimonio de los sacerdotes o en favor de la ordenación de hombres casados, mons. Gaillot señala que no intenta dar solución a los problemas de los sacerdotes, sino a los de unas comunidades cristianas muy dinámicas que deben afrontar el hecho de la disminución de vocaciones.

Mons. Gaillot cita el ejemplo de un pueblo próximo a Marsella donde su sacerdote, de ochenta y cinco años, tendrá que abandonar pronto el ministerio, al tiempo que otro sacerdote, apartado de los sacramentos desde que se casó, tomará el relevo. «Hay que tener en cuenta este tipo de situaciones», sugirió el obispo.

A propósito de las declaraciones del padre Jean-Michel di Falco, portavoz de los obispos de Francia (según el cual los protestantes y los ortodoxos sufren la misma escasez de vocaciones, aunque sus pastores y sacerdotes pueden casarse), mons. Gaillot afirma que es «deshonesto establecer tales comparaciones».

El obispo de Évreux sabe perfectamente que sus declaraciones van a irritar a algunos. Asegura que no ha tenido hasta ahora «ninguna amonestación» desde Roma. Próximamente rendirá visita al Vaticano para decirle al Santo Padre: «Escuche las interrogaciones de un pastor». Pedirá un encuentro con el nuncio apostólico en Francia. «La Iglesia debe ser un lugar de libertad. Cuando se piensa algo en conciencia, hay que decirlo», subraya el obispo de Évreux, que lamenta «la dificultad que encuentran los obispos para tomar la palabra». «Cuando yo hice mis declaraciones en Lourdes sobre el matrimonio de los sacerdotes, se me acercó un obispo para decirme que sentía remordimiento de conciencia por no haber intervenido, porque pensaba como yo», comenta. Añade que le escriben muchos sacerdotes cada día para darle gracias por «decir en voz alta lo que muchos piensan en su interior».

**29 noviembre 1988.** Celibato de los sacerdotes y sida. *Le Monde*: «El obispo aguafiestas».

«Pobre obispito, tan solitario. Haga como la cabra de M. Seguin. Siga dando cornadas hasta que sea devorado». Decenas de testimonios de simpatía, cartas colectivas o personales, sobre todo de sacerdotes, se acumulan en el despacho de mons. Jacques Gaillot, causante de una «bocanada de aire fresco» por sus declaraciones sobre el celibato sacerdotal. Incluso dos cartas de obispos, más agrias que dulces: la una le acusa de «dividir y debilitar a la Iglesia», y la otra de «montar su número y vender ilusiones».

Los rumores que corren sobre su próxima convocatoria a Roma -y que él desmiente- le dejan de piedra. Como los cartelitos de Meilleur que aparecen en las calles de Évreux: «toda la ciudad quiere echar a su obispo. ¡Fuera Gaillot!». Mons. Gaillot, cincuenta y tres años, no tiene cara de mártir. No es tan fácil hacerle perder la eterna sonrisa de adolescente no violento y el tono sobrio y tranquilo de su voz débilmente timbrada. De pequeña estatura, calva precoz y lentes finas, su físico mismo desarma. «Me toman por el diablo; pero, ya ve, no tengo nada de hombre duro».

Mons. Riobé, antiguo obispo de Orléans, con quien algunos lo comparan, era ansioso, vacilante, consumido por la inquietud. Mons. Gaillot, en cambio, parece flotar en una nube. Un «profesor Nimbus» entre los obispos. «El hablar me libera -murmura-. Pero no milito en ningún partido. No busco ningún ascenso. Si quieren que dimita, lo haré sin dificultad».

En su última visita al Vaticano, el cardenal africano Gantin, prefecto de la congregación de los obispos, alza los brazos al cielo: «¿Cómo? ¿Aún sigue usted vivo? Sepa, monseñor, que le vigilan y espían. Desconfíe de todo lo que dice y hace».

El obispo de Évreux lo sabe mejor que nadie. Las cartas de denuncia llegaban antes a su despacho. Hoy van directamente a la nunciatura apostólica en París y a Roma. Hay integristas que se desplazan hasta el Vaticano.

#### Abrazo con Arafat

No se agobia y sigue tranquilo su camino. El primer escándalo lo provocó en 1983 con su presencia (silenciosa) en la audiencia de Évreux, donde se juzgaba a un objetor de conciencia. Algunos meses después votó en contra del texto episcopal *Ganar la paz*, que consideró demasiado indulgente con las armas nucleares. El año siguiente firmó peticiones favorables a la escuela... laica. Todavía hoy se le considera un indeseable en ciertos colegios católicos de su propia diócesis.

En febrero de 1987 estuvo en Atenas participando en la operación del «barco para Palestina», que no pudo zarpar. Algunos meses después aparece con militantes comunistas en Sudáfrica, visitando en la cárcel a Pierre-André Albertini. El invierno pasado se pronunció en favor del levantamiento palestino en los territorios ocupados antes de recibir dos veces en su mesa a Ibrahim Souss y abrazar en Túnez, en julio pasado, a Yasir Arafat durante la ceremonia de conmemoración del cuadragésimo día del asesinato de Abu Yihad, el número dos de la OLP. Lo cual no impidió que poco después fuera invitado por la ONU en Nueva York a una sesión extraordinaria sobre el desarme.

«Mi vida no está enclaustrada», comenta mons. Gaillot. Le invitan a Nicaragua, a las universidades, a Lovaina o a Bolonia. Es amigo de Harlem Désir y miembro de la junta local de *SOS-Racisme*. Los francmasones le invitan a una «sesión blanca». Lucha contra la pena de muerte en el departamento de la pequeña Delphine Boulay, asesinada; va a la prefectura a defender a expulsados e inmigrados; visita a los presos; abre sus iglesias a huelguistas de hambre; acude a la fábrica Renault de Cléon (Seine-Maritime) en pleno conflicto social; desafía en Nassandres, cerca de Bernay, a la *Générale sucrière*, y en Pont-Audemer al *Crédit agricole*.

¿Un marginal? ¿Un hombre solitario? La malicia de su mirada da cumplida respuesta. Mons. Gaillot es invitado constantemente a las HLM de la ciudad, come en el obispado con el presidente departamental de las obras laicas o con directores de instituto que se profesan ateos. Mantiene buenas relaciones con el alcalde comunista de Évreux y con el prefecto nombrado por el señor Pasqua. Los prohombres de la política local (Jean-Louis Debré, Bernard Tomasini, Ladislav Poniatowski, François-Victor de Broglie) le hacen un poco la corte.

«Sacudir la indiferencia»

Entre los católicos de siempre, los de la catedral, las mansiones burguesas y las segundas residencias, hay discrepancia de opiniones. Cuando el obispo visita sus parroquias y confirma a adolescentes, algunos le boicotean ostensiblemente. Pero en realidad mons. Gaillot está menos «obsesionado» por el 10 por 100 de fieles que van a misa que por el 90 por 100 de increyentes que se quedan a la puerta y a los que tiene en vilo. «Hay que sacudir la indiferencia -dice-, habitar la casa de los otros para mejor renovar la propia.»

¿Valiente o inconsciente? Jacques Gaillot es, sin duda, un hombre de corazonadas y de cabezonadas, prisionero ya de su personaje, escuchado no tanto por lo que dice como por el símbolo de provocación y de libertad que representa. «La nueva evangelización es un concepto ambiguo -afirma-. El discurso oficial, defendido por la Iglesia, de reafirmación e incluso reconquista de los valores cristianos no hace sino avivar el anticlericalismo. Decir que la libertad, la igualdad y la fraternidad son valores cristianos es un intento de recuperación. La fe no se comunica con afirmaciones de poder y de prestigio, sino mediante un testimonio evangélico y una palabra simple de Iglesia, una palabra entre otras».

Se ha pronunciado a favor de la ordenación de hombres casados y de la reintegración de los sacerdotes casados en la administración de los sacramentos. «Las necesidades son inmensas», dice. Él no ha podido encontrar un sacerdote para hacerlo capellán de un equipo de... gendarmes católicos. Reacción de uno de éstos: «La sociedad no nos quiere. ¿Tampoco la Iglesia?».

Mons. Gaillot se preocupa poco por la solidaridad episcopal, y se lo hacen saber. Le invitan militantes de otras diócesis, pero no acude para no molestar al obispo local. «Así -dice- no tengo en mi vida ningún problema de fronteras. Salvo con mis obispos vecinos». Bien mirado, éste es el único punto en el que el «pequeño obispo» -como se decía el «pequeño juez»- muestra una reacción de hombre herido.

### **Enero 1989. Extractos de una entrevista en *Lui*.**

*Usted declaró hace poco que la no utilización de los preservativos era sinónimo de no asistencia a una persona en peligro. ¿Mantiene su opinión?*

Yo conozco a personas que padecen de sida y hablé pensando en ellas. Ante esta terrible epidemia, estamos en situación de urgencia; debemos preservar la vida a cualquier precio y salvar al hombre en peligro de perdición. Cuando hablo en la televisión, no me dirijo primariamente a los católicos, sino a personas marginadas y con problemas. A ellas no les puedo inculcar fidelidad y castidad.

*¿Usted antepone la preservación física a la preservación moral?*

Sí, porque la vida de un ser humano no tiene precio. Si se prohíbe en nombre de un principio el uso de los preservativos, eso significa de hecho no prestar asistencia a una persona en peligro. Los católicos practicantes deben comprender que no me dirijo a ellos. Saben que yo estoy por la fidelidad en el amor. Pero, si el preservativo puede salvar vidas, entonces utilicémoslo.

*¿Es importante hablar de Dios a un enfermo del sida? ¿Usted le exhorta, ante la muerte, a creer en la vida eterna?*

Personalmente no trato nunca de aprovechar una situación, sobre todo una situación extrema, para hablar de Dios. Mi primera preocupación es mostrarme fraternal y solidario.

*¿No tiene a veces la impresión de hablar demasiado?*

Muchas veces, y eso me hace reflexionar. Creo que no se debe hablar demasiado y conviene reservarse para un discurso más profundo. Pero no es fácil para mí administrar la palabra que haya que decir o no. Me agobian los medios de comunicación y es cierto que me cuesta negarme. Tampoco sé por qué le he concedido a usted esta entrevista: una charla más...

*¿Le han pedido que se calle?*

No, pero sé que mis palabras irritan y provocan reacciones. Ciertos católicos no han comprendido por qué un obispo no hablaba de castidad y de fidelidad. Repito que no me dirijo a ellos cuando hablo en la televisión. Me asombran las reacciones de odio o malevolencia de algunos hacia mi persona.

*¿Está el Vaticano al corriente de sus posicionamientos?*

Sí, y tengo un expediente abultado en el Vaticano. Pienso ir a Roma para explicar el sentido de mis declaraciones, antes de la Pascua de 1989.

*Si el Vaticano le pidiera la dimisión, ¿la presentaría sin más?*

Recibí mi misión del papa, y si él me pide que dimita, obedeceré sin ninguna vacilación o reserva.

*¿Qué piensa de la evolución de las costumbres?*

Yo tomé partido en favor de la esperanza. Me gusta el mundo de esta época, no creo que la juventud esté perdida ni que el mundo vaya a la ruina. La vida en sociedad es dura, pero hay que conservar un *a priori* favorable sobre el curso de los acontecimientos.

*¿La búsqueda de placer es reprobable?*

El placer forma parte de nosotros mismos y de la vida. No se debe condenar el placer; es algo que nos es dado. Pero el placer no debe perjudicar a la propia persona o a los demás.

*¿El acto sexual no se considera ya pecado?*

Espero que no: forma parte de la naturaleza. Es bello y grande. Pero el acto sexual no es simplemente un acto mecánico, encuentra todo su sentido en la unión de los corazones.

*Entonces, ¿cuál es su definición del amor?*

Es la unión de los corazones y de los cuerpos que hace que uno pueda ser otro. El amor transforma. El amor da la alegría de vivir. El amor construye una vida. El amor humano debe estar en todas partes.

*¿Le asusta la violencia más que la libertad de costumbres?*

A decir verdad, yo no estoy asustado, pero el comercio armamentístico me preocupa más que la libertad de las costumbres. El comercio armamentístico es un verdadero atentado a los derechos humanos. Lo que me inquieta es el desequilibrio entre el Norte y el Sur, la violencia institucional, los niños que mueren de hambre y la injusticia. Si no hay justicia, nace el desorden; si hay desorden, se producen revueltas; y si hay revueltas, puede haber guerra. La paz y la justicia caminan juntas. Somos ciudadanos del mundo, la solidaridad no tiene fronteras: hay que aprender a vivir a escala planetaria.

*Tuvimos el caso Lefèvre, y ahora tenemos el caso Gaillot; suele decirse que los extremos se tocan...*

Mons. Lefèvre miró al pasado, yo miro al futuro. Estamos hechos para la vida y no se prepara el futuro repitiendo el pasado.

**Febrero 1989.** «Tribuna» publicada por la revista *Gai Pied Hebdo*.

*Ser homosexual y católico*

A veces vienen a verme homosexuales al obispado. Yo los recibo siempre. El que no acoge ¿puede invocar el evangelio? Pero la acogida no se reduce al simple hecho de conceder una entrevista. Se trata de acoger al otro con respeto y comprensión, acoger su demanda y, sobre todo, el conjunto de su vida.

Recuerdo a uno de ellos, al que llamaré convencionalmente François. Él no eligió su condición homosexual. Es un joven católico, muy comprometido en materia de derechos humanos y de la paz. Es un hombre que lucha. Me impresionó su búsqueda espiritual, su calidad evangélica y su sentido de los pobres.

François está dispuesto a ocupar un puesto en la Iglesia y a desempeñar una función. ¿Podrá conseguirlo? Ante el integrismo y la intolerancia, ¿no forma ya parte de los excluidos? François choca con las mentalidades cerradas que lo encasillan en categorías vergonzosas. Hay un sectarismo que mata. No matan sólo las armas... No es fácil hoy para las personas homosexuales tener responsabilidades en la Iglesia a cara descubierta.

Acoger es también ser veraz. Yo intento serlo, por ejemplo, recordando que la diferencia sexual es fundamental. Es un gran valor estructurante de los individuos y de las sociedades. Pero acoger es, sobre todo, «recibir» a las personas homosexuales. Recibir su testimonio evangélico.

François me hizo comprender una frase sorprendente de Jesús en el evangelio. Dirigiéndose a los que se aferran a la ley con toda su buena conciencia, les advierte: «Las prostitutas os preceden en el reino de Dios». Porque las prostitutas acogieron con gozo las palabras liberadoras de Jesús.

Los homosexuales nos preceden en el reino de Dios. Porque François, en su sufrimiento y su soledad, conoce la alegría sencilla del evangelio. La buena noticia realiza en él su obra de liberación. Él me revela algo de la ternura y la presencia de Dios cerca de aquellos que padecen en el camino.

Las comunidades cristianas harían mal en ignorarlos. Sin ellos, no comprenderían toda la riqueza del evangelio. Intentando excluirlos, debilitarían su testimonio. Es importante que las personas homosexuales que se profesan católicas lo sean plenamente en las comunidades, incluso para favorecer un mayor dinamismo de tales comunidades.

23 marzo 1989. Comunicado de mons. Gaillot después de que su petición de audiencia fuera denegada por el papa.

En diciembre pasado solicité ser recibido por el papa Juan Pablo II para explicar mis distintas intervenciones y manifestar mi comunión con el obispo de Roma.

Estos días el nuncio en París me ha transmitido la respuesta de Roma: es negativa. El papa no me recibirá, al menos de inmediato.

Lamento que la deseada entrevista no sea concedida y que un obispo que hace la petición no pueda ser recibido por el papa.

A pesar de esta negativa quiero reiterar mi plena adhesión a la Iglesia y al sucesor de Pedro.

(Aquí termina el libro)



## INFORMACION DE LA PAGINA WEB DE MONSEÑOR GAILLOT:

<http://www.partenia.org/>

Hace un año, el papa Juan Pablo II trasladaba a Jacques Gaillot, hasta la fecha obispo de Évreux, a Partenia, en la actualidad lugar sepultado bajo las arenas del Sahara.

El comunicado de prensa de Jacques Gaillot (13 de enero de 1995):

He sido convocado a Roma por el cardenal Gantin, prefecto de la Congregación de los obispos, el 12 de enero a las 9.30 h. Las amenazas que pesaban sobre mí desde hace algún tiempo han sido ejecutadas. La cuchilla ha caído. Me ha sido notificado que se me quitaba mi cargo de obispo y que la sede de Évreux sería declarada vacante al día siguiente a las doce. He sido invitado a entregar mi dimisión, lo cual he creído que no debía hacer.

Jacques Gaillot

### **Homilía pronunciada en la Catedral de Evreux**

(22 de enero de 1995)

Me siento feliz al ver vuestra asamblea compuesta por mujeres y hombres de tanta variedad.

Con vuestros colores, con vuestros dones variados, llenáis mi vida de dicha.

Gracias a todos los ancianos y enfermos que me han ofrecido sus oraciones, gracias a todos los niños que me regalaron un dibujo.

Gracias a los sacerdotes y diáconos que me han asistido y soportado.

Gracias a los obispos por su asistencia.

Gracias a los que con frecuencia y hasta estos últimos días multiplicaron sus expresiones de amistad. Mi despacho rebosa de vuestro río de cartas.

Me siento especialmente agradado al sentirme acompañado por todas estas muestras de cariño. Cuando me uní a vosotros hace 12 años, los cristianos congregados podían caber en la catedral. A la hora de dejaros, la catedral ya no puede acoger a todos los que vienen de lejos. La gran muchedumbre está fuera. Creyentes o no. Gracias también a los no creyentes por estar aquí. La vigilancia crítica de los no creyentes es vital: mantiene despierta la conciencia evangélica de los cristianos. Alegrémonos de la diversidad de nuestra asamblea.

Necesitamos unos de otros para vivir con estilo creador.

Estamos aquí congregados para abrir el libro de la Vida. La Palabra de Dios es luz para el camino. Palabra que cura y libera los corazones de los que se sienten heridos. Que no haya odio ni violencia en nosotros. Nuestro corazón no está hecho para odiar. Que la tierra tiemble en Japón, que los hombres se destrocen unos a otros en Chechenia, que jóvenes sin trabajo deambulen en las noches salvajes de los suburbios ya es suficiente para el sufrimiento de Dios.

No llores, no llevéis luto. Éste es un día de fiesta y alegría. La ola de confianza y de solidaridad nacida entre las gentes más diversas se convirtió en rumor esperanzado. El suceso ocurrido es revelador de las aspiraciones profundas en espera tanto en la solidaridad como en la Iglesia. Aspiración a la libertad de palabra, al derecho a la diferencia, al respeto de la dignidad de cada persona, a la democracia. Son valores que muchos reclaman y esperan ya que, con frecuencia, los responsables actúan y deciden sin tener en cuenta a la gente. El apóstol Pablo invita a cada uno de nosotros a tomar su parte de responsabilidad.

El Cuerpo de Cristo es el pueblo de Dios, aquí, en Évreux, y en todas partes. Lo componen todos los creyentes, todas las comunidades venidas de lejos para ser a esta hora el Pueblo de Dios congregado para la Eucaristía, para la Acción de gracias. El Cuerpo de Cristo, el pueblo de Dios constituye un todo que nadie ni nada debe romper, ni aquí ni en otros lugares.

"Sed uno, nos repite Jesús, para que el mundo crea que tú me has enviado." (Juan 17,21)

El Cuerpo de Cristo no existirá en su plenitud mientras subsistan los muros entre los hombres, y más aún entre los cristianos, mientras todos "ya saciados por el único espíritu" no se beneficien de un auténtico reconocimiento en el amor fraterno. El Cuerpo de Cristo, el pueblo de Dios que vosotros representáis en estos momentos es lugar de compasión en que todo se ha de compartir. Si un miembro sufre, todos los miembros comparten su sufrimiento, si se honra a uno de sus miembros todos comparten su alegría. Todos, aquí presentes, labradle un porvenir al Pueblo de Dios. Cada uno, según la parte que nos toca, somos miembros de este Cuerpo. Cada uno en su lugar, cualquiera que sea, somos responsables de él. Y esa responsabilidad del Pueblo de Dios es su Misión. El Evangelio de Lucas nos recuerda que es la misión del propio Cristo y que le viene de Dios. Esta misión no le pertenece a nadie. Y nadie puede acapararla y adueñársela. Cada bautizado la lleva dentro, en la comunión del Espíritu Santo. Esta misión no ha variado desde el día en que, basándose en la profecía de Isaías, Jesús la definió de una vez para siempre:

*"El Espíritu del Señor está sobre mí. Porque el Señor me ha consagrado por la Unción.*

*Me ha enviado para llevar la Buena Nueva a los pobres.*

*Me ha enviado a anunciar a los presos que quedan libres.*

*Me ha enviado a anunciar a los ciegos que verán la luz.*

*Me ha enviado para traer la liberación a los oprimidos y proclamar un año de gracias concedidas por el Señor".*

Esta palabra de la Escritura, que acabáis de oír, se cumple hoy. Se cumple si la proclamamos en plural y en presente. El Señor nos envía a vosotros y a mí por caminos distintos que son y van a ser los nuestros. Hoy el Señor nos envía a todas partes al encuentro de mujeres y hombres para la misma proclama de felicidad.

Lo que he vivido con vosotros aquí en esta diócesis de Évreux, lo que he vivido en otros lugares en todo tipo de circunstancias y ocasiones, me muestra claramente que estas palabras de Cristo son el único camino de la Misión, que todo cristiano, toda comunidad, toda Iglesia que no tome, primero, antes que nada, los caminos del sufrimiento de los hombres no tendrá ninguna posibilidad de ser escuchado como portador de una Buena Noticia. Que todo hombre, toda comunidad, toda Iglesia que no se haga primero, antes que nada, fraterna con todos los hombres, no podrá encontrar el camino de su corazón, el lugar secreto donde pueda ser acogida esta Buena Noticia.

En cuanto a mí, en comunión con la Iglesia, seguiré mi camino para llevarles la Buena Noticia a los pobres. El Evangelio es un mensaje de libertad y de amor. Anunciar hoy a Dios es defender la libertad del hombre, quien quiera que sea. La libertad para ser de verdad un hombre, también es vivir la solidaridad, ser en especial la voz de los sin voz. El Cuerpo de Cristo no está terminado, está construyéndose. Démosle futuro, cada cual a su manera, en el respeto de las personas, con libertad de conciencia y de expresión, abiertos al mundo que busca él mismo los caminos del futuro. Cada uno de nosotros es una pequeña célula; necesaria para su vida. Si se siente herida, dañada, excluida, el cuerpo entero padece. Acompañémosle fraternalmente, sin miedo, por esos caminos a menudo nuevos y preocupantes para nosotros, pero tan apasionantes y

portadores de Esperanza. La Misión sigue adelante. Tampoco ella ha llegado a su término. Démosle un porvenir, cada cual según su vocación, según los acontecimientos, cada cual según sus dones. Misión cada día más fraterna. Misión fiel en atender al que Jesús acoge con preferencia: el más pequeño de los suyos.

Jesús es el pobre, el excluido en quien nos reconocemos. De modo paradójico, en él se abre el futuro, se arraiga la Esperanza. La Iglesia debe ser la Iglesia de los excluidos y no de la exclusión. Cristo vivió en su propia carne este camino:

El del abandono, el de la condena injusta, el de la exclusión.

El de la resurrección, donde las puertas de la Esperanza se abrieron de par en par al mundo para brindarle horas de gozo y de ternura, por la paz posible, por la Esperanza jamás vencida.

Esta ola de confianza que se ha formado hoy no debe decaer.

No podemos quedarnos de brazos cruzados.

Cuando un pueblo toma la palabra, se abren caminos nuevos. Se toman iniciativas.

Cuando un pueblo toma la palabra, no queda miedo ni temor, sino energías nuevas que brotan por doquier.